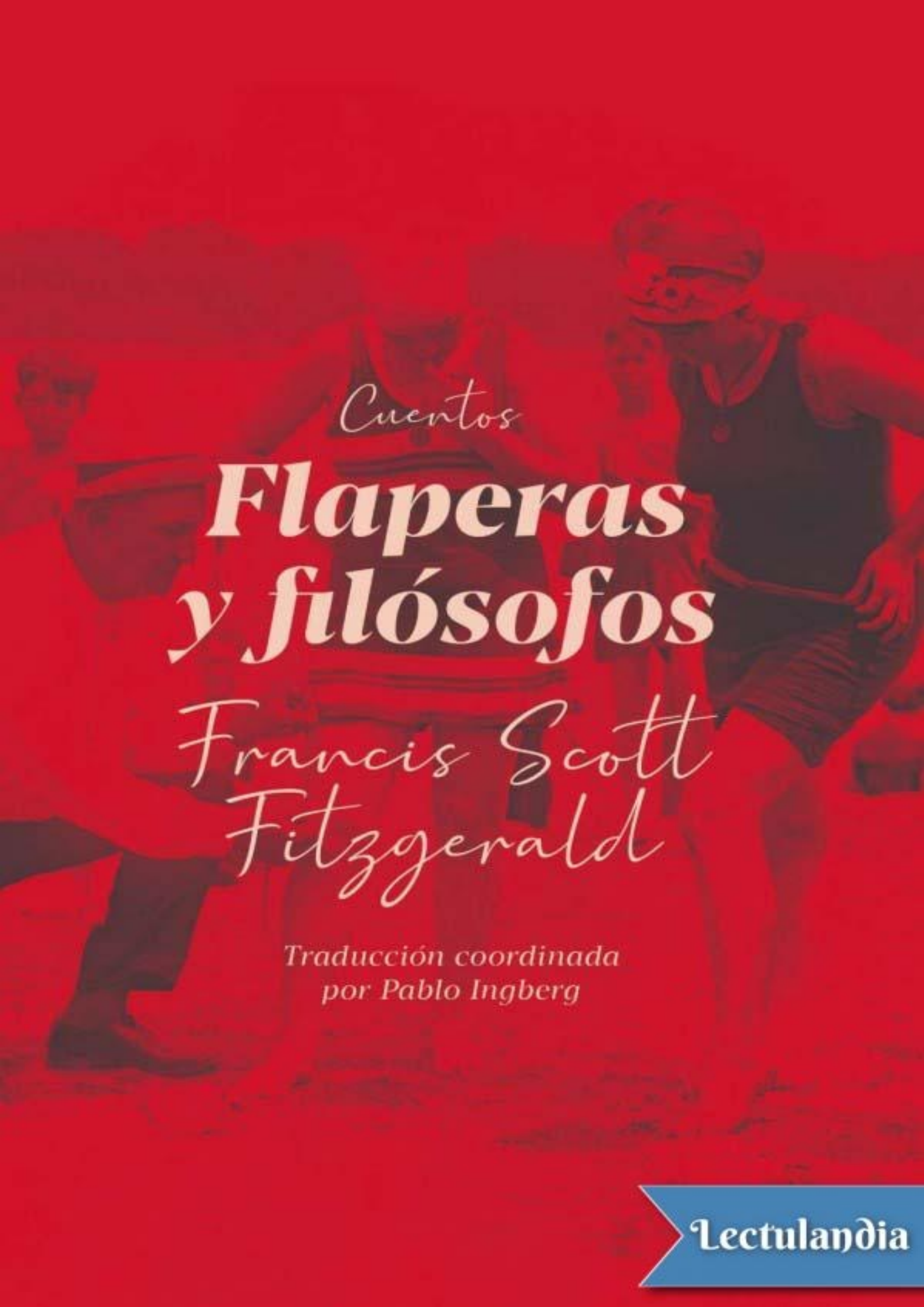


Cuentos

Flaperas y filósofos

Francis Scott Fitzgerald

Traducción coordinada por Pablo Ingberg

Lectulandia

Flaperas y filósofos está compuesto de historias simples que nos hablan de grandes temas como la juventud, las promesas, las relaciones interpersonales, la ambición y la desesperación, pero también de los pequeños detalles cotidianos como un corte de pelo fallido o un juego de seducción. Fitzgerald transitaba los 25 años cuando escribió estos cuentos, que se publicaron por primera vez en 1921. Llevaba a cuestas un libro rechazado pero también una carta, del mismo editor, que lo alentaba a seguir escribiendo. Este libro es, quizás, una gran puerta de entrada a su literatura.

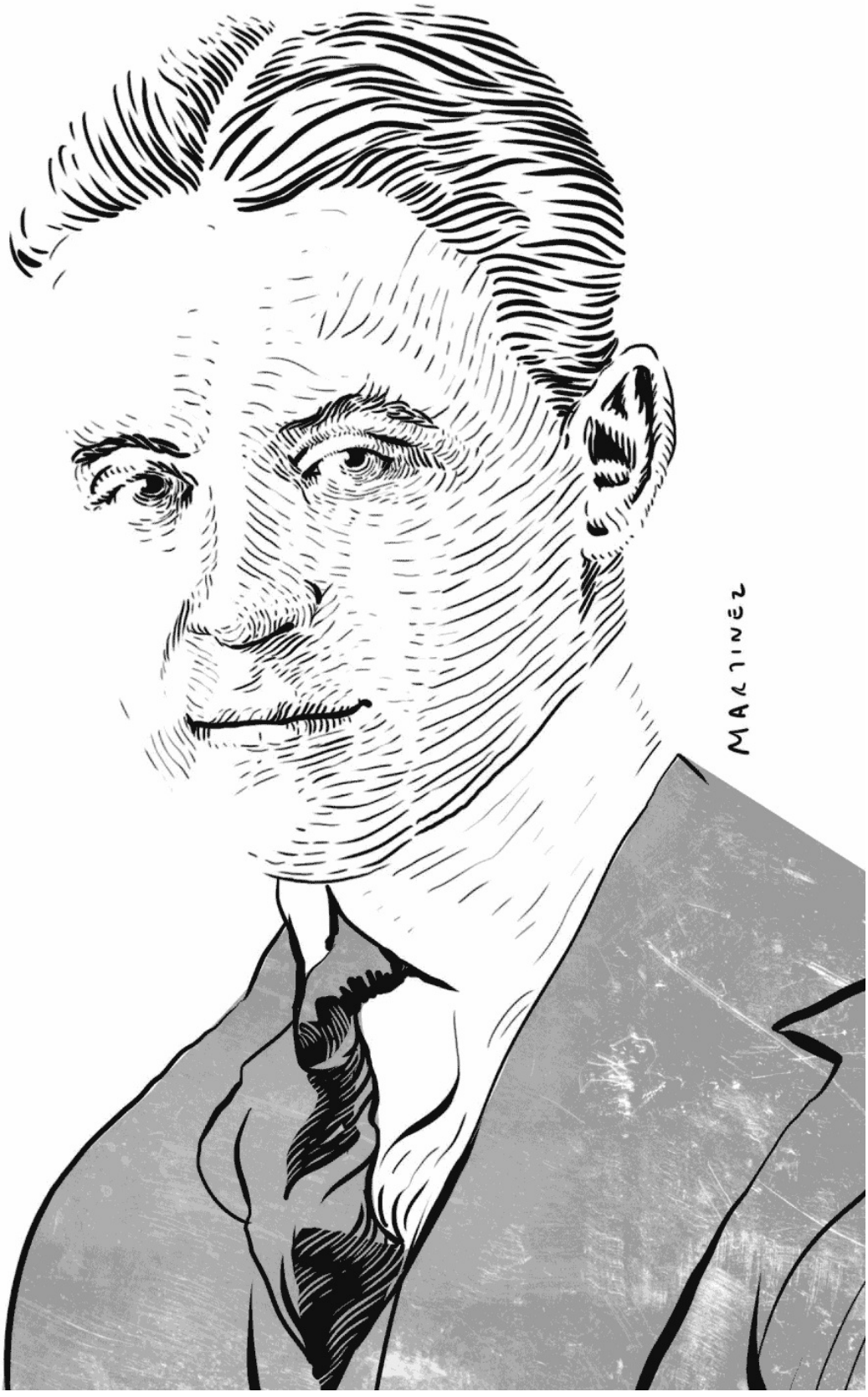
Francis Scott Fitzgerald

Flaperas y filósofos

ePub r1.0
Titivillus 06.07.2021

Título original: *Flappers and philosophers*
Francis Scott Fitzgerald, 1921
Traducción: Pablo Ingberg

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


MARTINEZ

FLAPERAS Y FILÓSOFOS
Francis Scott Fitzgerald
TRADUCCIÓN
Pablo Ingberg (coord.),
Carla Inda, Mariángel
Mauri y Diana Ortega

Nota sobre la traducción

Pablo Ingberg

Esta traducción es el trabajo conclusivo de un ciclo de taller de tres años. El primer cuento, «El pirata de cabotaje», se trabajó en taller presencial durante varios meses a partir de la traducción de Diana Ortega. «El palacio de hielo» y «Bendición» se trabajaron luego en taller presencial mucho más velozmente a partir de las respectivas traducciones de Mariángel Mauri y Carla Inda. Los restantes estuvieron distribuidos así: «Cabeza y Hombros» y «Los cuatro puños», a cargo de Mariángel Mauri; «El bol de cristal tallado» y «Berenice se corta el cabello a lo bob», a cargo de Carla Inda, y «Dalyrimple da un mal paso», a cargo de Diana Ortega; en todos los casos con revisión detallada permanente de las otras dos compañeras y revisión final mía.

La traducción del título fue grupal y muy meditada. *Flappers*, en jerga estadounidense de 1920 hoy en desuso y casi olvidada, eran jovencitas rebeldes contra convenciones sociales. A falta de equivalente adecuado, tales términos suelen importarse a nuestra lengua: *hippie, hipster*. Pero estos términos no indican género, mientras que flapper remite en exclusiva a mujeres. Por eso juzgamos necesario castellanizarlo para darle género: *Flappers and Philosophers* alude ante todo a historias de chicas y chicos. Traducciones previas prefirieron perder especificidad con términos más generales: *Jovencitas, Transgresoras,* o perder marca de género importando *Flappers*. Todas pueden dar buenas razones.

El pirata de cabotaje

I

Esta inverosímil historia empieza en un mar que era un sueño azul, de un color tan vivo como unas medias de seda azul, y bajo un cielo tan azul como el iris de los ojos de los niños. Desde la mitad occidental del cielo el sol iba lanzando pequeños discos dorados al mar: si uno miraba con suficiente atención, podía verlos saltar de la punta de una ola a la punta de otra hasta unirse a un amplio collar de monedas doradas que iba acumulándose media milla mar adentro y que finalmente sería un deslumbrante atardecer. Casi a mitad de camino entre la costa de Florida y el collar dorado, se hallaba anclado un yate blanco de vapor, muy joven y gallardo, y bajo un toldo de popa azul y blanco una chica de pelo rubio estaba recostada en un canapé de mimbre leyendo *La rebelión de los ángeles*, de Anatole France.

Tenía alrededor de diecinueve años y era esbelta y grácil, de seductora boca malcriada y ojos grises vivaces llenos de radiante curiosidad. Los pies, sin medias y adornados más que calzados con zapatillas de raso azul que con indolencia pendían oscilantes de los dedos, estaban posados en el brazo de un canapé contiguo al que ella ocupaba. Y, mientras leía, se agasajaba intermitentemente con una leve aplicación en la lengua de medio limón que sostenía en la mano. La otra mitad, chupada por completo, yacía a sus pies en la cubierta y se mecía de un lado al otro con el movimiento casi imperceptible de la marea.

La segunda mitad del limón tenía apenas pulpa y el collar dorado había alcanzado una amplitud asombrosa cuando de pronto el silencio soñoliento que envolvía al yate se rompió por un ruido de pasos pesados, y un hombre mayor coronado de pulcro pelo cano y vestido con traje de franela blanca apareció en la parte alta de la escalera del tambucho. Allí se detuvo un momento hasta que sus ojos se acostumbraron al sol y luego, al ver a la chica bajo el toldo, lanzó un largo gruñido monótono de reprobación.

Si había querido obtener con eso algún tipo de reacción, estaba condenado a decepcionarse. La chica dio vuelta con calma dos páginas, volvió una atrás, con un gesto mecánico alzó el limón a una distancia degustadora y luego, muy leve pero inequívocamente, bostezó.

—¡Ardita! —dijo, severo, el hombre canoso.

Ardita lanzó un breve sonido que no indicaba nada.

—¡Ardita! —repitió él—. ¡Ardita!

Ardita alzó el limón con languidez y dejó escapar dos palabras antes de que le llegara a la lengua.

—¡Ay, cállate!

—¡Ardita!

—¿Qué?

—¿Vas a escucharme… o voy a tener que llamar a un sirviente para que te sujete mientras te hablo?

El limón bajó despacio y con desprecio.

—Ponlo por escrito.

—¿Tendrías la bondad de cerrar ese libro abominable y dejar dos minutos ese maldito limón?

—Ay, ¿podrías dejarme un segundo en paz?

—Ardita, acabo de recibir un mensaje telefónico desde la costa.

—¿Telefónico? —por primera vez se mostró algo interesada.

—Sí, era…

—¿Quieres decir —interrumpió sorprendida— que te dejaron tender un cable hasta aquí?

—Sí, y acaba de…

—¿Y los otros barcos no van a llevárselo por delante?

—No. Está tendido por el fondo. Hace cinco min…

—¡Bueno, que me parta un rayo! ¡Dios! La ciencia es como… un prodigio, ¿no?

—¿Vas a dejarme terminar lo que empecé a decir?

—¡Dilo ya!

—Bueno, parece… Bueno, vine aquí arriba… —hizo una pausa y tragó saliva varias veces como distraído—. Ah, sí. Jovencita, el coronel Moreland llamó otra vez para pedirme que me asegurara de llevarte a la cena. Su hijo Toby se ha venido desde Nueva York para conocerte y ha invitado a varios jóvenes más. Por última vez, ¿vas a…?

—No —dijo tajante Ardita—, de ninguna manera. Vine en este maldito crucero con la sola idea de ir a Palm Beach, y tú lo sabías, y me niego

rotundamente a conocer a ningún maldito viejo coronel, ni a ningún maldito joven Toby, ni a ningún otro maldito joven, y a poner un pie en ningún otro maldito pueblo de este estado de locos. Así que o me llevas a Palm Beach o te callas y te vas.

—Muy bien. Esta es la gota que rebalsó el vaso. En tu capricho por ese hombre (un hombre famoso por sus excesos, un hombre al que tu padre no le habría permitido ni siquiera mencionar tu nombre), reflejas más el mundillo de las mantenidas que los círculos en los que se supone que te criaste. De ahora en adelante…

—Ya sé —interrumpió irónica Ardita—, de ahora en adelante, tú sigues tu camino y yo el mío. Ya he escuchado antes esa historia. Sabes que nada me gustaría más.

—De ahora en adelante —anunció él grandilocuente—, no eres más mi sobrina. Yo…

—¡Aaaaay! —el grito salió arrancado de Ardita con la agonía de un alma en pena—. ¡Deja de fastidiarme! ¡Vete de una vez! ¡Salta por la borda y ahógate! ¿Quieres que te arroje este libro?

—Si te atreves a hacer algo…

¡Zas! *La rebelión de los ángeles* surcó el aire, le erró al blanco por una nariz corta y bajó rebotando alegremente por la escalera del tambucho.

El hombre canoso dio un paso instintivo hacia atrás y luego dos pasos cautelosos adelante. Ardita irguió de un salto sus cinco pies y cuatro pulgadas de estatura y lo miró desafiante, los ojos grises encendidos.

—¡Ni te acerques!

—¿Cómo te atreves? —gritó él.

—¡Porque me da la maldita gana!

—¡Te volviste insoportable! Tu carácter…

—¡Ustedes me han hecho así! ¡Jamás una criatura tiene mal carácter si no es por culpa de la familia! Cualquier cosa que yo sea, lo hicieron ustedes.

El tío dio media vuelta mascullando algo por lo bajo y, avanzando, pidió con voz enérgica la lancha. Luego volvió al toldo de popa, donde Ardita había vuelto a sentarse y retomaba su atención al limón.

—Voy a tierra —dijo él con lentitud—. Estoy de vuelta esta noche a las nueve. Cuando llegue, partiremos de regreso a Nueva York, donde voy a entregarte a tu tía por el resto de tu vida, o más bien de tu vida desviada.

Hizo una pausa y la miró, y entonces de repente algo del absoluto infantilismo de esa belleza pareció pincharle la furia como si fuera un neumático inflado y dejarlo inerme, indeciso, absolutamente atontado.

—Ardita —dijo, no sin gentileza—, no soy ningún estúpido. He visto mundo. Conozco a los hombres. Y, pequeña, los libertinos empedernidos no se reforman hasta que se cansan, y entonces ya no son ellos mismos, son la cáscara de sí mismos.

La miró como esperando asentimiento, pero al no recibir indicio visual o verbal al respecto, continuó.

—Ese hombre tal vez te quiera, es posible. Ha querido a muchas mujeres y querrá a muchas más. Hace menos de un mes, un mes, Ardita, estuvo enredado en un sonado amorío con esa pelirroja, Mimi Merril; prometió regalarle el brazalete de diamantes que el zar de Rusia le regaló a su madre. Ya lo sabes, lees los periódicos.

—Apasionantes escándalos según un tío preocupado —bostezó Ardita—. Haz una película. Clubista perverso le echa el ojo a flapera[1] virtuosa. Flapera virtuosa decididamente engatusada por el pasado escabroso de él. Planea ir a su encuentro en Palm Beach. Tío preocupado frustra el plan.

—¿Vas a decirme por qué diablos quieres casarte con él?

—No sabría decírtelo —dijo tajante Ardita—. Tal vez porque es el único hombre que conozco, bueno o malo, que tiene la imaginación y el coraje para sostener sus convicciones. Tal vez sea para escapar de los jóvenes estúpidos que pasan sus horas vacías persiguiéndome por todas partes. Pero en cuanto al famoso brazalete ruso, por ese lado puedes quedarte tranquilo. Me lo va a dar a mí en Palm Beach… si muestras un poquito de inteligencia.

—¿Y… la pelirroja?

—No la ve hace seis meses —dijo furiosa—. ¿No te parece que tengo suficiente orgullo para encargarme de eso? ¿No sabes a esta altura que puedo hacer lo que me dé la gana con cualquier hombre que me dé la gana?

Llevó el mentón al aire como la estatua de *Francia levantada*[2] y luego arruinó un poco la pose alzando el limón para la acción.

—¿Es el brazalete ruso lo que te fascina?

—No, solo trato de darte la clase de argumento que le agrade a tu inteligencia. Y querría que te fueras —dijo, con su malhumor otra vez en aumento—. Sabes que jamás cambio de opinión. Estuviste aburriéndome tanto estos tres días que estoy por volverme loca. ¡No voy a ir a tierra! ¡No voy! ¿Me oyes? ¡No voy!

—Muy bien —dijo él—, y tampoco vas a ir a Palm Beach. De todas las chicas egoístas, malcriadas, descontroladas, antipáticas, imposibles que he…

¡Plaf! El medio limón le dio en el cuello. Al mismo tiempo subió un grito desde un costado.

—Está lista la lancha, señor Farnam.

Demasiado lleno de palabras y de rabia para hablar, el señor Farnam lanzó una mirada abiertamente condenatoria a su sobrina y, tras dar media vuelta, bajó corriendo la escalerilla lateral.

II

Las cinco de la tarde rodaron desde el sol y se desplomaron insonoras en el mar. El collar dorado se ensanchó hasta formar una isla fulgurante; y una leve brisa, que había estado jugando con los bordes del toldo de popa y balanceando una de las zapatillas azules colgantes, de pronto se cargó de canción. Era un coro de hombres en estrecha armonía y al ritmo perfecto de un sonido de remos que hendían las aguas azules. Ardita levantó la cabeza y escuchó.

Guisado en mantequilla,
frijoles de rodillas,
cerditos en las quillas,
¡A los muelles!
Bufa una brisa,
bufa una brisa,
bufa una brisa,
con tus fuelles.

La frente de Ardita se arrugó de asombro. Muy quieta en su asiento, escuchó con avidez mientras el coro acometía una segunda estrofa.

Frijoles y cebollas,
Monteros y Frangollas,
Perales y Borbollas,
Y un tal Trelles.
Bufa una brisa,
bufa una brisa,
bufa una brisa,
con tus fuelles.

Con una exclamación, arrojó el libro a la mesa, donde quedó despatarrado a horcajadas, y corrió a la baranda. A cincuenta pies de distancia se acercaba un gran bote con siete hombres, seis de ellos remando y uno de pie en la popa marcando el compás de la canción con una batuta de director de orquesta.

Ostras y rocas,
serrines y focas,
¿Quién hace bicocas
para reyes?

Los ojos del conductor se posaron de pronto en Ardita, que estaba inclinada sobre la baranda, hipnotizada de curiosidad. Ante un rápido movimiento de la batuta, el canto cesó al instante. Ella vio que ese era el único hombre blanco del bote: los seis remeros eran negros.

—¡Narciso a la vista! —exclamó cortés.

—¿A qué viene toda esa disonancia? —demandó divertida Ardita—. ¿Son la banda universitaria del loquero del condado?

Para entonces, el bote arañaba el costado del yate y un negro descomunal que estaba en la proa se dio vuelta y aferró la escalerilla lateral. Acto seguido el conductor dejó su posición en la popa y antes que Ardita comprendiera su intención subió corriendo la escalerilla y se paró sin aliento frente a ella en la cubierta.

—¡A mujeres y niños se les perdonará la vida! —dijo enérgico—. ¡A todo bebé que llore se lo ahogará de inmediato y a todos los hombres se les pondrán grilletes dobles!

Hundiendo alborotada las manos en los bolsillos del vestido, Ardita se quedó mirándolo, enmudecida de asombro.

Era un joven de boca desdeñosa y con los ojos azules brillantes de un bebé sano en una cara morena sensible. Tenía pelo negro azabache, húmedo y rizado: el pelo de una estatua griega oscurecido. De porte elegante, de vestir elegante y gallardo como un ágil conductor de delanteros.

—¡Bueno, que me lleve el diablo! —dijo ella aturdida.

Se estudiaron con frialdad.

—¿Entregas el barco?

—¿Es un arrebato de ingenio esto? —demandó Ardita—. ¿Eres idiota o solo estás haciendo la iniciación a alguna hermandad estudiantil?

—Te pregunté si entregabas el barco.

—Pensé que había ley seca —dijo Ardita con desprecio—. ¿Estuviste bebiendo esmalte de uñas? ¡Más vale que te bajes de este yate!

—¿Qué? —la voz del joven expresaba incredulidad.

—¡Que te bajes del yate! ¡Ya me oíste!

Él la miró un momento como considerando lo que ella había dicho.

—No —dijo despacio su boca desdeñosa—; yo no voy a bajarme del yate. Puedes bajarte tú, si quieres.

Dirigiéndose hacia la baranda, dio una orden brusca y de inmediato la tripulación del bote trepó en tumulto la escalerilla y se ordenó en fila frente a él, un morenote color carbón en un extremo y un mulato en miniatura de cuatro pies y nueve pulgadas en el otro. Daban la impresión de estar uniformemente vestidos con una especie de traje azul adornado de polvo, barro y jirones; del hombro tenían colgada una pequeña bolsa blanca, de aspecto pesado, y bajo el brazo llevaban grandes estuches negros que parecían contener instrumentos musicales.

—¡Aaa-tención! —ordenó el joven, chocando en seco los talones—. ¡Alineaarr derecha! ¡Vistaa al frente! ¡Un paso aquí, Bebe!

El negro más bajito dio un veloz paso adelante e hizo el saludo.

—¡Sí, señó!

—Toma el mando, ve abajo, captura a la tripulación y átalos; a todos excepto al maquinista. A él me lo traes. Ah, y apila ahí esas bolsas junto a la baranda.

—¡Sí, señó!

Bebe hizo de nuevo el saludo y girando sobre sus talones indicó a los otros cinco que se reunieran a su alrededor. Luego, tras una breve consulta susurrada, bajaron todos en fila por la escalera del tambucho sin hacer ruido.

—Ahora —le dijo alegre el joven a Ardita, que había presenciado esta última escena en fulminante silencio—, si juras por tu honor de flapera (que tal vez no valga mucho) mantener cuarenta y ocho horas bien cerrada esa boquita malcriada tuya, puedes irte a tierra remando en nuestro bote.

—Y si no, ¿qué?

—Si no, vas a ir mar adentro en barco.

Con un leve suspiro como de quien ha superado una crisis, el joven se hundió en el canapé que Ardita había desocupado un poco antes y estiró los brazos con pereza. Las comisuras de la boca se le relajaron con admiración mientras recorría con la mirada el suntuoso toldo de popa a rayas, los bronces lustrados y los lujosos accesorios de la cubierta. Sus ojos se detuvieron en el libro y luego en el limón agotado.

—Mm —dijo—, Stonewall Jackson[3] afirmaba que el jugo de limón le aclaraba la cabeza. ¿Sientes la cabeza bien clara?

Ardita desdeñó contestar.

—Porque dentro de los próximos cinco minutos tendrás que tomar una clara decisión de si irte o quedarte.

Levantó el libro y lo abrió con curiosidad.

—*La rebelión de los ángeles*. Suena bastante bien. Conque francés —la miró con renovada curiosidad—. ¿Francesa eres?

—No.

—¿Cómo te llamas?

—Farnam.

—¿Farnam qué?

—Ardita Farnam.

—Bueno, Ardita, no sirve de nada estar ahí de pie mordiéndote la boca por dentro. Tendrías que romper con esos hábitos nerviosos mientras eres joven. Ven aquí y siéntate.

Ardita se sacó del bolsillo un estuche de jade tallado, extrajo un cigarrillo y lo encendió con frialdad deliberada, aunque sabía que la mano le temblaba un poco; luego cruzó con su grácil andar contoneante hasta el otro canapé y, tras sentarse, largó una bocanada de humo al toldo.

—No puedes echarme de este yate —dijo con firmeza—; y no tienes mucho sentido común si piensas que vas a llegar lejos con él. Para las seis y media, mi tío habrá mandado radiogramas en zigzag por todo el océano.

—Mm.

Ella le lanzó una mirada rápida a la cara y captó ahí una ansiedad nítidamente impresa en la levísima depresión de las comisuras de la boca.

—Me da igual —dijo encogiéndose de hombros—. Este no es mi yate. No me molesta ir de crucero un par de horas. Incluso te presto ese libro para que tengas algo que leer en el barco guardacostas que los lleve a Sing Sing.

Él se rio, desdeñoso.

—Si es un consejo, no necesitas molestarte. Esto es parte de un plan organizado antes que supiera incluso que existía este yate. Si no era este, habría sido el siguiente que encontráramos anclado frente a la costa.

—¿Quiénes son ustedes? —demandó Ardita de repente—. ¿Y qué son ustedes?

—¿Has decidido no ir a tierra?

—No lo consideré ni en lo más mínimo.

—En general nos conocen —dijo él—, a los siete, como Curtis Carlyle y sus seis compinches negros, hasta no hace mucho del Winter Garden y el *Midnight Frolic*[4].

—¿Son cantantes?

—Éramos hasta hoy. En este momento, debido a esas bolsas blancas que ves ahí, somos fugitivos de la justicia, y si la recompensa ofrecida por nuestra captura no ha alcanzado a estas horas los veinte mil dólares, me están fallando los cálculos.

—¿Qué hay en las bolsas? —preguntó curiosa Ardita.

—Bueno —dijo él—, por el momento lo llamaremos… barro…, barro de Florida.

III

Menos de diez minutos después de la entrevista de Curtis Carlyle con un maquinista muy asustado, el yate Narciso estaba en marcha, navegando a todo vapor rumbo al sur en medio de un apacible crepúsculo tropical. El pequeño mulato, Bebe, que parecía gozar de la confianza implícita de Carlyle, asumió el control total de la situación. El ayuda de cámara del señor Farnam y el chef, únicos miembros de la tripulación que estaban a bordo a excepción del maquinista, tras haberse mostrado dispuestos a pelear, ahora estaban abajo reconsiderándolo, atados con firmeza a sus literas. A Trombón Mose, el negro más grandote, lo pusieron a borrar, con una lata de pintura, el nombre Narciso de la proa y sustituirlo por el nombre Hula Hula, y los demás se congregaron en la popa y se enfrascaron de lleno en un juego de dados.

Después de ordenar que prepararan una comida y la sirvieran en cubierta a las siete treinta, Carlyle volvió a reunirse con Ardita y, hundiéndose otra vez en el canapé, entrecerró los ojos y cayó en un estado de profunda abstracción.

Ardita lo escrutó con cuidado y lo clasificó de inmediato como una figura romántica. Daba la impresión de tener una confianza colosal en sí mismo, erigida sobre fundamentos endebles: apenas bajo la superficie de cada una de sus decisiones, ella discernía una vacilación que estaba en decidido contraste con la arrogante mueca de sus labios.

«Él no es como yo», pensó. «Hay una diferencia en alguna parte».

Como ególatra suprema que era, Ardita pensaba con frecuencia en sí misma; como nunca le habían cuestionado su egolatría, lo hacía con la mayor naturalidad y sin detrimento de su encanto innegable. Aunque tenía diecinueve años, daba la impresión de ser una chiquilla precoz e impetuosa y,

en el esplendor actual de su juventud y belleza, todos los hombres y mujeres que había conocido no eran más que madera a la deriva en las ondulaciones de su temperamento. Había conocido a otras personas ególatras —de hecho, descubrió que las personas egoístas la aburrían un poco menos que las no egoístas—, pero hasta ahora no había habido una sola a quien al fin no hubiera vencido y tendido a sus pies.

Pero aunque reconocía a un ególatra en el canapé vecino, no sentía nada de ese habitual cierre de puertas que en su mente implicaba despejar el barco para la acción; por el contrario, su instinto le decía que este hombre de algún modo era completamente vulnerable y muy indefenso. Cuando Ardita se rebelaba contra las convenciones —y últimamente esa había sido su diversión principal— era por un intenso deseo de ser ella misma, y sentía que a ese hombre, por el contrario, le preocupaba su propia rebeldía.

Estaba mucho más interesada en él que en su propia situación, que la afectaba como la perspectiva de una matiné afectaría a una niña de diez años. Tenía una confianza implícita en su capacidad de cuidar de sí misma en toda circunstancia.

Avanzaba la noche. Una pálida luna nueva le sonreía al mar con ojos brumosos y, mientras la costa se desvanecía difusa y unas nubes oscuras se arremolinaban como hojas en el lejano horizonte, una extensa niebla de luz de luna bañó de pronto el yate y desplegó una avenida de malla fulgurante en su senda veloz. De vez en cuando brotaba la llamarada brillante de un fósforo cuando uno de ellos encendía un cigarrillo, pero excepto por el ruido de fondo de los vibrantes motores y el rumor regular de las olas en torno a la popa, el yate estaba en calma como un barco de ensueño con rumbo a las estrellas a través de los cielos. En los alrededores flotaba el olor del mar nocturno, trayendo consigo una infinita languidez.

Carlyle rompió al fin el silencio.

—Qué chica con suerte —suspiró—. Yo siempre quise ser rico… y comprar toda esta belleza.

Ardita bostezó.

—Yo preferiría ser tú —dijo con franqueza.

—Lo preferirías… por un día. Pero sí parece que tienes muchas agallas para ser una flapera.

—Quisiera que no me llamaras así.

—Disculpa.

—En cuanto a agallas —continuó ella despacio—, es mi única cualidad rescatable. No le tengo miedo a nada del cielo ni de la tierra.

—Mm, yo sí.

—Para tener miedo —dijo Ardita—, una persona tiene que ser o muy grande y fuerte, o un cobarde. Yo no soy nada de eso —hizo una pausa breve y el entusiasmo se le coló en la voz—. Pero hablemos de ti. ¿Qué diablos hiciste, y cómo lo hiciste?

—¿Por qué? —demandó él con cinismo—. ¿Vas a escribir una película sobre mí?

—Vamos —insistió ella—. Miénteme a la luz de la luna. Inventa una historia fabulosa.

Apareció un negro, encendió una hilera de lucecitas bajo el toldo y empezó a preparar la mesa de mimbre para la cena. Y mientras comían tajadas de pollo frío, ensalada, alcauciles y mermelada de frutilla de la abastecida despensa de abajo, Carlyle empezó a hablar, vacilante al principio, pero luego entusiasmado al ver que a ella le interesada. Ardita apenas tocó la comida mientras observaba esa joven cara morena: atractiva, irónica, un tanto ineficaz.

Empezó la vida como un chico pobre en un pueblo de Tennessee, dijo, tan pobre que la suya era la única familia blanca de su calle. No recordaba a ningún chico blanco, pero había una inevitable docena de negritos siguiéndolo en tropel, fervientes admiradores a los que tenía cautivados con la vivacidad de su imaginación y la cantidad de problemas en los que siempre los metía y de los que luego los sacaba. Y esta asociación, al parecer, desvió un talento muy inusual para la música por un canal extraño.

Había habido una mujer de color llamada Belle Pope Calhoun, que tocaba el piano en fiestas para chicos blancos; chicos blancos de buena familia que, al pasar junto a Curtis Carlyle, habrían arrugado la nariz. Pero el «blanquito pobretón» andrajoso se sentaba junto al piano de ella por horas y trataba de sacarle un sonido de contralto a uno de esos mirlitones con los que los chicos tararean melodías. Antes de cumplir los trece, ya se ganaba la vida birlándole *ragtimes* a un violín maltrecho en pequeños cafés de Nashville. Ocho años más tarde, la fiebre del *ragtime* conquistó el país y él se llevó consigo a seis morenos al circuito del Orpheum[5]. Cinco eran chicos con los que había crecido; el otro era el mulatito, el Divino Bebe, un negro de los muelles de Nueva York que mucho antes había sido peón de plantación en Bermudas hasta que le clavó al amo un estilete de ocho pulgadas en la espalda. Casi antes de darse cuenta de su buena fortuna, Carlyle ya estaba en Broadway, con ofertas de contratos por todos lados y más dinero que el que jamás hubiera soñado.

Fue por aquella época que empezó a haber un cambio total en su actitud, un cambio bastante curioso, amargo. Fue cuando se dio cuenta de que estaba desperdiciando los años dorados de su vida farfullando en un escenario con un montón de tipos negros. El número era bueno en su género: tres trombones, tres saxofones y la flauta de Carlyle; y era el peculiar sentido del ritmo que tenía él lo que marcaba la gran diferencia; pero empezó a volverse extrañamente susceptible a eso, empezó a odiar la idea de presentarse, le aterraba día a día.

Estaban ganando dinero —cada contrato que firmaba llamaba a más—, pero cuando iba a ver a los representantes y les decía que quería separarse del sexteto y seguir como pianista independiente, se reían de él y le decían que estaba loco: sería un suicidio artístico. Después él se reía de la frase «suicidio artístico». Todos la usaban.

Media docena de veces tocaron en bailes privados por tres mil dólares la noche, y en esos bailes parecía cristalizarse todo el desagrado que sentía por su modo de ganarse el sustento. Tenían lugar en clubes y casas a los que no hubiera podido entrar de día. Después de todo, solo estaba representando el papel del eterno mono, una especie de corista sublimado. Estaba harto del mismísimo olor del teatro, a talco y lápiz labial, y de la cháchara en los camarines y de la aprobación condescendiente desde los palcos. Ya no podía entregarse a eso con toda el alma. La idea de una lenta aproximación al lujo del ocio lo enloquecía. Iba, desde luego, en esa dirección pero, como un chico, se tomaba su helado tan despacio que no alcanzaba a sentirle el gusto.

Quería tener mucho dinero y tiempo, y oportunidad para leer y tocar, y rodearse del tipo de hombres y mujeres que nunca podría tener: la clase que, si acaso pensaran en él, lo considerarían más bien despreciable; en suma, quería todas esas cosas que estaba empezando a agrupar bajo el rótulo general de aristocracia, una aristocracia que parecía poder comprarse casi con cualquier dinero a excepción del dinero ganado como estaba ganándoselo él. Tenía entonces veinticinco años, y ni familia ni educación ni perspectivas de éxito en una carrera de negocios. Empezó a especular a tontas y a locas, y a las tres semanas había perdido hasta el último centavo de sus ahorros.

Entonces llegó la guerra. Se fue a Plattsburg, e incluso hasta allí lo siguió su profesión. Un general de brigada lo hizo llamar al cuartel y le dijo que podría servir mejor al país como conductor de banda, así que pasó la guerra entreteniendo celebridades detrás de las líneas con una banda del cuartel. Eso no estaba tan mal, excepto que, cuando la infantería volvía rengueando de las trincheras, quería ser uno de ellos. El sudor y el barro que traían encima solo

le parecían ser solo uno de esos inefables símbolos de aristocracia que por siempre lo eludían.

—Fueron los bailes privados el asunto. Cuando volví de la guerra, comenzó la vieja rutina. Tuvimos una oferta de una cadena de hoteles de Florida. Era solo cuestión de tiempo entonces.

Se interrumpió y Ardita lo miró expectante, pero él meneó la cabeza.

—No —dijo—, no voy a contarte eso. Estoy disfrutándolo demasiado y me temo que perdería un poco de ese disfrute si lo compartiera con alguna otra persona. Quiero guardarme esos pocos instantes cruciales, heroicos, en que me planté frente a todos ellos y les mostré que era mucho más que un maldito payaso chillón y saltarín.

Desde la proa llegó de pronto el sonido grave de un canto. Los negros se habían reunido en la cubierta y sus voces se elevaban juntas en una melodía evocadora que se remontaba con emotiva armonía hacia la luna. Y Ardita escuchó como hechizada.

Por allá,
por allá,
por la vía láctea mami me quiere llevá.
Por allá,
por allá,
¡Papi dice mañá!
Pero mami dice hoy,
¡Sí, mami dice hoy!

Carlyle suspiró y estuvo en silencio un momento, mirando las huestes congregadas de estrellas titilantes como arcos voltaicos en el cielo cálido. La canción de los negros se había extinguido en un canturreo lastimero y parecía que minuto a minuto el resplandor y el gran silencio iban aumentando hasta que casi pudo oír el aseo de medianoche de las sirenas mientras se peinaban los chorreantes rizos de plata bajo la luna y chismorreaban entre sí acerca de los espléndidos barcos naufragados en donde vivían, en las opalescentes sendas verdes de allá abajo.

—¿Ves? —dijo Carlyle suavemente—, esta es la belleza que quiero. La belleza tiene que ser impresionante, impactante: tiene que irrumpir en ti como un sueño, como los ojos exquisitos de una chica.

Se volvió hacia ella, pero estaba callada.

—Ves, ¿no, Anita…?, digo, Ardita.

Ella otra vez no contestó. Llevaba un buen rato profundamente dormida.

IV

En el denso mediodía siguiente inundado de sol, una mancha en el mar frente a ellos se resolvió con naturalidad en un islote verde y gris, al parecer compuesto por un gran acantilado de granito en el extremo norte, que declinaba hacia el sur a través de una milla de vigoroso bosque bajo y pasto hasta una playa de arena que se fundía perezosa en el oleaje. Cuando Ardita, que leía en su asiento favorito, llegó a la última página de *La rebelión de los ángeles* y, cerrando el libro de un golpe, levantó la vista y lo vio, dio un gritito de placer y llamó a Carlyle, que estaba junto a la baranda, malhumorado.

—¿Es ahí? ¿Es ahí adonde van?

Carlyle se encogió de hombros, despreocupado.

—Ni idea —alzó la voz y llamó al capitán interino—: eh, Bebe, ¿esa es tu isla?

La miniatura de cabeza del mulato apareció por la esquina del puente de mando.

—¡Sí, señó! Esa é, sí.

Carlyle se unió a Ardita.

—Parece como entretenido, ¿no?

—Sí —coincidió ella—; pero no parece tan grande como para que sirva mucho de escondite.

—¿Sigues teniendo fe en esos radiogramas que tu tío iba a poner a zigzaguear por todos lados?

—No —dijo Ardita con franqueza—. Estoy contigo. Me gustaría de veras verte escapar.

Él se rio.

—Eres nuestra Dama de la Suerte. Supongo que vamos a tener que conservarte de mascota; por el momento, en todo caso.

—Mal podrías pedirme que me volviera nadando —dijo ella con frialdad —. Si me pides semejante cosa, voy a empezar a escribir novelitas basadas en esa interminable historia de tu vida que me regalaste anoche.

Él se sonrojó y se puso un poco tenso.

—Siento mucho haberte aburrido.

—Ah, no me aburriste; salvo al final con ese cuento de lo furioso que estabas porque no podías bailar con las damas para las que tocabas.

Él se levantó irritado.

—Tienes una lengüita bien maliciosa.

—Perdona —dijo ella, derritiéndose en risas—, pero no estoy acostumbrada a que los hombres me agasajen con el cuento de las ambiciones de su vida, en especial si tuvieron una vida tan mortalmente platónica.

—¿Por qué? ¿Con qué suelen agasajarte los hombres?

—Ah, hablan de mí —bostezó—. Me dicen que soy el espíritu de la juventud y la belleza.

—¿Y tú qué les dices?

—Ah, apruebo en silencio.

—¿Todos los hombres que conoces te dicen que te aman?

Ardita asintió.

—¿Y por qué no? La vida no es más que un avance hacia, y luego un retroceso desde, una única frase: «Te amo».

Carlyle se rio y se sentó.

—Eso es muy cierto. No está…, no está nada mal. ¿Lo inventaste tú?

—Sí, o más bien lo descubrí. No significa nada en especial. Es ingenioso, no más.

—Es el tipo de comentario —dijo él solemne— característico de tu clase.

—¡Ay —interrumpió ella impaciente—, no empieces otra vez con ese sermón sobre la aristocracia! Desconfío de las personas que pueden ser vehementes a esta hora de la mañana. Es una forma leve de locura, una especie de atracón en el desayuno. La mañana es el momento para dormir, nadar y no preocuparse.

Diez minutos más tarde habían virado en un amplio círculo como para aproximarse a la isla desde el norte.

—Acá hay algún truco —comentó Ardita pensativa—. No puede ser que este pretenda anclar frente al acantilado.

Ahora iban directo hacia la sólida roca, que debía estar bien por encima de los cien pies de alto, y solo cuando estuvieron a menos de cincuenta yardas de distancia vio Ardita cuál era el objetivo. Entonces aplaudió encantada. En el acantilado había una grieta completamente oculta tras una curiosa superposición de roca, y por esa grieta entró el yate y muy despacio atravesó un canal estrecho de agua cristalina entre altas paredes grises. Entonces anclaron en un mundo verde y oro en miniatura, una bahía dorada lisa como el cristal y rodeada de palmeras diminutas, todo lo cual semejaba esos lagos de espejo y árboles de ramita que los niños ponen sobre montículos de arena.

—¡Caramba, nada mal! —gritó Carlyle entusiasmado—. Supongo que ese enano pardo conoce muy bien este rincón del Atlántico.

Esa euforia era contagiosa y Ardita se puso exultante.

—¡Es un escondite absolutamente a toda prueba!

—¡Por Dios que sí! Es una isla como de cuento.

Bajaron el bote al lago dorado y remaron hasta la costa.

—Vamos —dijo Carlyle cuando desembarcaron en la arena fangosa—, exploremos.

El ribete de palmeras estaba a su vez cercado por una milla redonda de terreno llano, arenoso. Siguieron por ahí hacia el sur y, tras abrirse paso a través de otro anillo de vegetación tropical, salieron a una playa virgen gris perla donde Ardita se quitó con sendas patadas las zapatillas marrones de golf —parecía haber abandonado para siempre las medias— y se fue a caminar por el agua. Después volvieron a paso tranquilo al yate, donde el incansable Bebe ya les tenía listo el almuerzo. Había apostado un centinela en lo alto del acantilado en dirección al norte para vigilar el mar por ambos lados, aunque dudaba de que la entrada al acantilado fuese de conocimiento general: nunca había visto siquiera un mapa donde estuviera marcada la isla.

—¿Qué nombre tiene? —preguntó Ardita—. La isla, digo.

—Ningún ’omble —rio Bebe entre dientes—. Calculo qu’ é ihla nomá.

Al caer la tarde, se sentaron con la espalda apoyada contra unos grandes peñascos en la parte más alta del acantilado y Carlyle le esbozó sus vagos planes. Estaba seguro de que a esas alturas ya estaban moviendo cielo y tierra para localizarlo. Las ganancias totales del golpe que había llevado adelante, y respecto al cual aún se negaba a informarle, las estimaba en algo menos de un millón de dólares. Contaba con quedarse ahí escondido varias semanas y luego zarpar rumbo al sur, mantenerse bien por fuera de los canales de viaje habituales, bordear el cabo de Hornos y dirigirse al Callao, en Perú. Los detalles sobre el aprovisionamiento de carbón y víveres se los dejaba por completo a Bebe, que, al parecer, había navegado por esos mares en calidad de todo, desde grumete de a bordo en un mercante cafetero hasta virtual primer oficial en una embarcación pirata brasileña, a cuyo capitán habían colgado hacía ya tiempo.

—Si hubiera sido blanco, hace rato que sería rey de Sudamérica —dijo Carlyle con énfasis—. Cuando se trata de inteligencia, hace que Booker T. Washington[6] parezca un imbécil. Tiene la astucia de todas las razas y nacionalidades cuya sangre lleva en las venas, y son media docena o soy un mentiroso. A mí me venera porque soy el único hombre en el mundo que

puede tocar *ragtime* mejor que él. Nos sentábamos juntos en los muelles de la costa de Nueva York, él con un fagot y yo con un oboe, y combinábamos tonalidades menores de armonías africanas de hace mil años hasta que las ratas trepaban por los pilotes y se sentaban alrededor gimiendo y chillando como perros enfrente de un gramófono.

Ardita se rio a carcajadas.

—¡Cómo puedes decir esas cosas!

Carlyle sonrió de oreja a oreja.

—Juro que es la pura verd…

—¿Qué vas a hacer cuando llegues al Callao? —interrumpió ella.

—Embarcarme a la India. Quiero ser rajá. En serio. Mi idea es subir hasta algún lugar de Afganistán, comprarme un palacio y una reputación, y entonces después de unos cinco años aparecerme en Inglaterra con acento extranjero y un pasado misterioso. Pero la India primero. ¿Sabías que dicen que todo el oro del mundo va volviendo poco a poco a la India? Hay algo fascinante para mí en eso. Y quiero tiempo libre para leer, una cantidad inmensa.

—¿Y después?

—Entonces —contestó desafiante—, viene la aristocracia. Ríete si quieres, pero al menos debes admitir que sé lo que quiero; que, imagino, es más de lo que sabes tú.

—Al contrario —lo contradijo Ardita, mientras buscaba su cigarrera en el bolsillo—, cuando te conocí había causado un gran alboroto entre todos mis amigos y familiares porque sí sabía lo que quería.

—¿Y qué era?

—A un hombre.

Él se sobresaltó.

—¿Quieres decir que estabas comprometida?

—En cierto modo. Si no hubieras subido a bordo, tenía toda la intención de escabullirme a la costa anoche (qué lejano parece) y encontrarme con él en Palm Beach. Está esperándome allá con un brazalete que alguna vez perteneció a Catalina de Rusia. Ahora no empieces a farfullar sobre la aristocracia —agregó enseguida—. Me gustó simplemente porque tenía imaginación y todo el coraje para sostener sus convicciones.

—Pero tu familia se oponía, ¿eh?

—Lo que queda de ella: solo un tío tonto y una tía más tonta. Parece que él se metió en un escándalo con una pelirroja llamada Mimi algo (lo exageraron terriblemente, me dijo, y a mí los hombres no me mienten), y de

todas maneras me tenía sin cuidado lo que hubiera hecho; era el futuro lo que contaba. Y yo me encargaría de eso. Cuando un hombre está enamorado de mí, no tiene interés en otras diversiones. Le dije que la largara como a una papa caliente, y eso hizo.

—Estoy algo celoso —dijo Carlyle frunciendo el entrecejo, y luego se rio —. Creo que solo vamos a retenerte hasta llegar al Callao. Después voy a prestarte dinero suficiente para volver a los Estados Unidos. Para entonces habrás tenido ocasión de reconsiderar un poco más lo de ese caballero.

—¡No me hables así! —se enardeció Ardita—. ¡No voy a tolerar ninguna actitud paternal de nadie! ¿Me entiendes?

Él largó una risita y luego se detuvo, algo avergonzado, porque la furia glacial de ella pareció envolverlo y congelarlo.

—Lo siento —ofreció inseguro.

—¡Ay, no te disculpes! No soporto a los hombres que dicen «lo siento» con ese tono viril y reservado. ¡Solo cállate!

Siguió una pausa, una pausa que a Carlyle le resultó algo incómoda, pero que Ardita, ahí sentada disfrutando de un cigarrillo y contemplando el destello del mar, no pareció notar en lo más mínimo. Un minuto después, gateaba por la roca y se echaba con la cara asomada por el borde mirando abajo. Carlyle, al observarla, reflexionó acerca de qué imposible parecía que ella adoptara una actitud sin elegancia.

—¡Ay, mira! —gritó ella—. Hay un montón de salientes o algo por el estilo ahí abajo. Anchos, de distintas alturas.

Él se acercó y juntos miraron desde la vertiginosa altura.

—¡Vamos a nadar esta noche! —dijo ella con entusiasmo—. A la luz de la luna.

—¿No preferirías ir a la playa del otro lado?

—De ninguna manera. Me gusta zambullirme. Puedes usar el traje de baño de mi tío, solo que te va a quedar como bolsa de papas, porque es un hombre muy fofo. Yo tengo uno de una pieza que ha dejado trastornados a los nativos de toda la costa atlántica desde Biddeford Pool hasta San Agustín.

—Supongo que eres un tiburón.

—Sí, soy muy buena. Y además quedo linda. Un escultor de Rye me dijo el verano pasado que mis pantorrillas valían quinientos dólares.

No parecía haber ninguna respuesta a eso, así que Carlyle se quedó callado, permitiéndose solamente una discreta sonrisa interior.

V

Cuando la noche descendió en sombras de azul y plata, se abrieron paso en el bote por el canal centelleante y, tras atarlo a una protuberancia rocosa, empezaron a trepar juntos el acantilado. La primera cornisa estaba a diez pies de altura; era ancha y proporcionaba un trampolín natural. Allí se sentaron al resplandor de la luna y observaron el leve vaivén incesante de las aguas, casi en calma, ahora que la marea iba mar adentro.

—¿Estás feliz? —preguntó él de pronto.

Ella asintió.

—Siempre feliz cerca del mar. ¿Sabes qué? —siguió—, estuve pensando todo el día que tú y yo nos parecemos en cierto modo. Los dos somos rebeldes, solo que por distintas razones. Hace dos años, cuando yo tenía solo dieciocho y tú tenías…

—Veinticinco.

—… bueno, los dos éramos unos triunfadores convencionales. Yo era una debutante absolutamente irresistible y tú un músico próspero recién designado en el ejército…

—Un señorito por ley del Congreso —interpuso él irónicamente.

—Bueno, en cualquier caso, ambos encajábamos. Si nuestras aristas no estaban limadas del todo, al menos estaban retraídas. Pero, muy en nuestro interior, algo nos hacía exigir más para ser felices. Yo no sabía lo que quería. Iba de hombre en hombre, inquieta, intranquila, volviéndome mes a mes menos complaciente y más insatisfecha. A veces me quedaba sentada mordiéndome la boca por dentro y creyendo que estaba volviéndome loca: tenía una sensación espantosa de transitoriedad. ¡Quería las cosas ya, ya, ya! Ahí estaba…, hermosa…; soy hermosa, ¿no?

—Sí —asintió Carlyle con vacilación.

Ardita se levantó de pronto.

—Espera un segundo. Quiero probar este mar, que parece delicioso.

Caminó hasta el final del saliente y se tiró al mar, doblándose en el aire y luego enderezándose para entrar en el agua recta como una estaca en un perfecto salto de carpa.

Un minuto después su voz subió flotando hacia él.

—Me pasaba leyendo todo el día y buena parte de la noche, ¿entiendes? Empecé a estar resentida con la sociedad…

—Ven aquí arriba —interrumpió él—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Hago la plancha no más. Subo en un minuto. Déjame contarte. Lo único que disfrutaba era escandalizar a la gente; ponerme algo bien imposible y bien

atrayente para una fiesta de disfraces, salir con los hombres más disolutos de Nueva York y meterme en los líos más infernales que puedas imaginarte.

Los ruidos del chapoteo se mezclaban con sus palabras, y luego él la escuchó respirar acelerada cuando empezó a trepar por el costado hasta el saliente.

—¡Vamos, métete! —gritó ella.

Obediente, él se levantó y se zambulló. Cuando emergió, chorreando, y volvió a trepar, se encontró con que ella no estaba más en el saliente, pero tras un asustado instante oyó su risa ligera desde otra cornisa diez pies más alta. Ahí se reunió con ella y se quedaron sentados un momento sin hablar, con los brazos alrededor de las rodillas, un poco jadeantes por la subida.

—La familia estaba como loca —dijo ella de pronto—. Intentaron casarme. Y entonces, cuando había empezado a sentir que después de todo casi no valía la pena seguir viviendo, encontré algo —elevó exultante los ojos al cielo—. ¡Encontré algo!

Carlyle esperó y las palabras de ella llegaron en torrente.

—Coraje, simplemente eso; coraje como regla de vida y algo a lo que aferrarme siempre. Empecé a construirme esta enorme fe en mí misma. Empecé a ver que en todos mis ídolos del pasado alguna manifestación de coraje era lo que inconscientemente me había atraído. Empecé a separar el coraje de las otras cosas de la vida. Todo tipo de coraje: el boxeador golpeado, ensangrentado, que se levanta por más (yo hacía que los hombres me llevaran a ver boxeo); la mujer desprestigiada que se abre paso en un nido de arpías y las mira como si fueran barro debajo de sus pies; que siempre te guste lo que te gusta; la absoluta indiferencia ante la opinión de los demás; simplemente vivir siempre como quise y morir a mi manera… ¿Trajiste los cigarrillos?

Él le pasó uno y le sostuvo un fósforo en silencio.

—Así y todo —continuó Ardita—, los hombres seguían juntándose; viejos y jóvenes, mental y físicamente inferiores a mí, la mayoría, pero todos con intenso deseo de tenerme: de poseer esta orgullosa tradición más bien espléndida que había construido en torno a mí. ¿Comprendes?

—Algo así. Nunca te vencieron y nunca te disculpaste.

—¡Nunca!

Ella saltó como un resorte hasta el borde, posó por un momento como si fuera una figura crucificada contra el cielo; luego, describiendo una oscura parábola, se dejó caer sin rasgar el agua entre dos ondas plateadas veinte pies más abajo.

Su voz subió flotando hacia él una vez más.

—Y coraje para mí significaba abrirse paso a través de esa insulsa bruma gris que cae sobre la vida; no solo sobreponerse a las personas y las circunstancias, sino sobreponerse a la desolación de vivir. Una especie de insistencia en el valor de la vida y la importancia de las cosas transitorias.

Ahora iba trepando y, a la par de las últimas palabras, su cabeza, con el pelo rubio húmedo simétricamente alisado hacia atrás, apareció en el nivel donde él estaba.

—Todo muy bien —objetó Carlyle—. Puedes llamarlo coraje, pero tu coraje en realidad se construye, después de todo, sobre un orgullo de cuna. Te criaron para tener esa actitud desafiante. En mis días grises hasta el coraje es una de esas cosas que son grises y sin vida.

Ella estaba sentada cerca del borde, abrazada a sus rodillas y contemplando abstraída la luna blanca; él estaba más atrás, encogido como un dios grotesco dentro de un nicho en la roca.

—No quiero sonar como Pollyanna[7] —empezó ella—, pero no me captaste todavía. Mi coraje es fe: fe en mi eterna resiliencia; en que la alegría va a volver, y también la esperanza y la espontaneidad. Y siento que hasta que eso suceda tengo que mantener la boca cerrada y la frente en alto y los ojos bien abiertos; no necesariamente con una sonrisa tonta. Ay, pasé por un auténtico infierno muchas veces sin quejarme; y el infierno femenino es más mortífero que el masculino.

—Pero supongamos —sugirió Carlyle— que antes que volvieran la alegría, la esperanza y todo eso, te bajaran el telón para siempre.

Ardita se levantó y fue hasta la pared para trepar con cierta dificultad hasta el próximo saliente, otros diez o quince pies más arriba.

—¡Vaya —gritó ella—, entonces yo habría ganado!

Él se asomó por el borde hasta que alcanzó a verla.

—¡Mejor no te tires de ahí! ¡Vas a romperte la espalda! —dijo rápido.

Ella se rio.

—¡Yo no!

Extendió despacio los brazos y se quedó ahí como un cisne, irradiando un orgullo por su joven perfección que encendió una llama cálida en el corazón de Carlyle.

—Vamos por el aire negro con los brazos abiertos —gritó ella— y los pies estirados atrás como la cola de un delfín, y vamos a pensar que no golpearemos nunca contra el plateado de ahí abajo hasta que de pronto todo alrededor sea cálido y esté lleno de olitas besadoras y acariciadoras.

Luego ella estaba en el aire y Carlyle contuvo involuntariamente la respiración. No había advertido que el salto era de casi cuarenta pies. Pareció transcurrir una eternidad hasta que oyó el veloz sonido compacto cuando ella llegó al mar.

Y fue al soltar un grato suspiro de alivio, cuando la ligera risa acuática de ella subió ondulante la pared del acantilado hasta entrar en sus oídos angustiosos, que él supo que la amaba.

VI

El tiempo, sin ningún interés personal en juego, regó sobre ellos tres días de tardes. Cuando el sol aclaraba el ojo de buey de su camarote una hora después del alba, Ardita se levantaba alegre, se ataviaba con su traje de baño y subía a cubierta. Cuando la veían, los negros dejaban el trabajo y se apiñaban, riendo entre dientes y parloteando, junto a la baranda mientras ella flotaba, ágil pececito, sobre y bajo la superficie del agua clara. De nuevo nadaba en el frescor de la tarde, y se repantigaba y fumaba con Carlyle en el acantilado; o bien se recostaban de lado en las arenas de la playa del sur, hablando poco, pero observando cómo se difuminaba el día colorida y trágicamente en la infinita languidez de una noche tropical.

Y con las largas horas soleadas, la idea que tenía Ardita sobre el episodio como algo incidental, descabellado, una brizna de romance en un desierto de realidad, fue poco a poco abandonándola. Le aterraba el momento en que él se pusiera en marcha rumbo al sur; le aterraban todas las eventualidades que se le presentaban a ella; los pensamientos fueron de pronto problemáticos y las decisiones, odiosas. De haber hallado los rezos un lugar en los rituales paganos de su alma, solo le habría pedido a la vida no ser importunada por un tiempo, dejarse llevar con pereza complaciente por el fluir fácil, ingenuo de las ideas de Carlyle, su vívida imaginación juvenil y la veta de monomanía que parecía atravesarle el temperamento y coloreaba todas sus acciones.

Pero esta no es una historia de dos en una isla, ni trata ante todo del amor engendrado por el aislamiento. Es la mera presentación de dos personalidades, y su entorno idílico entre las palmeras de la corriente del Golfo es del todo incidental. La mayoría de nosotros se contenta con existir y engendrar, y luchar por el derecho a hacer ambas cosas, y la idea superior, el intento, condenado de antemano, de controlar el propio destino está reservado a unos pocos afortunados o desafortunados. Para mí, lo interesante acerca de Ardita es el coraje que habrá de opacarse junto con su belleza y juventud.

—Llévame contigo —dijo ella tarde una noche en que estaban sentados perezosamente en la hierba bajo las palmeras esparcidas en sombras. Los negros habían traído a tierra sus instrumentos musicales y el sonido de un extraño *ragtime* iba suave a la deriva en el cálido aliento de la noche—. Me encantaría reaparecer dentro de diez años como una dama india de casta alta fabulosamente rica —continuó. Carlyle le lanzó una mirada rápida.

—Podrías, ¿sabes?

Ella se rio.

—¿Es una propuesta de casamiento? ¡Extra! Ardita Farnam esposa de pirata. Chica de sociedad secuestrada por ladrón de bancos a ritmo de *ragtime*.

—No era un banco.

—¿Qué era? ¿Por qué no quieres contarme?

—No quiero romper tus ilusiones.

—Querido mío, yo no me hago ninguna ilusión respecto a ti.

—Me refiero a las ilusiones con respecto a ti misma.

Ella alzó la vista con sorpresa.

—¿Con respecto a mí misma? ¿Qué diablos tengo que ver yo con quién sabe qué delito descarriado que hayas cometido?

—Eso está por verse.

Ella se estiró y le palmeó la mano.

—Querido señor Curtis Carlyle —dijo suavemente—, ¿estás enamorado de mí?

—Como si eso importara.

—Pero importa, porque creo que yo estoy enamorada de ti.

Él la miró irónico.

—Así tus cifras de enero se inflan a media docena —sugirió—. Supongamos que te tomo la palabra y te pido que vengas conmigo a la India.

—¿Y si voy?

Él se encogió de hombros.

—Podemos casarnos en el Callao.

—¿Qué clase de vida puedes ofrecerme? No lo digo con mala intención, es en serio; ¿qué sería de mí si la gente que quiere esa recompensa de veinte mil dólares llegara a atraparte?

—Pensé que no tenías miedo.

—Nunca tengo miedo; pero no voy a desperdiciar mi vida solo para demostrarle eso a un hombre.

—Ojalá fueras pobre. Una simple chiquilla pobre que soñara mirando por encima de una cerca en una calurosa tierra de vacas.

—¿No habría sido lindo?

—Yo habría disfrutado de sorprenderte, de observar cómo se te abrían los ojos a las cosas. ¡Si al menos desearas cosas! ¿No lo ves?

—Ya sé: como las chicas que se quedan mirando los escaparates de las joyerías.

—Sí, y quieren el reloj pulsera ovalado grande de platino con diamantes todo alrededor del borde. Solo que tú decidirías que es demasiado caro y elegirías uno de oro blanco de cien dólares. Entonces yo diría: «¿Caro? ¡Yo creo que no!». Y entraríamos en la joyería y enseguida el de platino estaría reluciendo en tu muñeca.

—Suena tan lindo y vulgar; y divertido, ¿no es cierto? —murmuró Ardita.

—¿No es cierto? ¿No puedes vernos viajando de aquí para allá y gastando dinero a diestra y siniestra, y siendo venerados por botones y meseros? ¡Ah, bienaventurados los ricos simples, porque ellos heredan la tierra!

—Yo sinceramente querría que fuéramos así.

—Te amo, Ardita —dijo él con dulzura.

La cara de ella perdió por un momento su aspecto infantil y se puso extrañamente seria.

—Me encanta estar contigo —dijo—, más que con cualquier otro hombre que haya conocido. Y me gustan tu estilo y tu bonito pelo oscuro, y la manera en que pasas por encima de la baranda cuando llegamos a tierra. De hecho, Curtis Carlyle, me gusta todo lo que haces cuando eres absolutamente natural. Creo que tienes agallas, y sabes lo que siento al respecto. A veces cuando andas cerca estoy tentada de darte un beso de pronto y decirte que solo eres un chico idealista con la cabeza llena de tonterías sobre castas. Quizá si yo fuera un poquito mayor y estuviera un poco más aburrida me iría contigo. Como están las cosas, creo que voy a volver y me voy a casar… con aquel otro hombre.

Al otro lado del lago plateado las figuras de los negros se contorsionaban y retorcían a la luz de la luna, como acróbatas que, tras haber estado demasiado tiempo inactivos, necesitaran repasar sus trucos por puro sobrante de energía. En fila india marchaban, zigzagueando en círculos concéntricos, ya con la cabeza echada hacia atrás, ya inclinados sobre sus instrumentos como faunos flautistas. Y de trombón y saxofón gemía incesante una melodía mixta, a veces desenfrenada y eufórica, a veces evocadora y lastimera como una danza de la muerte del corazón del Congo.

—¡Bailemos! —gritó Ardita—. No puedo quedarme sentada mientras suena este jazz extraordinario.

Tomándola de la mano, él la llevó a una franja amplia de suelo arenoso firme, que la luna inundaba con gran esplendor. Flotaron como mariposas nocturnas a la deriva bajo la rica luz brumosa y, mientras la fantástica sinfonía lloraba y se regocijaba y oscilaba y se desesperaba, lo último que a Ardita le quedaba de sentido de la realidad se derrumbó y ella abandonó su imaginación a los ensoñadores aromas veraniegos de las flores tropicales y los infinitos espacios estrellados de las alturas, con la sensación de que, si abría los ojos, sería para encontrarse a sí misma bailando con un fantasma en una tierra creada por su propia fantasía.

—Esto es lo que yo llamaría un baile privado exclusivo —murmuró él.

—Me siento muy loca; ¡pero deliciosamente loca!

—Estamos hechizados. Las sombras de innumerables generaciones de caníbales nos observan allá desde lo alto de la pared del acantilado.

—Y apuesto a que las caníbales están diciendo que bailamos demasiado juntos y que es una indecencia de mi parte haber venido sin la argolla en la nariz.

Se rieron suave los dos, y luego se extinguieron sus risas cuando oyeron que del otro lado del lago se detenían los trombones en medio de un compás y los saxofones daban un quejido azorado y se desvanecían.

—¿Qué pasa? —gritó Carlyle.

Después de un momento de silencio distinguieron la oscura figura de un hombre bordeando el lago plateado a la carrera. Cuando estuvo más cerca vieron que era Bebe en un estado de agitación inusual. Se paró frente a ellos y boqueó la noticia en una exhalación.

—Hay un balco a media milla ’e la cohta, señó. Mose está ’e gualdia, dice que pa’ece ancla’o.

—Un barco; ¿qué clase de barco? —demandó ansioso Carlyle.

Había consternación en su voz, y el corazón de Ardita dio un vuelco repentino cuando le vio la cara desencajada de repente.

—Dice que no sabe, señó.

—¿Están bajando un bote?

—No, señó.

—Subamos —dijo Carlyle.

Ascendieron la cuesta en silencio, la mano de Ardita aún tomada de la de Carlyle, como había quedado cuando terminaron de bailar. Ella sentía de a ratos un apretón nervioso como si él no fuera consciente del contacto, pero

aunque le hacía daño no intentó soltarse. Pareció durar una hora el ascenso hasta que llegaron a la cima y se arrastraron sigilosos por la meseta perfilada contra el cielo, hasta el borde del acantilado. Tras un breve vistazo, Carlyle dio un pequeño grito involuntario. Era un barco guardacostas con cañones de seis pulgadas montados en proa y popa.

—¡Ya saben! —dijo con una breve inhalación—. ¡Ya saben! Pescaron el rastro en alguna parte.

—¿Estás seguro de que saben lo del canal? Quizá solo se hayan detenido para echar un vistazo a la isla por la mañana. Desde donde están no podrían ver la abertura del acantilado.

—Con prismáticos podrían —dijo él desesperanzado. Miró su reloj—. Ya son cerca de las dos. No van a hacer nada hasta que amanezca, eso es seguro. Por supuesto siempre existe la remota posibilidad de que estén esperando algún otro barco; o un carbonero.

—Supongo que da igual que nos quedemos aquí mismo.

Pasaron las horas y se quedaron tendidos lado a lado, muy silenciosos, con el mentón sobre las manos como chicos soñando. A sus espaldas estaban en cuclillas los negros, pacientes, resignados, complacientes, anunciando cada tanto con ronquidos sonoros que ni siquiera la presencia del peligro podía doblegar su inconquistable ansia africana de dormir.

Justo antes de las cinco, Bebe se acercó a Carlyle. Había media docena de rifles a bordo del Narciso, dijo. ¿Estaba tomada la decisión de no resistirse? Se podía dar buena pelea, pensaba él, si ideaban un plan.

Carlyle rio y meneó la cabeza.

—No es un ejército hispanucho lo que hay ahí, Bebe. Es un barco guardacostas. Sería como tratar de pelear con arco y flecha contra una ametralladora. Si quieres enterrar esas bolsas en algún lado y arriesgarte a recuperarlas más tarde, vete a hacerlo. Pero no va a funcionar: excavarían la isla de punta a punta. Es una batalla perdida por donde lo mires, Bebe.

Bebe inclinó la cabeza en silencio y dio media vuelta, y Carlyle tenía la voz ronca cuando se volvió hacia Ardita.

—Ahí está el mejor amigo que he tenido en mi vida. Moriría por mí, y con orgullo, si se lo permitiera.

—¿Te has dado por vencido?

—No tengo alternativa. Por supuesto siempre hay una salida (la infalible), pero eso puede esperar. No me perdería mi juicio por nada: va a ser un interesante experimento de mala fama. «La señorita Farnam testifica que la actitud del pirata para con ella fue en todo momento la de un caballero».

—¡Basta! —dijo ella—. Lo lamento terriblemente.

Cuando se desvaneció el color del cielo y el azul deslustrado dio lugar a un gris plomizo, se hizo visible una conmoción en la cubierta del barco y distinguieron a un grupo de oficiales con ropa de dril blanco congregados cerca de la baranda. Tenían prismáticos en las manos y examinaban el islote con atención.

—Se terminó —dijo Carlyle sombrío.

—¡Maldición! —murmuró Ardita. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Volvamos al yate —dijo él—. Prefiero eso a que me busquen aquí arriba y me cacen como a una zarigüeya.

Dejando atrás la meseta, descendieron la cuesta y, al llegar al lago, los silenciosos negros los llevaron a remo hasta el yate. Entonces, pálidos y cansados, se hundieron en los canapés a esperar.

Media hora más tarde en la difusa luz gris la trompa del guardacostas apareció en el canal y se detuvo, sin duda por temor a que la bahía fuera demasiado poco profunda. Por el aspecto pacífico del yate, el hombre y la chica sentados en los canapés y los negros que holgazaneaban curiosos contra la baranda, juzgaron sin duda que no habría resistencia, pues con naturalidad bajaron dos botes por el costado, uno con un oficial y seis guardacostas, y el otro con cuatro remeros y, en la popa, dos hombres canosos con pantalones náuticos de franela. Ardita y Carlyle se levantaron y medio inconscientemente caminaron uno al encuentro del otro. Entonces él se detuvo y metiéndose de pronto la mano en el bolsillo sacó un objeto redondo y brillante y se lo ofreció.

—¿Qué es eso? —preguntó intrigada.

—No estoy seguro, pero por la inscripción en ruso de adentro creo que es tu brazalete prometido.

—¿De… de dónde diablos…?

—Salió de una de esas bolsas. Ya ves, Curtis Carlyle y sus seis compinches negros, a mitad de la función en el salón de té del hotel de Palm Beach, cambiaron de pronto sus instrumentos por automáticas y asaltaron a la concurrencia. Le saqué este brazalete a una pelirroja bonita y muy maquillada.

Ardita frunció el entrecejo y luego sonrió.

—¡Conque eso fue lo que hiciste! ¡Sí que tienes agallas!

Él hizo una reverencia.

—Una bien conocida cualidad burguesa —dijo.

Y entonces el alba se proyectó con dinámica inclinación sobre la cubierta y lanzó a las sombras a tambalearse hacia las esquinas grises. El rocío subió y se transformó en una bruma dorada, delgada como un sueño, que los envolvió hasta que parecieron vaporosas reliquias del fin de la noche, infinitamente transitorias y ya evanescentes. Por un instante, mar y cielo se quedaron sin aliento, y el alba posó una mano rosada sobre la joven boca de la vida; entonces, desde algún lugar del lago llegó el quejido de un bote y el siseo de unos remos.

De pronto, contra el horno dorado rasante en el este, sus dos agraciadas figuras se fundieron en una y él estaba besándole la joven boca malcriada.

—Es como estar en la gloria —murmuró él un segundo después.

Ella le sonrió.

—Feliz, ¿no?

El suspiro de ella fue una bendición: una certeza extática de que ella era ahora más que nunca juventud y belleza. Por un momento más, la vida fue radiante y el tiempo un fantasma y la fuerza de ellos eterna; entonces hubo un ruido de choque, de arañazo, cuando el bote arañó el costado del yate.

Por la escalerilla treparon los dos hombres canosos, el oficial y dos de los marinos con las manos en los revólveres. El señor Farnam cruzó los brazos y se quedó de pie mirando a su sobrina.

—Así que… —dijo, asintiendo despacio.

Con un suspiro, ella desenroscó los brazos del cuello de Carlyle y sus ojos, transfigurados y lejanos, cayeron sobre el grupo de abordaje. El tío vio hincharse despacio el labio superior de ella en ese mohín arrogante que él conocía tan bien.

—Así que… —repitió con crudeza—. Así que esta es tu idea de… de romance. Un amorío de fugitivos, con un pirata de altamar.

Ardita le lanzó una mirada indiferente.

—¡Qué viejo necio eres! —dijo en voz baja.

—¿Eso es lo mejor que puedes decir en tu defensa?

—No —dijo ella como considerándolo—. No, hay algo más. Está esa frase bien conocida con la que he terminado casi todas nuestras conversaciones en los últimos años: ¡Cállate!

Y con eso se dio media vuelta, incluyó a los dos hombres mayores, al oficial y a los dos marinos en una brusca mirada de desprecio y bajó orgullosa la escalera del tambucho.

Pero de haber esperado un instante más, le habría escuchado al tío un sonido para nada familiar en la mayoría de sus intercambios. Él dio rienda

suelta a una franca risita divertida, a la que se unió el otro hombre mayor.

Este último giró con energía hacia Carlyle, que había estado observando la escena con un aire de críptica diversión.

—Bueno, Toby —dijo cordial—, incurable romántico cabeza de chorlito cazador de arcoíris, ¿descubriste que ella era la persona que querías?

Carlyle sonrió confiado.

—Pero por supuesto —dijo—. Estuve absolutamente seguro desde la primera vez que oí de su alocada carrera. Por eso anoche mandé a Bebe a lanzar la bengala.

—Me alegra que lo hicieras —dijo serio el coronel Moreland—. Nos hemos mantenido bien cerca de ustedes por si tenían algún problema con esos seis negros desconocidos. Y teníamos la esperanza de encontrarlos a los dos en alguna situación comprometedora —suspiró—. Bueno, ¡para atrapar a un excéntrico hay que mandar a otro excéntrico!

—Tu padre y yo estuvimos sentados toda la noche esperando lo mejor; o quizá sea lo peor. Sabe Dios que eres bien recibido, mi muchacho. A mí me ha vuelto loco. ¿Le diste el brazalete ruso que mi detective consiguió de esa tal Mimi?

Carlyle asintió.

—¡Chist! —dijo—. Está subiendo a cubierta.

Ardita apareció en la parte alta de la escalera del tambucho y lanzó una rápida mirada involuntaria a las muñecas de Carlyle. Una expresión perpleja le cruzó la cara. Atrás en la popa los negros habían empezado a cantar, y el lago frío, fresco de alba, repetía en sereno eco sus voces graves.

—Ardita —dijo Carlyle inseguro.

Ella dio un paso vacilante hacia él.

—Ardita —repitió él con voz entrecortada—, tengo que contarte la… la verdad. Fue todo una trampa, Ardita. No me llamo Carlyle. Me llamo Moreland, Toby Moreland. La historia fue toda inventada, Ardita; inventada del aire liviano de la Florida.

Ella se quedó mirándolo mientras por la cara le corrían asombro desconcertado, incredulidad y furia en rápidas oleadas. Los tres hombres contuvieron la respiración. Moreland padre dio un paso hacia ella; al señor Farnam se le entreabrió un poco la boca mientras esperaba, aterrado, la consabida explosión.

Pero no llegó. La cara de Ardita se volvió de pronto radiante, y con una risita ella fue veloz hacia el joven Moreland y alzó la vista hacia él sin un rastro de ira en los ojos grises.

—¿Me juras —dijo en voz baja— que esto fue todo producto de tu propio cerebro?

—Lo juro —dijo con entusiasmo el joven Moreland.

—¡Qué imaginación! —dijo suave ella y casi con envidia—. Quiero que me mientas con tanta dulzura como tú sabes por el resto de mi vida.

Las voces de los negros volvieron flotando soñolientas, mezcladas en un aire que ella les había oído cantar alguna vez.

El tiempo es un ladrón;
la dicha y el dolor
se aferran a la flor
que se marchita.

—¿Qué hay en las bolsas? —preguntó suave ella.

—Barro de la Florida —contestó él—. Esa es una de las dos cosas ciertas que te dije.

—Quizá yo pueda adivinar la otra —dijo ella; y estirándose en puntas de pie lo besó suavemente a título ilustrativo.

El palacio de hielo

I

La luz del sol salpicaba la casa como pintura dorada en un jarrón ornamental, y las motas de sombra aquí y allá no hacían más que acentuar el rigor del baño de luz. Las casas de los Butterworth y los Larkin, a cada flanco, se atrincheraban tras unos enormes árboles fornidos; solo la casa de los Happer recibía el sol de lleno y durante todo el día miraba la polvorienta calle-carretera con paciencia tolerante y bondadosa. Esta era la ciudad de Tarleton en el extremo sur de Georgia, una tarde de septiembre.

Arriba, junto a la ventana de su dormitorio, Sally Carrol Happer apoyó el mentón de diecinueve años en el alféizar de cincuenta y tantos, y observó cómo el viejísimo Ford de Clark Darrow doblaba la esquina. En el coche hacía calor —al ser en parte metálico, retenía todo el calor que absorbía o emitía— y Clark Darrow, muy erguido al volante, tenía una expresión dolorida, crispada, como si se considerara a sí mismo una pieza de repuesto y con ciertas probabilidades de romperse. Cruzó laboriosamente dos surcos de polvo, con un chirrido indignado de las ruedas ante el encuentro, y luego con expresión aterradora le dio un tirón final a la dirección y depositó coche y persona más o menos enfrente del umbral de los Happer. Se oyó un resuello lastimero, un estertor, seguido de un breve silencio; y luego un silbido alarmante hendió el aire.

Sally Carrol bajó soñolienta la mirada. Empezó a bostezar, pero, como le resultaba totalmente imposible si no levantaba el mentón del alféizar, cambió de parecer y continuó en silencio contemplando el coche, cuyo dueño estaba sentado magnífica aunque mecánicamente en posición de firmes esperando una respuesta a su aviso. Al cabo de un momento, el silbido partió otra vez el aire polvoriento.

—Buenos día’.

Con dificultad Clark dobló su cuerpo largo y torció la vista hacia la ventana.

—Ya pasó el mediodía, Sally Carrol.

—Cierto, ¿no?

—¿Qué haces?

—Me estoy comiendo una manzana.

—Vamos a nadar, ¿dale?

—Calculo que sí.

—¿Y si te das prisa?

—Cierto.

Sally Carrol lanzó un suspiro voluminoso y con profunda inercia se levantó del piso, donde había ocupado el tiempo de a ratos destrozando pedazos de una manzana verde, de a ratos pintando muñecas de papel para su hermana menor. Se acercó a un espejo, contempló su expresión con languidez complacida y placentera, se aplicó dos toquecitos de *rouge* en los labios y una pizca de polvo en la nariz, y se cubrió el pelo cortado a lo bob[8], de color maíz, con una gorra para el sol atestada de rosas. Acto seguido pateó sin querer el agua de la pintura y la volcó, dijo: «¡Maldición!» (pero la dejó tirada) y salió de la habitación.

—¿Qué tal, Clark? —inquirió un minuto después, mientras se deslizaba con soltura por sobre el costado del coche.

—Formidable, Sally Carrol.

—¿Adónde vamos a nadar?

—Al remanso de Walley. Le dije a Marylyn que pasábamos a buscarlos a ella y a Joe Ewing.

Clark era moreno y delgado, y al caminar tendía a encorvarse un poco. Tenía unos ojos ominosos y una expresión algo malhumorada excepto cuando se iluminaba alarmantemente con una de sus frecuentes sonrisas. Clark tenía «ingresos» —apenas lo suficiente para mantenerse a sí mismo con holgura y al auto con gasolina— y se había pasado los dos años desde su graduación en la Tecnológica de Georgia adormilado por las calles perezosas de su ciudad natal discutiendo cómo invertir mejor su capital para hacer una fortuna inmediata.

Andar dando vueltas por ahí no le resultaba para nada difícil; un grupo de niñas se habían convertido en bellezas, la increíble Sally Carrol primera entre todas; y disfrutaban que nadasen con ellas y bailasen con ellas y trataran de conquistarlas en las floridas tardes veraniegas. Y a todas les gustaba muchísimo Clark. Cuando la compañía femenina dejaba de ser interesante,

había otros cinco o seis muchachos que siempre estaban justo por hacer algo y, mientras tanto, estaban más que dispuestos a sumársele para unos hoyos de golf o un partido de billar o para beberse un cuarto de galón de «un fuerte licorcito amarillo». Cada tanto, alguno de estos coetáneos hacía una ronda de visitas de despedida antes de marcharse a Nueva York o a Filadelfia o a Pittsburgh para dedicarse a los negocios, pero por lo general simplemente se quedaban en ese paraíso aletargado de cielos de ensueño y noches de luciérnagas y bulliciosas ferias callejeras de negros; y, en especial, de muchachas amables de voz suave criadas a base de recuerdos en lugar de dinero.

Tras inducir al Ford a una suerte de vida inquieta y rencorosa, Clark y Sally Carrol fueron traqueteando por la avenida Valley hasta la calle Jefferson, donde la carretera de tierra se convirtió en asfalto; a través de la soporífera calle Millicent, donde había media docena de mansiones prósperas y sólidas; y hacia la zona del centro. Conducir por aquí era peligroso, pues era la hora de las compras; los pobladores deambulaban despreocupados por las calles y una manada de bueyes era arreada entre gemidos leves delante de un plácido tranvía; incluso las tiendas parecían solo abrir sus puertas de un bostezo y hacer parpadear sus escaparates al sol antes de retraerse a un estado de coma total y finito.

—Sally Carrol —dijo Clark de repente—, ¿es un hecho que estás comprometida?

Ella lo miró al instante.

—¿Dónde oíste eso?

—Estás comprometida, ¿cierto?

—¡Pero qué pregunta!

—Una chica me contó que te has comprometido con un yanqui que conociste allá en Asheville el verano pasado.

Sally Carrol suspiró.

—Jamás se ha visto un pueblo más chismoso que este.

—No te cases con un yanqui, Sally Carrol. Acá te necesitamos.

Sally Carrol se quedó un momento en silencio.

—Clark —lo interrogó de repente—, ¿con quién diablos me voy a casar?

—Ofrezco mis servicios.

—Cariño, tú no podrías mantener a una esposa —le contestó risueña—. Igual, te conozco de sobra como para enamorarme de ti.

—Eso no quiere decir que tengas que casarte con un yanqui —perseveró.

—Pongamos que lo quiero.

Él negó con la cabeza.

—No podrías. Sería muy distinto de nosotros, en todo.

Se interrumpió al detener el coche frente a una casa intrincada, ruinosa. Marylyn Wade y Joe Ewing aparecieron en la entrada.

—Hola, Sally Carrol.

—¡Ey!

—¿Qué tal todos?

—Sally Carrol —la interrogó Marylyn cuando reanudaron la marcha—, ¿te comprometiste?

—Por Dios, ¿de dónde salió todo esto? ¿No puedo ni mirar a un hombre sin que todo el pueblo me esté comprometiendo con él?

Clark miraba al frente con los ojos clavados en un pestillo del estruendoso parabrisas.

—Sally Carrol —dijo con curiosa intensidad—, ¿no te gustamos nosotros?

—¿Qué?

—Nosotros, los de acá.

—Vamos, Clark, tú sabes que sí. Los adoro a todos, muchachos.

—Entonces, ¿por qué vas y te comprometes con un yanqui?

—No sé, Clark. No tengo claro qué voy a hacer, pero…, bueno, quiero conocer lugares y ver gente. Quiero que mi mente crezca. Quiero vivir donde las cosas suceden a gran escala.

—¿A qué te refieres?

—Ay, Clark, yo te quiero, y a este, Joe, también, y a Ben Arrot, y a todos ustedes, pero ustedes…, ustedes van…

—¿A ser todos unos fracasados?

—Sí. No me refiero al fracaso económico solamente, sino a algo como…, como ineficaces y tristes y…, ay, ¿cómo te digo?

—¿Te refieres a que nos quedamos aquí en Tarleton?

—Sí, Clark; y a que les gusta, y nunca quieren cambiar las cosas o pensar o avanzar.

Él asintió y ella se le acercó y le apretó la mano.

—Clark —le dijo con suavidad—, no te cambiaría por nada del mundo. Eres un dulce así como eres. Esas cosas que te hacen un fracaso siempre las voy a amar: que vivas en el pasado, los días y noches de ocio que pasas, y toda esa despreocupación y generosidad tuya.

—¿Pero te vas?

—Sí; porque jamás podría casarme contigo. Ocupas un lugar en mi corazón que ningún otro podría ocupar jamás, pero atada a este lugar me pondría inquieta. Sentiría que estoy… desperdiciándome. Mira, yo tengo dos costados. El costado soñoliento de siempre que tú amas; y una especie de energía: ese sentimiento que me impulsa a hacer cosas alocadas. Esa es la parte mía que podría ser útil en algún lado, la que va a perdurar cuando yo no sea ya hermosa.

Se interrumpió de esa manera repentina característica suya y suspiró: «¡Ay, dulzura!», en tanto su estado de ánimo cambiaba.

Entrecerrando los ojos y echando la cabeza atrás hasta apoyarla en el respaldo, dejó que la brisa deliciosa le abanicara los ojos y ondeara los esponjosos rizos de su pelo cortado a lo bob. Iban por el campo ahora, a toda prisa entre marañas de matas y pastos verde brillante y árboles altos cuyas ramitas con follaje pendían en fresca bienvenida sobre la carretera. Cada tanto pasaban delante de alguna cabaña de negros destartalada donde el más viejo y canoso de los moradores fumaba una pipa de mazorca junto a la puerta y media docena de negritos escasos de ropa hacían desfilar sus muñecas andrajosas sobre el pasto salvaje del frente. Más allá se veían unos perezosos campos de algodón en los que incluso los trabajadores parecían sombras intangibles prestadas a la tierra por el sol, no para trabajar sin tregua, sino para entretener cierta tradición ancestral en los campos dorados de septiembre. Y rodeando el pintoresquismo adormilado, sobre los árboles y las chozas y los ríos barrosos, fluía el calor, nunca hostil, solo reconfortante, como un enorme y tibio seno nutritivo para la tierra infante.

—Sally Carrol, ¡llegamos!

—La pobre duerme como un tronco.

—Cariño, ¿al fin te moriste de pura pereza?

—¡Agua, Sally Carrol! ¡El agua fresca te espera!

Sus ojos se abrieron soñolientos.

—¡Ey! —murmuró con una sonrisa.

II

En noviembre Harry Bellamy, alto, ancho y brioso, bajó desde su ciudad norteña para pasar cuatro días. Su intención era arreglar un asunto que había quedado en suspenso desde que él y Sally Carrol se conocieron en Asheville, Carolina del Norte, a mediados del verano. El arreglo no llevó más que una tarde tranquila y una nochecita delante de un hogar encendido, ya que Harry

Bellamy tenía todo lo que ella quería; y, además, lo amaba: lo amaba con ese costado que ella reservaba especialmente para amar. Sally Carrol tenía varios costados definidos con cierta claridad.

La última tarde salieron a caminar y ella notó que sus pasos se dirigían seminconscientemente hacia uno de sus lugares preferidos, el cementerio. Cuando lo tuvieron a la vista, blanco grisáceo y verde dorado bajo el sol risueño de la última hora, ella se detuvo, indecisa, ante la puerta de hierro.

—¿Eres por naturaleza sombrío, Harry? —le preguntó esbozando una sonrisa.

—¿Sombrío yo? No.

—Entremos acá, entonces. A algunos los deprime, pero a mí me gusta.

Atravesaron el portón de entrada y siguieron un sendero que pasaba por un ondulado valle de tumbas: de un gris polvoriento y enmohecidas las de los cincuenta; con un singular tallado de flores y jarrones las de los setenta; recargadas y espantosas las de los noventa, con unos querubines gordos de mármol en sueño letárgico sobre almohadones de piedra y enormes ramos imposibles de unas flores de granito desconocidas. Cada tanto veían alguna figura de rodillas con un tributo de flores, pero en la mayoría de las tumbas había silencio y hojas marchitas con la fragancia apenas que su propio recuerdo borroso podía evocar en las mentes de los vivos.

Llegaron a lo alto de una colina, donde los enfrentó una lápida alta, circular, moteada de manchas oscuras de humedad y seminvadida por las enredaderas.

—Margery Lee —leyó ella—; 1844-1873. Qué linda, ¿no? Murió a los veintinueve. Querida Margery Lee —agregó suave—. ¿No la ves, Harry?

—Sí, Sally Carrol.

Él sintió una manito que se insertaba en la suya.

—Era morena, me imagino; y siempre se ponía una cinta en el pelo y unas preciosas faldas con miriñaques en azul Alicia[9] y rosa viejo.

—Sí.

—¡Ay, era una dulzura, Harry! Y era esa clase de chica nacida para recibir a la gente de pie en un porche amplio, con columnas. Me imagino que tal vez muchos hombres se fueron a la guerra con la intención de regresar y estar con ella; pero quizá nunca volvió ninguno.

Él se agachó junto a la lápida en busca de algún registro de matrimonio.

—No hay nada aquí que lo demuestre.

—Claro que no. ¿Cómo podría haber ahí algo mejor que «Margery Lee» nada más y esa elocuente fecha?

Ella se le acercó y a él se le subió un nudo inesperado a la garganta cuando ese pelo rubio le rozó la mejilla.

—Puedes ver cómo era, ¿no, Harry?

—La veo —asintió él con ternura—. La veo a través de tus ojos preciosos. Estás hermosa ahora, por eso sé que ella debió ser hermosa también.

Juntos y en silencio se quedaron allí, y él le sintió un leve temblor en los hombros. Una brisa mansa barrió la colina y agitó el ala del alicaído sombrero de Sally Carrol.

—¡Bajemos hasta allá!

Apuntaba hacia una extensión plana del otro lado de la colina donde, a lo largo de la hierba verde, había un millar de cruces de un blanco casi gris, extendidas en interminables filas ordenadas, como los pabellones de fusiles de un batallón.

—Esos son los confederados muertos —dijo Sally Carrol con sencillez.

Las recorrieron leyendo las inscripciones, siempre un nombre y una fecha únicamente, a veces por completo indescifrables.

—La última fila es la más triste; allá, ¿la ves? Todas las cruces tienen solamente una fecha y la palabra «Desconocido».

Lo miró y los ojos se le inundaron de lágrimas.

—No puedo explicarte lo real que es esto para mí, querido, si tú no lo sabes.

—Como lo sientes me parece hermoso.

—No, no, no soy yo, son ellos… ese tiempo lejano que he procurado mantener vivo en mí. Estos fueron hombres no más, sin importancia, es evidente, o no habrían sido «desconocidos»; pero murieron por lo más hermoso del mundo: el sur muerto. Mira —continuó, con la voz aún tomada, los ojos brillantes de lágrimas—, la gente tiene sueños y se los infunde a las cosas y yo me crie siempre con ese sueño. Fue así de fácil porque todo estaba muerto y nada podría causarme una desilusión. De alguna manera he intentado estar a la altura de esos antiguos valores de nobleza obliga; quedan apenas los últimos restos, ¿sabes?, como las rosas de un viejo jardín que se van muriendo a nuestro alrededor: trazos de inusual cortesía y caballerosidad en algunos de estos muchachos y las historias que le escuchaba contar a un soldado confederado que vivía al lado de mi casa y unos pocos negros viejos. ¡Ay, Harry, había algo ahí, había algo ahí! Jamás podría hacerte entender, pero estaba ahí.

—Entiendo —volvió a asegurarle él con serenidad.

Sally Carrol sonrió y se secó los ojos con la punta de un pañuelo que sobresalía del bolsillo delantero de Harry.

—No estás deprimido, ¿no, amor? Hasta cuando lloro soy feliz acá, y de eso saco una especie de fortaleza.

Tomados de la mano dieron media vuelta y se alejaron despacio. Cuando encontraron pasto blando, ella lo hizo sentarse a su lado con las espaldas contra los restos de una parecita rota.

—Ojalá se largaran esas tres ancianas —protestó él—. Quiero besarte, Sally Carrol.

—Yo también.

Esperaron impacientes que las tres figuras dobladas se retiraran y luego ella lo besó hasta que el cielo pareció desvanecerse y todas las sonrisas y lágrimas de ella, esfumarse en un éxtasis de segundos eternos.

Después regresaron caminando despacio, mientras en las esquinas el crepúsculo jugaba una partida soñolienta de damas blancas contra negras con el final del día.

—Estarás allá más o menos a mediados de enero —dijo él— y tienes que quedarte un mes como mínimo. Va a ser impecable. Hay un carnaval de invierno y si nunca viste nieve de veras va a ser para ti como el país de las hadas. Va a haber patinaje y esquí y toboganes y trineos, y toda clase de desfiles de antorchas en raquetas para nieve. No ha habido algo así en años, así que va a ser sensacional.

—¿Voy a pasar frío? —preguntó ella de repente.

—Desde luego que no. Puede que se te congele la nariz, pero no vas a tiritar de frío. Es un clima severo y seco, ¿sabes?

—Creo que soy una criatura veraniega. Nunca me gustó el frío.

Ella se calló y se quedaron los dos en silencio un minuto.

—Sally Carrol —dijo él muy despacio—, ¿qué dices si… en marzo?

—Digo que te amo.

—¿Marzo?

—Marzo, Harry.

III

Toda la noche hizo mucho frío en el coche cama. Tocó el timbre para pedirle otra manta al camarero y, cuando este no pudo dársela, intentó en vano, haciéndose un ovillo en el fondo de su litera y plegando la ropa de

cama, arrebatar unas horas de sueño. Quería verse lo mejor posible en la mañana.

Se levantó a las seis y tras deslizarse incómoda dentro de su ropa fue tambaleándose al coche restaurante a tomar una taza de café. La nieve se había filtrado a los descansillos y cubría el piso con una capa resbaladiza. Era intrigante el frío este; se colaba por todos lados. El aliento era bien visible y sopló al aire con ingenuo placer. Sentada en el coche restaurante contempló a través de la ventanilla colinas y valles blancos y pinos dispersos, cuyas ramas eran cada una un plato verde para un frío festín de nieve. A veces la casa solitaria de una granja pasaba volando, fea y lóbrega y desolada sobre la blanca inmensidad; y, con cada una, ella sentía un momentáneo escalofrío de compasión por las almas encerradas ahí dentro esperando la primavera.

Dejó el coche restaurante y al regresar al coche cama meciéndose de un lado a otro experimentó un vertiginoso acceso de energía y se preguntó si acaso estaría sintiendo aquel aire vigorizador del que había hablado Harry. ¡Esto era el norte, el norte: su tierra ahora!

—Pues, vientos, ¡a soplar! Que ya me lanzo a andar —canturreó exultante para sí.

—¿Cómo dijo? —inquirió amable el camarero.

—Dije: «Mi abrigo, lo tiene que cepillar».

Los largos cables de los postes del telégrafo se duplicaron; dos vías corrían a la par del tren, tres…, cuatro; vino una sucesión de casas de techo blanco, la imagen fugaz de un tranvía con las ventanillas cubiertas de escarcha, calles, más calles, la ciudad.

Se quedó durante un segundo de estupor en la estación escarchada hasta que vio tres figuras envueltas en pieles que se abalanzaban hacia ella.

—¡Ahí está!

—¡Sally Carrol!

Sally Carrol soltó su bolso.

—¡Ey!

Una cara helada apenas familiar la besó y luego estaba en medio de un grupo de caras que parecían emitir grandes nubes de humo espeso; les daba la mano. Eran Gordon, un hombre bajo y vehemente de unos treinta años, que parecía un aporreado modelo amateur de Harry, y su esposa, Myra, una mujer apática de pelo rubio pajizo bajo una gorra de piel para automóvil. Casi de inmediato, Sally Carrol pensó que tenía algo de escandinava. Un chofer risueño agarró su bolso y, entre rebotes de frases a medias, exclamaciones y

apáticos, mecánicos «mis queridos» por parte de Myra, salieron en tropel de la estación.

Después iban en un sedán que rumbeó por una tortuosa sucesión de calles nevadas, donde decenas de chiquillos enganchaban trineos de los furgones de comestibles y de los automóviles.

—¡Guau! —gritó Sally Carrol—. ¡Quiero hacer eso! ¿Podemos, Harry?

—Eso es para niños. Pero podríamos…

—¡Parece tremendo circo! —dijo ella lamentándose.

Su casa era una intrincada edificación de madera sobre un blanco lecho de nieve y allí conoció a un hombre corpulento, canoso, que le cayó bien, y a una mujer que parecía un huevo y que le dio un beso: eran los padres de Harry. Transcurrió una hora sin respiro, indescriptible, atiborrada de oraciones a medias, agua caliente, tocino con huevos y confusión; y luego se halló a solas con Harry en la biblioteca, preguntándole si no sería imprudente que fumara.

Era una habitación grande con una virgen sobre la chimenea y filas y más filas de libros con cubiertas en oro claro y oro oscuro y rojo brillante. Todas las sillas tenían cuadraditos de encaje para apoyar la cabeza, el sofá era meramente cómodo, los libros daban la impresión de haber sido leídos —algunos— y Sally Carrol tuvo una visión instantánea de la vieja y destartalada biblioteca de su casa, con los enormes libros de medicina de su padre y los óleos de sus tres tíos abuelos y el viejo sofá que habían ido remendando durante cuarenta y cinco años y donde aún era un lujo soñar. Esta habitación no le resultaba ni atractiva ni otra cosa en particular. Era simplemente una habitación con un montón de cosas bastante caras que parecían no tener más de quince años.

—¿Qué te parece el norte? —interrogó Harry con vehemencia—. ¿Te sorprende? Quiero decir, ¿es lo que esperabas?

—Tú eres, Harry —dijo ella en voz baja y le tendió los brazos.

Pero después de un beso corto, él pareció ansioso por sonsacarle algún entusiasmo.

—El pueblo, quiero decir. ¿Te gusta? ¿No sientes la chispa en el aire?

—Ay, Harry —rio ella—, vas a tener que darme tiempo. No me estés acribillando a preguntas.

Ella aspiró del cigarrillo con un suspiro de satisfacción.

—Una sola cosa quiero pedirte —empezó él como disculpándose—; ustedes los sureños ponen mucho énfasis en la familia y todo eso; que está muy bien, pero vas a ver que acá es un poco distinto. Quiero decir: vas a notar un montón de cosas que te van a parecer una especie de exhibición vulgar al

principio, Sally Carrol; pero solo recuerda que este es un pueblo de tres generaciones. Todos tienen un padre y más o menos la mitad tenemos abuelos. Más atrás no llegamos.

—Por supuesto —murmuró ella.

—Nuestros abuelos, verás, fundaron este lugar y muchos tuvieron que ocuparse en trabajos de lo más insólitos mientras lo fundaban. Por ejemplo, hay una mujer que actualmente es algo así como el modelo social del pueblo; bueno, su padre fue el primer recolector de basura público; cosas por el estilo.

—Vaya —dijo Sally Carrol, perpleja—, ¿creíste que iba a hacer comentarios sobre la gente?

—Para nada —interrumpió Harry—; y no me estoy disculpando por nadie tampoco. Es solo que…, bueno, una chica sureña vino el verano pasado y dijo algunas cosas poco afortunadas y…, eh, solo creí que debía contártelo.

Sally Carrol de pronto se sintió indignada como si le hubieran dado una nalgada injusta; pero era claro que Harry consideraba cerrado el asunto, pues continuó con un arranque de entusiasmo.

—Es época de carnaval, ¿sabes? El primero en diez años. Y ahora están construyendo un palacio de hielo, el primero que hacen desde el 85. Construido con bloques del hielo más cristalino que encontraron, a una escala tremenda.

Ella se puso de pie y, acercándose a la ventana, corrió de un tirón el pesado cortinaje turco y miró hacia afuera.

—¡Ah! —gritó de pronto—. ¡Hay dos chiquillos haciendo un muñeco de nieve! Harry, ¿te parece que puedo salir a ayudarlos?

—¡Estás soñando! Ven acá y dame un beso.

Ella se alejó de la ventana con cierta renuencia.

—No parece que este clima invite mucho a besarse, ¿no? Quiero decir, no hace que te den ganas de quedarte sentado, ¿no?

—No vamos a quedarnos sentados. Tengo vacaciones la primera semana que vas a estar acá y hay una cena-baile esta noche.

—Ay, Harry —le confesó, desplomándose en un ovillo, medio cuerpo en su falda, medio sobre los almohadones—, realmente me siento confudida. No tengo idea de si me va a gustar o no, y no sé qué espera la gente o qué sé yo. Vas a tener que decírmelo tú, cariño.

—Yo te lo voy a decir —le dijo él con suavidad—, si tú me dices que estás contenta de estar acá.

—¡Contenta! ¡Tremendamente contenta! —le susurró, insinuándose hacia sus brazos en esa forma suya tan peculiar—. Donde tú estás para mí es mi

casa, Harry.

Y al decir esto tuvo la sensación casi por primera vez en su vida de estar interpretando un papel.

Esa noche, entre las velas refulgentes de una fiesta en la que los hombres parecían ser prácticamente los encargados de la conversación mientras que las chicas se la pasaban sentadas en actitud de altiva y costosa displicencia, ni la presencia de Harry a su izquierda consiguió hacerla sentirse en casa.

—Son un grupito muy apuesto, ¿no crees? —la interrogó él—. Míralos nada más. Ese es Spud Hubbard, placador en Princeton el año pasado, y Junie Morton: él y el pelirrojo que está al lado fueron ambos capitanes de hockey de Yale; Junie estaba en mi clase. Bueno, los mejores atletas del mundo son de estos estados de por acá. Esta es patria de hombres, te lo digo yo. ¡Fíjate en John J. Fishburn!

—¿Ese quién es? —preguntó Sally Carrol con inocencia.

—¿Acaso no sabes?

—Lo he oído nombrar.

—El productor de trigo más importante del noroeste y uno de los financieros más importantes del país.

Ella se volvió de pronto hacia una voz a su derecha.

—Me parece que se olvidaron de presentarnos. Mi nombre es Roger Patton.

—Mi nombre es Sally Carrol Happer —dijo ella con gentileza.

—Sí, lo sé. Harry me contó que venías.

—¿Eres pariente suyo?

—No, soy profesor.

—Ah —rio ella.

—En la universidad. Eres del sur, ¿no?

—Sí; Tarleton, Georgia.

A ella le cayó bien enseguida: bigote castaño rojizo bajo unos llorosos ojos azules que tenían algo que a esos otros ojos les faltaba, cierto carácter apreciativo. Cruzaron oraciones sueltas a lo largo de la cena y ella resolvió que volvería a verlo.

Después del café les presentaron a numerosos jóvenes apuestos que bailaban con intencionada precisión y que parecían dar por sentado que ella no quería hablar de otra cosa sino de Harry.

—¡Cielos! —pensó—, hablan como si estar comprometida me hiciera mayor que ellos; ¡como si fuera a ir a sus madres con el cuento!

En el sur una chica comprometida, una joven casada incluso, contaba con la misma cuota de chanza y lisonja semiafectuosa que se le concedería a una debutante, pero acá todo eso parecía vedado. Un joven, después de haberse adentrado bastante en el asunto de los ojos de Sally Carrol y de cómo lo habían cautivado desde que ella entró en la habitación, pasó a un estado de violenta confusión cuando supo que estaba visitando a los Bellamy; que era la prometida de Harry. Dio la impresión de que se sentía como si hubiera cometido un desatino burdo e inexcusable, se puso formal de inmediato y se alejó en la primera oportunidad.

Se alegró entonces cuando Roger Patton intervino y le sugirió que se sentaran afuera un rato.

—¿Y bien? —inquirió él parpadeando divertido—. ¿Cómo está la Carmen del sur?

—Formidable. ¿Cómo está…, cómo está el Peligroso Dan McGrew?[10] Perdón, pero es el único norteño del que sé algo.

A él pareció agradarle eso.

—Desde luego —confesó él—, como profesor de literatura se supone que no debería haber leído al Peligroso Dan McGrew.

—¿Eres oriundo de acá?

—No, soy de Filadelfia. Importado de Harvard para enseñar francés. Pero estoy acá desde hace diez años.

—Nueve años y trescientos sesenta y cuatro días más que yo.

—¿Estás a gusto acá?

—Ajá. ¡Claro!

—¿En serio?

—Este… ¿por qué no? ¿No doy la impresión de estar pasándola bien?

—Te vi mirar por la ventana hace un minuto… y estremecerte.

—Imaginaciones mías —rio Sally Carrol—. Estoy acostumbrada a que todo sea quietud afuera, y a veces miro y veo una nevisca y es como si se estuviera moviendo algo muerto.

Él asintió comprensivo.

—¿Habías estado en el norte antes?

—Pasé dos julios en Asheville, Carolina del Norte.

—Un grupito de lo más apuesto, ¿no? —propuso Patton señalando el torbellino de la pista.

Sally Carrol se sobresaltó. Ese mismo había sido el comentario de Harry.

—¡Claro que sí! Son… caninos.

—¿Cómo?

Ella se sonrojó.

—Perdón; eso sonó peor de lo que quise decir. Mira, yo siempre pienso a las personas como felinas o caninas, con independencia del sexo.

—¿Tú qué eres?

—Felina. Al igual que tú. Al igual que la mayoría de los hombres sureños y la mayoría de estas chicas de acá.

—¿Harry qué es?

—Harry es claramente canino. Todos los hombres que conocí esta noche parecen ser caninos.

—¿Qué implica ser «canino»? ¿Cierta masculinidad intencionada por oposición a sutileza?

—Digamos que sí. Nunca lo analicé; tan solo miro a las personas y en el acto digo «canino» o «felino». Es totalmente absurdo, supongo.

—No, para nada. Me interesa. Tenía una teoría sobre esta gente. Pienso que se están congelando.

—¿Cómo?

—Pienso que se están volviendo como los suecos: ibsenianos. Muy gradualmente van tornándose lúgubres y melancólicos. Son estos largos inviernos. ¿Has leído a Ibsen?

Ella negó con la cabeza.

—Bueno, en sus personajes encuentras cierta rigidez reconcentrada. Son rectos, estrechos y grises, sin infinitas posibilidades para grandes tristezas o alegrías.

—¿Sin sonrisas ni lágrimas?

—Exacto. Esa es mi teoría. Verás que hay miles de suecos por aquí. Vienen, me imagino, porque el clima es muy parecido al suyo, y ha habido una mezcla gradual. Es probable que no haya ni media docena esta noche acá, pero… tuvimos cuatro gobernadores suecos. ¿Te estoy aburriendo?

—Me interesa muchísimo.

—Tu futura concuñada es mitad sueca. En lo personal me cae bien, pero mi teoría es que los suecos tienen una reacción bastante negativa ante nosotros en conjunto. Los escandinavos tienen la tasa de suicidio más alta del mundo, ¿sabes?

—¿Por qué vives acá si es tan deprimente?

—Bah, a mí no me afecta. Estoy muy bien enclaustrado y supongo que en cualquier caso los libros me importan más que las personas.

—Pero los escritores siempre hablan del sur como lo trágico. Ya sabes: señoritas españolas, pelo oscuro y dagas y música hechizante.

Él negó con la cabeza.

—No, las razas del norte son las razas trágicas: no se permiten el lujo regocijante de las lágrimas.

Sally Carrol pensó en su cementerio. Supuso que era vagamente a eso a lo que se refería ella al decir que no la deprimía.

—Los italianos han de ser el pueblo más alegre del mundo; pero es un tema árido —se interrumpió él mismo—. Como sea, quiero decirte que te vas a casar con un hombre magnífico.

A Sally Carrol la acometió un impulso de seguridad.

—Lo sé. Soy de esa clase de persona que quiere que se ocupen de ella hasta cierto punto, y estoy segura de que así será.

—¿Bailamos? Te digo algo —continuó mientras se ponían de pie—, es alentador encontrar a una chica que sabe por qué se casa. Nueve de cada diez se imaginan que es como caminar hacia un atardecer de película.

Ella se rio y lo encontró inmensamente agradable.

Dos horas después, de regreso a casa, se acurrucó cerca de Harry en el asiento trasero.

—¡Ay, Harry —le susurró—, hace tanto frí-frío!

—Pero está calentito acá, niña querida.

—Pero afuera hace frío; y, ¡ay, los aullidos del viento!

Hundió la cara de lleno en el abrigo de piel de Harry y tembló involuntariamente cuando los fríos labios de él le besaron la punta de la oreja.

IV

La primera semana de su visita se pasó en un torbellino. Tuvo su prometido paseo en un tobogán atado a la parte trasera de un automóvil en medio de un frío atardecer de enero. Arropada en pieles, pasó una mañana tirándose en tobogán por la pendiente del club de campo; hasta probó esquiar, navegar por el aire durante un momento glorioso y luego aterrizar hecha una enmarañada bola de risas sobre un mullido banco de nieve. Le gustaron todos los deportes de invierno, excepto una tarde en que hicieron una caminata con raquetas para nieve sobre una llanura resplandeciente bajo un sol amarillo pálido, pero pronto se dio cuenta de que esas eran cosas para niños; de que le estaban dando el gusto y de que el gozo a su alrededor no era más que un reflejo del propio.

Al principio la familia Bellamy la dejó perpleja. Los hombres eran confiables y le caían bien; al señor Bellamy, en especial —con su pelo gris

hierro y esa enérgica dignidad—, le tomó cariño de inmediato, apenas se enteró de que había nacido en Kentucky; esto lo convertía en un lazo entre la vida vieja y la nueva. Pero hacia las mujeres sentía una clara hostilidad. Myra, su futura concuñada, parecía la esencia del convencionalismo falto de espíritu. En su conversación había tal ausencia de personalidad que Sally Carrol, proveniente de una tierra donde una cierta cantidad de encanto y seguridad se daba por sentada en las mujeres, se sentía inclinada a despreciarla.

«Si no son hermosas esas mujeres», pensaba, «no son nada. Se desvanecen no bien las miras. Son criadas engrandecidas. Los hombres son el centro de cualquier grupo mixto».

Por último estaba la señora Bellamy, a quien Sally Carrol detestaba. La imagen de un huevo, que se le había ocurrido el primer día, se confirmaba: un huevo de voz cascada y venosa, y un porte retacón tan poco agraciado que Sally Carrol creía que, si llegara a caerse, seguro se convertiría en un revuelto. Además, la señora Bellamy parecía tipificar al pueblo en su innata hostilidad con los forasteros. A Sally Carrol la llamaba «Sally» y no hubo forma de persuadirla de que el nombre compuesto era algo más que un sobrenombre fastidioso y ridículo. Para Sally Carrol acortarle así el nombre era como presentarla en público semivestida. Le encantaba «Sally Carrol»; aborrecía «Sally». Sabía también que la madre de Harry no miraba con buenos ojos su corte de pelo a lo *bob*; y nunca más se había atrevido a fumar en la planta baja desde ese primer día en que la señora Bellamy entró en la biblioteca olfateando violentamente.

De todos los hombres que conoció, prefería a Roger Patton, una visita asidua en la casa. Él jamás volvió a aludir a las tendencias ibsenianas de esa población, pero cuando un día entró y la encontró hecha una rosca en el sofá doblada sobre *Peer Gynt*, se rio y le dijo que se olvidara de lo que le había contado; eran puras tonterías.

Y entonces una tarde de la segunda semana Harry y ella estuvieron al borde de una discusión peligrosamente escarpada. Ella juzgaba que él había precipitado del todo la cuestión, aunque la Serbia[11] del caso fue un desconocido con los pantalones sin planchar.

Caminaban rumbo a casa entre altos montículos de nieve apilada y bajo un sol que Sally Carrol apenas reconocía. Se cruzaron con una nena toda arrebujada en lana gris a tal punto que parecía un osito de peluche, y Sally Carrol no pudo contener un suspiro de apreciación maternal.

—¡Mira! ¡Harry!

—¿Qué?

—Esa nena…, ¿le viste la cara?

—Sí, ¿por?

—Estaba roja como una frutillita. ¡Ay, era preciosa!

—¡Pero si tu propia cara ya está casi igual de roja! Todos tienen buena salud acá. Andamos en el frío no bien aprendemos a caminar. ¡Es un clima extraordinario!

Ella lo miró y tuvo que asentir. Se lo veía de lo más saludable; lo mismo que a su hermano. Y había notado ese rojo nuevo en sus propias mejillas esa misma mañana.

De pronto algo atrajo y retuvo sus miradas y se quedaron un momento con la vista clavada en la esquina de más adelante. Había un hombre de pie, con las rodillas flexionadas, los ojos fijos hacia arriba con expresión tensa como si estuviera a punto de dar un salto hacia el cielo helado. Y entonces los dos estallaron en alaridos de risa, porque al acercarse descubrieron que había sido una disparatada ilusión momentánea producida por los pantalones extremadamente bolsudos del hombre.

—Me parece que en esta caímos —rio ella.

—Debe de ser sureño, a juzgar por esos pantalones —sugirió Harry maliciosamente.

—Pero, ¡Harry!

Su cara de sorpresa debió de molestarlo.

—¡Esos malditos sureños!

A Sally Carrol se le encendieron los ojos.

—¡No les digas así!

—Lo lamento, querida —le dijo Harry en malvada disculpa—, pero ya sabes lo que pienso de ellos. Son medio…, medio degenerados; nada que ver con los sureños de antes. Hace tanto que viven allá con todos los de color que se han vuelto perezosos y holgazanes.

—¡Cállate la boca, Harry! —le gritó enfadada—. ¡No son así! Puede que sean perezosos (cualquiera lo sería con ese clima), pero son mis mejores amigos y no quiero oír que se los critique de semejante forma indiscriminada. Algunos son los hombres más íntegros del mundo.

—Sí, ya sé. Son pasables cuando vienen al norte a la universidad, pero de toda la sarta de sinvergüenzas, mal vestidos y desaliñados que he visto, ¡un manojo de sureños pueblerinos son los peores!

Sally Carrol apretaba las manos enguantadas y se mordía el labio con furia.

—Mira —continuó Harry—, en New Haven había uno en mi clase, y todos creímos por fin haber encontrado al genuino aristócrata sureño, pero resultó que no era un aristócrata en absoluto; tan solo el hijo de un oportunista del norte, dueño de más o menos todo el algodón de Mobile.

—Un sureño no hablaría como tú estás hablando ahora —le dijo ella con calma.

—¡No tienen la energía!

—O la otra cosa.

—Lo lamento, Sally Carrol, pero a ti misma te oí decir que nunca te casarías con…

—Eso es muy distinto. Te dije que no querría atar mi vida a ninguno de los chicos que están hoy en Tarleton, pero nunca hice generalizaciones indiscriminadas.

Siguieron caminando en silencio.

—Quizá se me fue un poco la mano, Sally Carrol. Lo lamento.

Ella asintió con la cabeza pero no respondió. Cinco minutos después, cuando estuvieron en el zaguán, le echó de pronto los brazos al cuello.

—Ay, Harry —exclamó, con los ojos rebosantes de lágrimas—, casémonos la semana que viene. Me da miedo tener altercados como este. Me da miedo, Harry. No sería así si estuviéramos casados.

Pero Harry, como había actuado mal, todavía estaba molesto.

—Sería una idiotez. Acordamos marzo.

Las lágrimas en los ojos de Sally Carrol se desvanecieron; su expresión se endureció levemente.

—Muy bien; supongo que no debí decir eso.

Harry se ablandó.

—¡Tontita linda! —exclamó—. Ven a darme un beso y olvidémoslo.

Esa misma noche al final de un espectáculo de vodevil la orquesta tocó «Dixie»[12] y Sally Carrol sintió que algo más fuerte y perdurable que las lágrimas y sonrisas de ese día rebosaba en su interior. Se inclinó hacia adelante agarrándose de los brazos de la silla hasta que la cara se le puso carmesí.

—Te emociona, ¿no, querida? —le susurró Harry.

Pero ella no lo oyó. Al son del pulso animado de los violines y el latir inspirador de los timbales, sus viejos fantasmas pasaban marchando y se internaban en la oscuridad, y cuando silbaron y suspiraron los pífanos en un bis apagado, le pareció verlos perderse de vista, tanto que podría haberles dicho adiós con la mano.

Volver, volver,
¡Volverme al sur a Dixie!
Volver, volver,
¡Volverme al sur a Dixie!

V

Era una noche particularmente fría. Un deshielo repentino casi había despejado las calles el día anterior, pero ahora las atravesaba de nuevo un espectro polvoroso de nieve disgregada que viajaba en líneas sinuosas a los pies del viento y llenaba el aire bajo de una neblina de finas partículas. No había cielo; solo una tienda oscura, ominosa, suspendida al final de las calles y que en realidad era un vasto ejército de copos de nieve en avance; mientras que por encima de todo aquello, helando la calidez del fulgor verde y marrón de las ventanas iluminadas y amortiguando el trote parejo del caballo que tiraba del trineo, batía interminable el viento norte. Era un pueblo tétrico al fin y al cabo, pensó; tétrico.

Algunas veces por la noche había tenido la impresión de que allí no vivía nadie, que todos se habían ido hacía mucho dejando que las casas iluminadas se cubrieran con el tiempo de fúnebres cúmulos de aguanieve. ¡Ay, si fuera a haber nieve sobre su tumba! Yacer todo el invierno bajo grandes pilas de nieve, donde hasta su lápida sería una sombra tenue entre tenues sombras. Su tumba: una tumba que debería estar regada de flores y bañada de sol y lluvia.

Volvió a pensar en esas casas de campo aisladas que su tren había dejado atrás y en la vida allí durante todo el largo invierno: el resplandor incesante a través de las ventanas, la costra que se formaba sobre los blandos bancos de nieve, por fin el derretimiento lento, mustio, y la primavera cruda de la que Roger Patton le había hablado. Su primavera —perderla para siempre— con sus lilas y esa dulzura perezosa que le encendía el corazón. Estaba sepultando esa primavera; más tarde habría de sepultar esa dulzura.

Con gradual insistencia la tormenta se desató. Sally Carrol sintió una capa de copos derretirse rápidamente en sus pestañas y Harry alargó un brazo enfundado en piel y le caló la enrevesada gorra de franela. Luego los copitos caían como una línea de hostigadores y el caballo dobló paciente el cuello cuando una transparencia blanca le apareció un momento sobre el pelo.

—Ay, tiene frío, Harry —dijo enseguida ella.

—¿Quién? ¿El caballo? Ah, no, no tiene frío. ¡Le gusta!

Después de otros diez minutos doblaron una esquina y tuvieron a la vista su destino. Sobre una colina alta, perfilado en un vívido verde resplandeciente contra el cielo ventoso, se erguía el palacio de hielo. Se elevaba tres pisos hacia el aire, con almenas y cañoneras, y carámbanos en las ventanas angostas, y las innumerables lámparas eléctricas del interior convertían el gran salón central en una transparencia espléndida. Sally Carrol agarró la mano de Harry bajo el cobertor de piel.

—¡Es hermoso! —exclamó él alborozado—. ¡Guau, sí que es hermoso! ¡No se hacía uno acá desde el 85!

De algún modo, la noción de que no hubiera habido uno desde el 85 la oprimió. El hielo era un fantasma y esta mansión de hielo con seguridad estaba poblaba por esas sombras de los ochenta, de caras pálidas y pelo nebuloso lleno de nieve.

—Vamos, querida —le dijo Harry.

Salió del trineo detrás de él y esperó mientras ataba el caballo. Una partida de cuatro —Gordon, Myra, Roger Patton y otra chica— se detuvo al lado con un formidable repiqueteo de campanillas. Ya había una buena multitud, todos envueltos en pieles o pellejas de cordero, gritándose y llamándose entre sí mientras se movían por la nieve, tan espesa ahora que apenas podía distinguirse a las personas a pocas yardas de distancia.

—Tiene ciento setenta pies de altura —le decía Harry a una figura embozada a su lado mientras caminaban con esfuerzo hacia la entrada—; cubre seis mil yardas cuadradas.

Pescó fragmentos de conversación: «un salón principal», «paredes de veinte a cuarenta pulgadas de espesor», «y la gruta de hielo tiene casi una milla de…», «el canadiense que lo construyó…».

Lograron entrar y, aturdida por la magia de las inmensas paredes cristalinas, Sally Carrol se encontró repitiendo una y otra vez dos versos de «Kubla Khan»[13]:

> Un milagro de ingenio sin otro paralelo,
> Jovial mansión de ensueños con sus cuevas de hielo.

En la gran caverna refulgente que no dejaba entrar la oscuridad, se sentó en un banco de madera y la opresión de aquella noche se disipó. Harry tenía razón: era hermoso; y recorrió con la mirada la tersa superficie de las paredes, los bloques, seleccionados por su pureza y claridad para obtener ese efecto opalescente, translúcido.

—¡Mira! ¡Ya empieza! ¡Qué bueno! —exclamó Harry.

Una banda en un rincón alejado empezó a tocar «Hail, Hail, the Gang's All Here!»[14], que rebotó hacia ellos con acústica desenfrenada y difusa, y entonces las luces se apagaron de repente; el silencio pareció discurrir por los laterales helados y arrasar con todos ellos. Sally Carrol aún podía ver su propio aliento blanco en la oscuridad y una fila borrosa de caras pálidas del otro lado.

La música se apaciguó hasta volverse un quejido suspirante y desde afuera llegó flotando el canto clamoroso, a voz en cuello, de los clubes a paso de marcha. Se hizo más fuerte, como un canto de alguna tribu vikinga de camino a través de un páramo antiquísimo; se expandió: estaban más cerca; entonces apareció una fila de antorchas, y otra y otra más, y al compás de los mocasines en sus pies irrumpió una larga columna de figuras en chaquetones grises, con las raquetas echadas a los hombros, las antorchas en alto y parpadeantes en tanto sus voces ascendían por las inmensas paredes.

La columna gris terminó de pasar y le siguió otra; la luz se derramaba chillona ahora sobre gorras de esquí rojizas y chaquetones de carmesí encendido, y a medida que entraban se unían al estribillo; después vino un largo pelotón en azul y blanco, en verde, en blanco, en amarillo y marrón.

—Esos de blanco son el club Wacouta —le susurró Harry entusiasmado —. Son los hombres que conociste en los bailes.

El volumen de las voces aumentó; la gran caverna era una fantasmagoría de antorchas que se agitaban en grandes masas de fuego, de colores, y al ritmo de pasos envueltos en cuero suave. La columna principal giró y se detuvo, pelotón delante de pelotón hasta que la procesión entera formó una sólida bandera de fuego, y entonces mil voces estallaron en un grito formidable que colmó el aire como el estampido de un trueno, haciendo titilar las antorchas. ¡Era algo magnífico!, ¡tremendo! Para Sally Carrol era el norte ofreciendo un sacrificio al gris dios pagano de la nieve sobre un altar formidable. Cuando el grito se extinguió, la banda volvió a tocar y hubo más cantos y después largos vivas reverberantes por parte de cada club. Ella se quedó muy quieta escuchando mientras las exclamaciones en staccato hendían la quietud; y enseguida se sobresaltó, porque hubo una ráfaga de explosiones y grandes nubes de humo se remontaron aquí y allá por toda la caverna —los fotógrafos con sus cámaras de flash en plena tarea— y la reunión se terminó. Con la banda a la cabeza, los clubes se formaron en columna una vez más, reanudaron el canto y empezaron a marchar hacia fuera.

—¡Vengan! —gritó Harry—. ¡Vamos a ver los laberintos de abajo antes de que apaguen las luces!

Todos se levantaron y se dirigieron hacia la rampa; Harry y Sally Carrol al frente, la pequeña manopla de ella enterrada en el enorme guante de piel de él. Al final de la rampa había una larga habitación de hielo vacía, con el techo tan bajo que debieron agacharse, y las manos de ambos se separaron. Antes de que ella pudiera advertir la intención de Harry, él había salido disparado hacia alguno de los varios pasillos refulgentes que daban a la habitación y era apenas un manchón borroso que se perdía contra la claridad verde.

—¡Harry! —lo llamó.

—¡Ven! —exclamó él en respuesta.

Recorrió con la vista la cámara vacía; los otros miembros de la partida evidentemente habían decidido irse a casa, ya estaban afuera por algún lado en la nieve entorpecedora. Vaciló y luego salió disparando en pos de Harry.

—¡Harry! —gritó.

Había llegado a una curva treinta pies más abajo; oyó una respuesta débil, amortiguada, lejos a la izquierda, y con una pizca de pánico se lanzó hacia allá. Dejó atrás otra curva, otros dos pasadizos de boca ancha.

—¡Harry!

No hubo respuesta. Empezó a correr en línea recta hacia delante, y luego viró como un rayo y regresó a toda velocidad por donde había venido, envuelta en un repentino terror helado.

Llegó a una curva —¿era acá?—, tomó a la izquierda y fue a parar a lo que debía haber sido la salida a la larga habitación baja, pero no era más que otro pasillo refulgente con oscuridad al fondo. Llamó de nuevo, pero las paredes le devolvieron un eco sordo, sin vida, sin reverberos. Volviendo sobre sus pasos dobló en otro recodo, que esta vez daba a un pasillo amplio. Era como el callejón verde entre las aguas abiertas del mar Rojo, como una cripta húmeda que comunicaba tumbas vacías.

Se resbalaba un poco ahora al caminar, porque se le había formado hielo en la base de los chanclos; tuvo que andar tocando con los guantes las paredes entre resbalosas y pegajosas para mantener el equilibrio.

—¡Harry!

Tampoco hubo respuesta. El sonido que hizo rebotó burlón hasta el fondo del pasillo.

Entonces en un segundo las luces se apagaron y se quedó en una oscuridad total. Soltó un gritito asustado y se hundió en el hielo hecha un menudo ovillo helado. Al caer sintió que se hizo algo en la rodilla izquierda,

pero apenas lo notó pues un terror profundo mucho más grande que el temor de estar perdida se apoderó de ella. Estaba a solas con esta presencia que provenía del norte, esa soledad funesta que se levantaba de los balleneros atrapados en el hielo del mar Ártico, de inmensidades sin humo ni huellas donde yacían esparcidos los huesos blanqueados de la aventura. Era un aliento de muerte gélido; bajaba rasante surcando la tierra para agarrarla a ella.

Con energía furiosa, descorazonada, volvió a levantarse y se adentró a ciegas en la oscuridad. Tenía que salir. Podría estar perdida acá durante días, morir congelada y quedar incrustada en el hielo como esos cuerpos sobre los que había leído, conservados en perfecto estado hasta el derretimiento de un glaciar. Harry probablemente pensó que se había marchado con los demás…, ya se habría ido; nadie iba a saber hasta entrado el día siguiente. Penosamente intentó tomarse de la pared. Cuarenta pulgadas de espesor, habían dicho; ¡cuarenta pulgadas de espesor!

—¡Ay!

A cada costado en las paredes sentía cosas que se arrastraban, húmedas almas que rondaban el palacio, el pueblo, el norte.

—¡Ay, que venga alguien…, que venga alguien! —gritó fuerte.

Clark Darrow: él comprendería; o Joe Ewing; no podían abandonarla acá para que errara por siempre; para que se congelara, corazón, cuerpo y alma. Esta fue su… ¡Fue Sally Carrol! Vaya si fue una criatura feliz. Fue una chiquilla feliz. Le gustaba el calor y el verano y Dixie. Estas cosas le eran ajenas…, ajenas.

—No estás llorando —algo le habló en voz alta—. No vas a llorar nunca más. Tus lágrimas tan solo se congelarían; ¡aquí todas las lágrimas se congelan!

Se desparramó totalmente en el hielo.

—¡Ay, Dios! —balbució.

Pasó una larga fila india de minutos y con un gran cansancio sintió que los ojos se le cerraban. Entonces le pareció que alguien se sentaba junto a ella y le tomaba la cara con manos cálidas y suaves. Levantó la vista agradecida.

—Vaya, si es Margery Lee —musitó suave para sí—. Sabía que ibas a venir.

Realmente era Margery Lee, y era justo como Sally Carrol imaginó que sería, de frente blanca y joven y ojos grandes, acogedores, y con una falda con miriñaque de algún material suave sobre el que era tan reconfortante descansar.

—Margery Lee.

Ya oscurecía, y oscurecía más; deberían repintar todas esas lápidas, cierto, solo que se arruinarían, desde luego. Pero igual, habría que poder verlas.

Después, tras una sucesión de momentos que pasaron rápido y después lento, pero que parecían finalmente resolverse en una multitud de rayos difusos que convergían hacia un sol amarillento, oyó un crujido fuerte que vino a romper su flamante quietud.

Era el sol, era una luz; una antorcha, y una antorcha detrás, y otra, y voces; una cara se materializó bajo la antorcha, unos brazos gruesos la levantaron y sintió algo en la mejilla; algo húmedo. Alguien la aferraba y le frotaba la cara con nieve. ¡Qué ridículo!, ¡con nieve!

—¡Sally Carrol! ¡Sally Carrol!

Era el Peligroso Dan McGrew; y dos caras más que no conocía.

—¡Niña, niña! ¡Hace dos horas que te estamos buscando! ¡Harry está como loco!

Las cosas raudamente volvieron a su lugar: los cantos, las antorchas, el gran grito de los clubes que marchaban. Se revolvió en los brazos de Patton y lanzó un grito bajo y prolongado.

—¡Ay, me quiero ir de acá! Me vuelvo a casa. ¡Llévame a casa —su voz se elevó en un alarido que provocó un escalofrío en el corazón de Harry mientras se acercaba a la carrera por el pasillo contiguo— mañana! —exclamó con desenfrenada pasión delirante—. ¡Mañana! ¡Mañana! ¡Mañana!

VI

Todo el caudal de luz dorada derramaba un calor por completo enervante aunque singularmente confortador sobre la casa donde el día entero miraba el polvoriento tramo de carretera. Dos pájaros armaban un gran alboroto en un rinconcito fresco hallado entre las ramas de un árbol vecino y en la calle una mujer de color se anunciaba melodiosa como proveedora de frutillas. Era abril por la tarde.

Sally Carrol Happer, con el mentón apoyado en el brazo y el brazo en un viejo asiento bajo la ventana, bajó soñolienta la mirada hacia el polvo de lentejuelas de donde las ondas de calor ascendían por primera vez en esa primavera. Observaba como un viejísimo Ford doblaba una esquina peligrosa y traqueteaba y gemía hasta detenerse de una sacudida al final del trayecto. No pronunció sonido alguno, y al minuto un estridente silbido familiar hendió el aire. Sally Carrol sonrió y parpadeó.

—Buenos días.

Abajo, una cabeza se asomó tortuosamente por debajo de la capota del coche.

—Ya pasó el mediodía, Sally Carrol.

—¡Cierto! —dijo ella con pretendida sorpresa—. Supongo que sí.

—¿Qué haces?

—Me estoy comiendo un durazno verde. Capaz que me muero en cualquier momento.

Clark se torció un último grado imposible para poder verle la cara.

—El agua está calentita como el vapor de una caldera, Sally Carrol. ¿Quieres ir a nadar?

—Odio moverme —suspiró con pereza Sally Carrol—, pero calculo que sí.

Cabeza y Hombros[15]

I

En 1915 Horace Tarbox tenía trece años. Ese año dio los exámenes para ingresar en la Universidad de Princeton y recibió la calificación A —excelente— en César, Cicerón, Virgilio, Jenofonte, Homero, Álgebra, Geometría Plana, Geometría del Espacio y Química.

Dos años más tarde, mientras George M. Cohan componía «Over There»[16], Horace lideraba la clase de segundo año por varias cabezas, y sacaba a la luz sus tesis sobre «El silogismo como forma escolástica obsoleta»; la batalla de Château-Thierry la pasó sentado en su escritorio decidiendo si esperaba o no hasta su decimoséptimo cumpleaños para empezar su serie de ensayos sobre «El sesgo pragmático de los nuevos realistas».

Pasado algún tiempo, un muchacho repartidor de periódicos le dijo que la guerra había terminado, y él se alegró, porque significaba que Peat Brothers, editores, publicarían una nueva edición de *La reforma del entendimiento*, de Spinoza. Todo eso de las guerras estaba muy bien en cierto sentido, les daba a los jóvenes confianza en sí mismos o algo por el estilo, pero Horace sentía que nunca podría perdonar al rector por permitir que una banda de metales tocara bajo su ventana la noche del falso armisticio, pues provocó que omitiera tres oraciones importantes en su tesis sobre el idealismo alemán.

Al año siguiente se fue a Yale para obtener su maestría en Humanidades.

Con diecisiete años por aquel entonces, era alto y delgado y de ojos grises miopes y tenía un aire de mantenerse totalmente al margen de las meras palabras que soltaba.

—Nunca siento que estoy hablando con él —protestaba el profesor Dillinger ante un colega comprensivo—. Con él me siento como si estuviera hablando con su representante. Siempre pienso que va a decir: «Bueno, lo voy a consultar conmigo para averiguarlo».

Y entonces, tan campantemente como si Horace Tarbox hubiera sido don Costilla el carnicero o don Bonete el camisero, la vida le dio alcance, lo agarró, lo manipuló, lo extendió y desenrolló como una pieza de encaje irlandés en el mostrador de ofertas del sábado por la tarde.

Para proceder con estilo literario, debería decir que todo esto fue a causa de que, cuando allá en los tiempos de la colonia los recios pioneros llegaron a un sitio pelado en Connecticut y se preguntaron unos a otros: «Y ahora, ¿qué podemos construir aquí?», el más recio de todos respondió: «¡Construyamos un pueblo donde los productores de teatro puedan probar sus comedias musicales!». Cómo fue que fundaron después allí la Escuela Superior de Yale, para montar las comedias musicales, es una historia que todos conocen. El caso es que un diciembre se estrenó *A casa, James* en el Shubert y todos los estudiantes le pidieron bises a Marcia Meadow, que cantó una canción sobre un «dirigible fallido» en el primer número y bailó una danza ondulante y tremulante, muy aclamada, en el último.

Marcia tenía diecinueve años. No tenía alas, pero los espectadores en general coincidían en que no las necesitaba. Era rubia natural y no usaba maquillaje cuando salía a la calle en pleno mediodía. Fuera de eso, no era mucho mejor que el grueso de las mujeres.

Charlie Moon fue quien le prometió cinco mil cigarrillos Pall Mall si le hacía una visita a Horace Tarbox, prodigio extraordinario. Charlie cursaba el último año en Sheffield y era primo hermano de Horace. Se tenían estima y pena mutuamente.

Horace había estado particularmente ocupado esa noche. La incapacidad del francés Laurier para reconocer la importancia de los nuevos realistas lo atormentaba. A decir verdad, su única reacción al oír un golpeteo tenue y preciso a la puerta de su estudio fue especular si un golpeteo cualquiera tendría existencia real de no haber allí un oído que lo escuchara. Tenía la impresión de estar inclinándose cada vez más hacia el pragmatismo. Pero en ese momento, aunque no lo sabía, se inclinaba con increíble rapidez hacia algo bien distinto.

Sonó el golpeteo; pasaron tres segundos como con cuentagotas; sonó el golpeteo.

—Pase —murmuró Horace automáticamente.

Oyó que la puerta se abría y luego se cerraba, pero, doblado sobre su libro en un gran sillón situado delante del fuego, no levantó la vista.

—Déjela en la otra habitación sobre la cama —dijo distraído.

—¿Que deje qué en la otra habitación sobre la cama?

Marcia Meadow tenía que recitar sus canciones, pero su voz hablada era como un fondo de arpa.

—La ropa limpia.

—No puedo.

Horace se removió impaciente en el sillón.

—¿Por qué no puedes?

—Pues porque no la tengo.

—¡Mm! —contestó irritado—. ¿Qué tal si vas a buscarla?

Al otro lado del fuego frente a Horace había otro sillón. Tenía el hábito de pasarse a él en el transcurso de la noche como forma de ejercitarse y alternar. A uno de los sillones lo llamaba Berkeley, al otro lo llamaba Hume. De repente oyó un sonido como de una figura rumorosa y diáfana que se sumergiera en Hume. Alzó la mirada.

—Bueno —dijo Marcia, con la misma sonrisa dulce que usaba en el segundo número («¡Así que al duque le gustó mi baile!»)—, bueno, Omar Jayam, acá estoy a tu lado cantando en el desierto.

Horace le clavó los ojos atónito. Le acometió la sospecha momentánea de que ella existía solo como una fantasía de su imaginación. Las mujeres no se metían en la habitación de un hombre a sumergirse en su Hume. Las mujeres te traían la ropa limpia y aceptaban tu asiento en el tranvía y se casaban contigo más adelante cuando tenías edad de llevar grilletes.

Esta mujer claramente había salido materializada a partir de Hume. ¡Hasta su vaporoso vestido de gasa marrón era una emanación del brazo de cuero de Hume! Si se quedaba mirando el tiempo suficiente, vería a Hume a través de ella y después volvería a estar solo en la habitación. Se pasó el puño por los ojos. De veras tendría que retomar los ejercicios de trapecio.

—Pero ¡por favor, no pongas esa cara tan criticona! —objetó la emanación con simpatía—. Tengo la sensación de que vas a hacerme desaparecer con ese coco tuyo patentado. Y entonces no quedaría nada de mí excepto mi sombra en tus ojos.

Horace tosió. Toser era uno de los dos gestos que tenía. Cuando hablaba, uno se olvidaba por completo de que tenía un cuerpo. Era como escuchar un disco fonográfico de un cantante que estaba muerto hacía mucho.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

—Quiero aquellas cartas —lloriqueó Marcia melodramáticamente—, aquellas cartas mías que le compraste a mi señor abuelo en 1881.

Horace deliberó.

—Yo no tengo tus cartas —dijo con serenidad—. Tengo solo diecisiete años. Mi padre nació apenas el 3 de marzo de 1879. Es evidente que me confundes con otra persona.

—¿Tienes solo diecisiete? —repitió Marcia con desconfianza.

—Solo diecisiete.

—Conocí a una chica —dijo Marcia poniéndose nostálgica— que arrancó a actuar en melodramas de poca monta a los dieciséis. Estaba tan prendada de sí misma que jamás podía decir «dieciséis» sin poner el «solo» delante. Empezamos a llamarla «Solo Jessie». Y está exactamente donde estaba cuando comenzó; solo que peor. «Solo» es una mala costumbre, Omar: suena a coartada.

—Mi nombre no es Omar.

—Ya sé —concedió Marcia, asintiendo con la cabeza—, tu nombre es Horace. Yo te digo Omar no más porque me haces acordar a un cigarrillo fumado.

—Y no tengo tus cartas. Dudo que haya conocido a tu abuelo. A decir verdad, me parece muy improbable que tú misma existieras en 1881.

Marcia le clavó los ojos asombrada.

—¿Yo? ¿En 1881? ¡Pero sí! Ya era material de segunda línea cuando el Sexteto Florodora[17] todavía estaba en el convento. Fui la nodriza original de la Julieta que interpretaba la señora de Sol Smith[18]. Vaya, Omar, yo fui cantante de cantina durante la guerra de 1812.

La mente de Horace dio un repentino salto exitoso que lo hizo sonreír de oreja a oreja.

—¿Charlie Moon te enredó en esto?

Marcia lo observó de manera enigmática.

—¿Quién es Charlie Moon?

—Pequeño…, fosas nasales anchas…, orejas grandes.

Ella creció unas cuantas pulgadas y aspiró por la nariz.

—No tengo la costumbre de reparar en las fosas nasales de mis amigos.

—¿Entonces fue Charlie?

Marcia se mordió el labio… y luego bostezó.

—Uh, cambiemos de tema, Omar. En un minuto voy a arrancar a los ronquidos en este sillón.

—Sí —contestó serio Horace—, a Hume se lo suele considerar soporífero.

—¿Quién es tu amigo? ¿Se va a morir?

Entonces, de repente, Horace Tarbox se levantó con soltura y empezó a recorrer la habitación de un lado al otro con las manos en los bolsillos. Ese

era su otro gesto.

—Esto no me hace gracia —dijo, como hablándose a sí mismo— para nada. No es que me moleste que estés acá; no me molesta. Eres una cosita preciosa, pero no me gusta que te haya mandado Charlie Moon. ¿Acaso soy un experimento de laboratorio con el que puedan experimentar por igual conserjes y químicos? ¿Es gracioso mi desarrollo intelectual? ¿Me parezco a los dibujos del niño de Boston que aparece en las revistas de historietas? ¿Ese tonto imberbe de Moon, con sus eternas historias sobre la semana que pasó en París, tiene derecho a…?

—No —lo interrumpió Marcia, tajante—. Y tú eres un dulce. Ven acá y dame un beso.

Horace se detuvo al instante frente a ella.

—¿Por qué quieres que te bese? —le preguntó con vehemencia—. ¿Es que andas por ahí besando gente?

—Pues, sí —admitió Marcia, sin alterarse—. De eso se trata en la vida. Simplemente de andar por ahí besando gente.

—Bueno —contestó Horace, tajante—, ¡tengo que decir que tus ideas están horrorosamente embarulladas! En primer lugar, la vida no es eso nada más, y en segundo lugar, no voy a besarte. Se me podría hacer costumbre y después no sé perder las costumbres. Este año adopté la costumbre de remolonear en la cama hasta las siete y media.

Marcia asintió mostrándose comprensiva.

—¿Alguna vez haces algo por diversión? —preguntó.

—¿Qué quieres decir con *diversión*?

—Mira —dijo Marcia con severidad—, me agradas, Omar, pero qué bueno sería que siguieras el hilo. Suenas como si estuvieras haciendo gárgaras con un montón de palabras en la boca y que perdieras una apuesta cada vez que escupes algunas. Te pregunté si alguna vez hacías algo por diversión.

Horace negó con la cabeza.

—Más adelante, quizás —respondió—. Soy un plan, ¿sabes? Un experimento. No digo que no me canse a veces; me cansa. Sin embargo…, eh…, ¡no te lo puedo explicar! Pero lo que tú y Charlie Moon llaman diversión no lo sería para mí.

—Por favor, explícame.

Horace le clavó los ojos, comenzó a hablar y luego, cambiando de parecer, reanudó la caminata. Después de un intento infructuoso de determinar si él estaba o no mirándola, Marcia le sonrió.

—Por favor, explícame.

Horace se dio vuelta.

—Si te explico, ¿prometes que le vas a decir a Charlie Moon que no me encontraste?

—Ajá.

—Muy bien. Esta es mi historia: fui de esos niños que se la pasan preguntando por qué. Quería ver cómo giraban las ruedas. Mi padre era un joven profesor de Economía en Princeton. Me crio sobre la base del sistema de responder lo mejor posible cada pregunta que yo le hiciera. Mi reacción a eso le dio la idea de hacer un experimento sobre precocidad. Para contribuir a la carnicería, yo tenía problemas de oído: siete operaciones entre los nueve y los doce años. Por supuesto, eso me aisló de los otros chicos y propició que madurara rápido. El caso es que, mientras mi generación sudaba con el tío Remus[19], yo disfrutaba genuinamente leyendo a Catulo en su lengua original.

»Aprobé los exámenes de la universidad a los trece porque no pude evitarlo. Mis principales colegas eran profesores, y me enorgullecía muchísimo saber que tenía una inteligencia sobresaliente, ya que, si bien era excepcionalmente talentoso, no era anormal en otros sentidos. A los dieciséis me cansé de ser un bicho raro; concluí que alguien había cometido un grave error. De todas formas, como había llegado tan lejos, resolví terminarlo y obtener mi maestría en Humanidades. Lo que más me interesa en la vida es el estudio de la filosofía moderna. Soy un realista de la escuela de Anton Laurier (con ribetes bergsonianos) y cumplo dieciocho años en dos meses. Nada más.

—¡Uf! —exclamó Marcia—. ¡Más que suficiente! Esmerada tarea con las partes del discurso.

—¿Satisfecha?

—No, no me diste un beso.

—No está en mi esquema —replicó Horace—. Comprende que no me pienso por encima de las cuestiones físicas. Tienen su lugar, pero…

—¡Ay, no seas tan sensato, caray!

—No puedo evitarlo.

—Odio a las personas tipo máquinas tragamonedas.

—Te aseguro que yo… —empezó Horace.

—Ay, cállate.

—Mi propia racionalidad…

—No mencioné tu nacionalidad. Eres estadounidense, ¿no?

—Sí.

—Bueno, por mí está bien. Tengo ganas de verte hacer algo que no esté en ese esquema intelectualoide tuyo. Quiero ver si un como se llame con ribetes venezolanos (eso que dijiste que eras) puede ser un poquito humano.

Horace negó con la cabeza otra vez.

—No voy a besarte.

—Mi vida está hecha trizas —murmuró Marcia trágicamente—. Soy una mujer abatida. Pasaré por la vida sin recibir jamás un beso con ribetes venezolanos —suspiró—. Como sea, ¿vendrás a ver mi espectáculo, Omar?

—¿Qué espectáculo?

—¡Soy una infame actriz en *A casa, James*!

—¿Opereta?

—Sí…, como mucho. Uno de los personajes es un venezolano dueño de una plantación de arroz. Eso te puede interesar.

—Vi *La chica bohemia*[20] una vez —reflexionó Horace en voz alta—. Me gustó… en cierta medida.

—¿Vienes, entonces?

—Bueno, yo…, yo…

—Ah, ya sé: tienes que hacerte una escapada a Venezuela el fin de semana.

—No, para nada. Iría encantado.

Marcia aplaudió.

—¡Hurra! Te envío una entrada por correo… ¿Jueves a la noche?

—Pues, yo…

—¡Bien! Jueves a la noche entonces.

Se puso de pie y acercándose a él le puso ambas manos sobre los hombros.

—Me agradas, Omar. Disculpa que haya intentado tomarte el pelo. Pensé que serías como de hielo, pero eres un chico simpático.

Él le lanzó una mirada sardónica.

—Soy mayor que tú por varios miles de generaciones.

—Llevas bien los años.

Se estrecharon la mano con solemnidad.

—Mi nombre es Marcia Meadow —dijo con tono enérgico—. Grábatelo: Marcia Meadow. Y no le voy a decir a Charlie Moon que estabas.

Un segundo después, mientras bajaba con pie ligero el último tramo de escaleras de a tres escalones, Marcia oyó una voz que la llamaba por encima del pasamanos del último piso:

—¡Ey!

Se detuvo y levantó la vista; divisó una figura vaga inclinada hacia abajo.

—¡Ey! —volvió a llamarla el prodigio—. ¿Me oyes?

—Estás conectado, Omar.

—Espero no haberte dado la impresión de que para mí besarse es intrínsecamente irracional.

—¿La impresión? ¡Pero si ni siquiera me diste el beso! Descuida…, hasta pronto.

Dos puertas cercanas a ella se abrieron curiosas por el sonido de una voz femenina. Se oyó una tos indecisa proveniente de arriba. Tras recogerse la falda, Marcia se lanzó desenfrenadamente por el último tramo y afuera el aire turbio de Connecticut se la tragó.

Arriba Horace recorría el piso de su estudio de un lado al otro. De vez en cuando dirigía la mirada hacia Berkeley que esperaba allí con una fina respetabilidad rojo oscuro, un libro abierto provocativamente situado sobre los almohadones. Y entonces notó que su recorrido por el piso lo acercaba cada vez más a Hume. Había en Hume algo extraña e inexpresablemente diferente. La figura diáfana parecía revolotear aún cerca y, de haberse sentado en él, Horace habría sentido que se sentaba en la falda de una mujer. Y aunque Horace era incapaz de nombrar la naturaleza de esa diferencia, esa naturaleza existía: por completo intangible para una mente especulativa, pero real, de todas formas. Hume irradiaba algo que en sus largos doscientos años de influencia no había irradiado jamás.

Hume irradiaba esencia de rosas.

II

El jueves a la noche Horace Tarbox se sentó en una butaca del pasillo de la quinta fila y presenció *A casa, James*. Por extraño que pareciera, se encontró pasando un buen rato. A los estudiantes cínicos que tenía cerca les fastidió su sonora apreciación de bromas ya consagradas al estilo Hammerstein[21]. Pero Horace esperaba con ansias que Marcia Meadow cantara su canción sobre un dirigible fallido a ritmo de jazz. Cuando por fin apareció, radiante bajo un sombrero alicaído con visera de flores, lo envolvió un cálido fulgor y, cuando la canción terminó, no se unió a la lluvia de aplausos. Se sentía ligeramente anestesiado.

En el intervalo a continuación del segundo número, un acomodador compareció a su lado, exigió saber si él era el señor Tarbox y luego le entregó una nota escrita con una letra redondeada, adolescente. Horace la leyó algo

desconcertado mientras el acomodador aguardaba en el pasillo con paciencia declinante.

Querido Omar:

Después de la función siempre me da un hambre espantosa. Si te gustaría saciármela en la parrilla Taft, tan solo comunícale tu respuesta al poste gigante que te trajo esta nota y compláceme.

Tu amiga, Marcia Meadow.

—Dígale —tosió—, dígale que no hay problema. La espero afuera del teatro.

El poste gigante se sonrió con arrogancia.

—Creo que ella quiso decir quiusté dé la vuelta hasta la entrá ’e los actores.

—¿Dónde…, dónde es eso?

—Ajuera. Girsuzquerda. Por callejón.

—¿Qué?

—Ajuera. Gire a suzquierda. Por callejón.

El individuo arrogante se retiró. Un estudiante de primer año que estaba detrás de Horace se rio por lo bajo.

Media hora más tarde, sentado en la parrilla Taft frente a ese cabello que era de un rubio natural, el prodigio decía algo curioso.

—¿Estás obligada a hacer ese baile en el último número? —le preguntó serio—. Es decir, ¿te despedirían si te negaras a hacerlo?

Marcia se sonrió mucho.

—Es divertido. Me gusta hacerlo.

Y entonces Horace salió con un paso en falso.

—Hubiera dicho que lo detestabas —comentó escuetamente—. Los que estaban detrás de mí hacían comentarios sobre tu busto.

Marcia se puso de un rojo encendido.

—No puedo evitar eso —dijo enseguida—. El baile no es más que una especie de ejercicio acrobático para mí. ¡Dios, hacerlo ya es bastante difícil! Me froto linimento en los hombros durante una hora cada noche.

—Pero ¿te…, te diviertes cuando estás en el escenario?

—Ajá… ¡Claro! Me acostumbré a que la gente me mire, Omar, y me gusta.

—¡Mm!

Horace se hundió en sus pensamientos.

—¿Cómo siguen los ribetes venezolanos?

—¡Mm! —repitió Horace, y luego, tras una pausa—: ¿Adónde va la obra después de acá?

—A Nueva York.

—¿Por cuánto tiempo?

—Todo depende. El invierno… tal vez.

—¡Ah!

—¿Vendrás a echarme un ojo, Omar, o no t'interesa? No se está tan bien acá como en tu habitación, ¿no? Ojalá estuviéramos allí ahora.

—Me siento como un idiota en este lugar —confesó Horace, mirando nervioso a su alrededor.

—¡Qué lástima! Nos entendimos tan bien.

Al oír esto, la expresión de Horace se volvió de repente tan melancólica que ella cambió el tono y, acercándose a él, le acarició la mano.

—¿Habías sacado a cenar a una actriz alguna vez?

—No —dijo Horace afligido—, y no voy a volver a hacerlo nunca más. No sé por qué vine hoy. Acá, bajo todas estas luces y con toda esta gente riéndose y charlando, me siento completamente fuera de mi ámbito. No sé de qué hablarte.

—Hablemos de mí. De ti hablamos la última vez.

—Muy bien.

—Bueno, mi apellido sí es Meadow, pero mi nombre no es Marcia; es Verónica. Tengo diecinueve. Pregunta: ¿Cómo hizo la chica para dar el gran salto a los escenarios? Respuesta: Nació en Passaic, Nueva Jersey, y hasta hace un año se ganaba el derecho a respirar despachando nabiscos[22] en el salón de té de Marcel en Trenton. Empezó a salir con un tipo llamado Robbins, un cantante del cabaré Trenton House, y una noche él le hizo intentar una canción y bailar con él. Al mes llenábamos el restaurante del lugar todas las noches. Después nos fuimos a Nueva York con un fajo de cartas de recomendación tan grueso como una pila de servilletas.

»En dos días conseguimos trabajo en el Divinerries y aprendí a hacer el meneíto de hombros[23] de un chico en el Palais Royal. Nos quedamos seis meses en el Divinerries hasta que una noche Peter Boyce Wendell, el columnista, fue ahí a comer sus tostadas mojadas en leche. A la mañana siguiente salió un poema sobre Marcia la Maravillosa en su periódico y en dos días tenía tres ofrecimientos para espectáculos de vodevil y una oportunidad en el *Midnight Frolic*[24]. Le escribí una carta de agradecimiento a Wendell y

él la publicó en su columna; dijo que el estilo se parecía al de Carlyle y que debería dejar la danza y dedicarme a la literatura estadounidense. Esto me trajo un par más de ofrecimientos de vodevil y una oportunidad en un papel de chica ingenua en un espectáculo estable. Acepté… y aquí estoy, Omar.

Cuando terminó, se quedaron un momento en silencio; ella juntaba las últimas briznas de su conejo galés con el tenedor y esperaba que él hablara.

—Salgamos de acá —le dijo de repente.

Los ojos de Marcia se endurecieron.

—¿Cuál es la idea? ¿Te estoy aburriendo?

—No, pero no me gusta estar acá. No me gusta estar sentado contigo acá.

Sin decir palabra, Marcia le hizo señas al camarero.

—¿Cuánto es? —exigió bruscamente—. Mi parte: el conejo y la bebida de jengibre.

Horace la miraba inexpresivo mientras el camarero sacaba la cuenta.

—Espera —empezó—, tenía pensado pagar lo tuyo también. Eres mi invitada.

Con un medio suspiro Marcia se levantó de la mesa y salió del lugar. Horace, en la cara un manifiesto de perplejidad, dejó un billete y fue tras ella: la siguió escaleras arriba hasta el vestíbulo. Se adelantó frente al ascensor y quedaron cara a cara.

—Espera —repitió—, eres mi invitada. ¿Dije algo que te ofendió?

Después de un instante de asombro los ojos de Marcia se suavizaron.

—Eres un sujeto grosero —le dijo despacio—. ¿No te das cuenta de que eres grosero?

—No puedo evitarlo —dijo Horace con una franqueza que la desarmó por completo—. Tú sabes que me gustas.

—Dijiste que no te gustaba estar conmigo.

—Sí, no me gustó.

—¿Por qué no?

Una llamarada brotó de los bosques grises de los ojos de Horace.

—Porque no. Se me hizo costumbre que me gustaras. Hace dos días que prácticamente no pienso en otra cosa.

—Bueno, si tú…

—Espera un minuto —la interrumpió—. Tengo algo que decir. Es esto: en seis semanas cumplo dieciocho años. Cuando tenga dieciocho, iré a Nueva York a verte. ¿Habrá algún lugar en Nueva York adonde podamos ir y no haya tanta gente?

—¡Claro! —sonrió Marcia—. Puedes quedarte en mi departamento. Dormirás en el sofá, si quieres.

—No puedo dormir en un sofá —dijo cortante—. Pero quiero hablar contigo.

—Pues claro —repitió Marcia—, en mi departamento.

Del entusiasmo, Horace se metió las manos en los bolsillos.

—De acuerdo…, tan solo para poder verte a solas. Quiero hablar contigo como hablamos en mi habitación.

—Muchacho encantador —exclamó Marcia entre risas—, ¿es que quieres besarme?

—Sí —por poco gritó Horace—, si quieres que te bese, te beso.

El ascensorista los miró con un gesto de reproche. Marcia insinuó un movimiento hacia la puerta enrejada.

—Te mandaré una postal —le dijo.

Los ojos de Horace estaban desenfrenados.

—¡Mándame una postal! Iré en cualquier momento después del primero de enero. Tendré dieciocho para entonces.

Y cuando ella entró en el ascensor él tosió enigmáticamente, pero en leve actitud de desafío, hacia el techo, y se alejó a paso rápido.

III

Allí estaba de nuevo. Lo vio al dar el primer vistazo al inquieto público de Manhattan: abajo en la primera fila con la cabeza un poco inclinada hacia adelante y los ojos grises fijos en ella. Y supo que para él estaban a solas en un mundo donde la fila de caras maquilladísimas de las bailarinas y los quejidos a una voz de los violines eran tan imperceptibles como el polvo en una Venus de mármol. Un instinto de rebeldía se alzó dentro de ella.

—¡Chico tonto! —se dijo apresurada, y no hizo el bis.

—¿Qué pretenden por cien a la semana? ¿Movimiento continuo? —refunfuñó para sí entre bastidores.

—¿Qué pasa, Marcia?

—Un tipo que me cae mal en la primera fila.

Durante el último número, mientras esperaba para hacer su especialidad, le dio un curioso ataque de miedo escénico. Nunca le había mandado a Horace la postal prometida. La noche anterior había fingido no verlo; se había marchado a toda prisa del teatro inmediatamente después de su baile para pasar una noche en vela en su departamento, pensando —como tantas veces

en el último mes— en esa cara pálida, algo abstraída, su figura esbelta y juvenil, ese ensimismamiento despiadado, irrealista, que lo hacía encantador.

Y ahora que él había venido, sentía un vago pesar: como si estuvieran imponiéndole una responsabilidad inusitada.

—¡Niño prodigio! —dijo en voz alta.

—¿Qué? —indagó el cómico negro que estaba a su lado.

—Nada…, estaba hablando de mí.

En el escenario se sintió mejor. Era su baile… y siempre creía que la manera en que lo hacía no era más provocativa que cualquier muchacha bonita para algunos hombres. Le salió sensacional.

Por toda la ciudad, un plato de aceitunas,
Llega la oscuridad, tiembla bajo la luna.

Ya no la miraba. Eso lo veía bien claro. Muy deliberadamente él observaba un castillo en el telón de fondo, con la misma expresión que había tenido en la parrilla Taft. La invadió una oleada de exasperación: la estaba criticando.

Me estremece esa vibración,
¡Cómo me colma la emoción!
Por toda la ciudad…

Le dio un asco invencible. De repente tuvo una horrorosa conciencia de su público como nunca desde su primera presentación. ¿Había lujuria en esa cara pálida de la primera fila? ¿Era de desagrado la mueca de esa muchacha? ¿Estos hombros suyos —estos hombros tremulantes— eran suyos? ¿Eran reales? ¡Sin duda los hombros no eran para esto!

Verás de un vistazo que necesito
Escoltas funerarias para el baile de San Vito
El día del fin del mundo yo…

El fagot y dos chelos estallaron en un acorde final. Ella se detuvo y quedó suspendida un momento en puntas de pie con todos los músculos en tensión, la cara juvenil vuelta apática hacia el público con una expresión que una muchacha luego calificó como «de lo más extraña y perturbada», y luego sin

reverencia alguna huyó del escenario. Se metió en el camarín a toda velocidad, se arrancó un vestido y se puso otro, y tomó un taxi afuera.

Su departamento era muy cálido; pequeño era, con una hilera de fotografías profesionales y colecciones de Kipling y O. Henry que le había comprado a un vendedor de ojos azules y que leía de vez en cuando. Y había varias sillas que hacían juego, pero ninguna de ellas era cómoda, y una lámpara con una pantalla de color rosa con mirlos pintados, y una atmósfera de un rosa sofocado de una punta a la otra. Había cosas bonitas; cosas bonitas implacablemente hostiles entre sí, vástagos de un gusto ajeno, impaciente, que actuaba en momentos aislados. Lo peor lo tipificaba un gran cuadro de Passaic visto desde las vías de ferrocarril de Erie, enmarcado en corteza de roble; en conjunto un intento frenético, curiosamente extravagante, curiosamente miserable, de volverla una habitación alegre. Marcia sabía que era en vano.

En esta habitación entró el prodigio y le tomó ambas manos con torpeza.

—Esta vez te seguí —dijo.

—¡Ah!

—Quiero que te cases conmigo —dijo.

Ella extendió los brazos hacia él. Lo besó en la boca con una suerte de apasionada vitalidad.

—¡Ahí está!

—Te amo —dijo él.

Ella lo besó otra vez y luego, con un leve suspiro, se dejó caer en un sillón y se quedó semirrecostada allí, sacudida por una risa absurda.

—¡Vamos, niño prodigio! —soltó.

—Muy bien, llámame así si quieres. Una vez te dije que era diez mil años mayor que tú; es cierto.

Ella volvió a reírse.

—No me gusta que me miren con desaprobación.

—Nadie volverá a mirarte con desaprobación jamás.

—Omar —le preguntó—, ¿por qué quieres casarte conmigo?

El prodigio se levantó y se metió las manos en los bolsillos.

—Porque te amo, Marcia Meadow.

Y en ese momento ella dejó de llamarlo Omar.

—Muchacho querido —le dijo—, tú sabes que en cierto modo te amo. Hay algo en ti…, no sé decirte qué es, que me retuerce el corazón cada vez que estamos cerca. Pero, cariño… —vaciló.

—Pero ¿qué?

—Pero muchas cosas. Pero tienes nada más que dieciocho y yo estoy llegando a los veinte.

—¡Tonterías! —la interrumpió—. Veámoslo de esta manera: yo estoy en mi decimonoveno año y tú tienes diecinueve. Así que estamos bastante cerca…, sin contar los otros diez mil años que te mencioné.

Marcia se rio.

—Pero hay algunos «peros» más. Tu familia…

—¡Mi familia! —exclamó con ferocidad el prodigio—. Mi familia trató de convertirme en una monstruosidad.

La cara se le encendió de un rojo carmesí ante la enormidad de lo que estaba por decir:

—¡Mi familia puede darse la vuelta e ir a sentarse!

—¡Por Dios! —gritó Marcia alarmada—. ¿Todo eso? Sobre tachuelas, me imagino.

—Sobre tachuelas…, sí —asintió desenfrenado—, sobre lo que sea. Cuanto más pienso en cómo dejaron que me convirtiera en una momiecita insípida…

—¿Qué te hace pensar que eres así? —le preguntó Marcia con tranquilidad—. ¿Yo?

—Sí. Todas las personas con las que me he cruzado en la calle desde que te conocí me hacen envidiar que ellas supieran qué era el amor antes que yo. Yo lo llamaba el «impulso sexual». ¡Dios!

—Hay más «peros» —dijo Marcia.

—¿Cuáles son?

—¿De qué viviríamos?

—Me ganaré la vida.

—Estás estudiando.

—¿Crees que me importa en absoluto obtener una maestría en Humanidades?

—¿Quieres tener maestría sobre Mí, eh?

—¡Sí! ¿Qué? Digo, ¡no!

Marcia echó a reír y lanzándose hacia él se sentó en su falda. Él la rodeó desenfrenadamente con el brazo y le plantó el vestigio de un beso en algún lugar cerca del cuello.

—Hay como una candidez en ti… —musitó Marcia—, pero no suena muy lógico.

—¡Ay, no seas tan sensata!

—No puedo evitarlo.

—Odio a las personas tipo máquinas tragamonedas.

—Pero nosotros…

—¡Ay, cállate!

Y como Marcia no podía hablar por las orejas tuvo que callarse.

IV

Horace y Marcia se casaron a principios de febrero. Fue una sensación tremenda en los círculos académicos tanto de Yale como de Princeton. Horace Tarbox, ensalzado a los catorce años en las revistas dominicales de los periódicos metropolitanos, tiraba por la borda su carrera, su oportunidad de convertirse en una autoridad mundial en filosofía de los Estados Unidos, al casarse con una corista; a Marcia la pintaron como corista. Pero igual que todas las historias modernas, este también fue un acontecimiento pasajero.

Alquilaron un departamento en Harlem. Después de dos semanas de búsqueda, durante las cuales su idea sobre el valor del conocimiento académico se debilitó sin piedad, Horace consiguió un puesto de empleado administrativo en una empresa exportadora sudamericana: alguien le había dicho que la exportación era lo que se venía. Marcia continuaría en su espectáculo unos meses más; en todo caso hasta que él se abriera camino. Comenzó ganando ciento veinticinco y, aunque por supuesto le dijeron que en cuestión de meses estaría duplicando esa suma, Marcia se negaba siquiera a considerar una renuncia a los ciento cincuenta semanales que estaba ganando en ese momento.

—Nos llamaremos Cabeza y Hombros, querido —le dijo dulcemente—, y los hombros tendrán que seguir sacudiéndose un tiempito más hasta que doña Cabeza eche a andar.

—No lo soporto —objetó sombrío él.

—Bueno —le contestó ella tajante—, tu sueldo no nos alcanzaría ni para el alquiler. No te creas que quiero ser de carácter público; para nada. Quiero ser tuya. Pero sería una alcornoque si me quedara sentada en una habitación contando los girasoles del empapelado mientras te espero. Cuando saques trescientos al mes, lo dejo.

Y a pesar de lo mucho que hería su orgullo, Horace tuvo que admitir que el proceder de ella era el más sabio.

Marzo dio suave paso a abril. Mayo les soltó una espléndida reprimenda a los parques y las aguas de Manhattan, y ellos estaban muy felices. Horace, que no tenía ninguna costumbre —nunca había tenido tiempo de adquirirlas

—, resultó un esposo de lo más adaptable, y como Marcia carecía por completo de opiniones sobre los temas que a él lo absorbían, había muy pocos choques y sacudones. Sus mentes se movían en esferas distintas. Marcia se desempeñaba como una factótum práctica, y Horace vivía o en su antiguo mundo de ideas abstractas o en una suerte de culto y adoración de su mujer triunfalmente terrenales. Marcia era para él una fuente constante de asombro: la frescura y originalidad de su mente, su energía dinámica y lúcida, y su inagotable buen humor.

Y los compañeros de Marcia de la función de las nueve, adonde había transferido sus talentos, se admiraban de lo tremendamente orgullosa que estaba de los poderes mentales de su esposo. A Horace tan solo lo conocían como el muchacho delgadísimo, de labios apretados y aspecto inmaduro que la esperaba cada noche para llevarla a casa.

—Horace —le dijo Marcia una vez cuando se reunió con él a las once, como siempre—, parecías un fantasma ahí, de pie contra las luces de la calle. ¿Estás perdiendo peso?

Él sacudió levemente la cabeza.

—No sé. Hoy me aumentaron a ciento treinta y cinco dólares y…

—No me importa eso —dijo Marcia con severidad—. Te matas trabajando de noche. Lees esos librotes sobre economía…

—Ciencias económicas —la corrigió Horace.

—Bueno, lees eso todas las noches hasta mucho después de que yo me duermo. Y te estás quedando todo encorvado como antes de que nos casáramos.

—Pero, Marcia, tengo que…

—No, querido, no tienes que nada. Me parece que soy yo la que maneja este negocio por el momento y no voy a permitir que mi compa se arruine la salud y la vista. Tienes que hacer ejercicio.

—Hago. Todas las mañanas…

—¡Sí, ya sé! Pero esas mancuernas tuyas no le harían ni levantar dos grados de fiebre a un tísico. Ejercicio de verdad digo yo. Tienes que apuntarte en un gimnasio. ¿Recuerdas que me contaste que eras un gimnasta tan estupendo que quisieron llevarte al equipo de la universidad y no pudieron porque tenías una cita inamovible con Herb Spencer?

—Me gustaba —musitó Horace—, pero me consumiría demasiado tiempo ahora.

—Muy bien —dijo Marcia—, vamos a hacer un trato. Tú te apuntas en un gimnasio y yo leo uno de los libros esos de la fila marrón.

—¿Los *Diarios* de Pepys? Pero eso debería gustarte. Es muy liviano.

—No, para mí no. Va a ser como intentar digerir vidrio laminado. Pero siempre me dices cuánto ampliaría mi manera de ver las cosas. Bueno, tú vas al gimnasio tres noches a la semana y yo me tomo una buena dosis de Sammy[25].

Horace dudó.

—Bueno…

—¡Vamos! Tú haces unos balanceos colosales por mí y yo me agenciaré un poco de cultura por ti.

De modo que Horace terminó accediendo y durante todo un verano abrasador se pasó tres y a veces cuatro noches a la semana experimentando sobre el trapecio en el gimnasio Skipper[26]. Y en agosto le reconoció a Marcia que le mejoraba la capacidad de trabajo mental a lo largo del día.

—*Mens sana in corpore sano* —le dijo.

—No creas en eso —le contestó Marcia—. Una vez probé una de esas medicinas recetadas y son puras mentiras. Tú sigue con la gimnasia.

Una noche de principios de septiembre, mientras practicaba una de sus contorsiones en las anillas en la sala casi desierta, lo abordó un hombre gordo y pensativo a quien varias noches había visto observándolo.

—Ey, muchacho, haz otra vez ese truco que hiciste anoche.

Horace le sonrió, encaramado en lo alto.

—Lo inventé yo —le dijo—. Tomé la idea del cuarto postulado de Euclides.

—¿En qué circo está ese?

—Está muerto.

—Se habrá roto el cuello haciendo ese truco. Sentado acá anoche pensé que seguro te lo rompías.

—¿Así? —dijo Horace, y balanceándose sobre el trapecio hizo el truco.

—¿No te liquida el cuello y los músculos de los hombros?

—Al principio sí, pero en menos de una semana escribí *su quod erat demonstrandum*.

—¡Mm!

Horace se balanceó distendido en el trapecio.

—¿Has pensado en dedicarte profesionalmente? —le preguntó el hombre gordo.

—¿Yo? No.

—Hay buen dinero si estás dispuesto a hacer trucos como ese y vives para contarlo.

—Acá va otro —trinó Horace entusiasmado, y al hombre gordo se le cayó la boca de repente al ver a ese Prometeo de camiseta rosa desafiar de nuevo a los dioses y a Isaac Newton.

La noche siguiente a este encuentro Horace llegó a casa del trabajo y encontró a Marcia bastante pálida tendida en el sofá esperándolo.

—Hoy me desmayé dos veces —empezó, sin preámbulos.

—¿Qué?

—Sip. Faltan cuatro meses para que nazca el bebé. El médico dice que debería haber dejado de bailar hace dos semanas.

Horace se sentó a pensar la situación.

—Estoy contento, por supuesto —dijo meditabundo—; es decir, estoy contento de que vayamos a tener un bebé. Pero va a ser un gasto enorme.

—Tengo doscientos cincuenta en el banco —dijo Marcia esperanzada— y estoy por cobrar la paga de dos semanas.

Horace hizo un cálculo rápido.

—Contando mi sueldo, nos da cerca de mil cuatrocientos para los próximos seis meses.

Marcia se puso triste.

—¿Solo eso? Por supuesto que yo podría conseguir algún trabajo como cantante en algún lado por este mes. Y puedo volver al trabajo en marzo.

—¡Por supuesto nada! —dijo Horace con aspereza—. Tú te quedas acá. Veamos: va a haber que pagar la cuenta del médico y una enfermera, además de la criada. Vamos a necesitar un poco más de dinero.

—Bueno —dijo Marcia extenuada—, no sé de dónde va a salir. Ahora le toca ocuparse a doña Cabeza. Los hombros están fuera de servicio.

Horace se levantó y se envolvió en su abrigo.

—¿Adónde vas?

—Tengo una idea —respondió—. Vuelvo enseguida.

Diez minutos más tarde, mientras bajaba la calle hacia el gimnasio Skipper, tuvo una plácida sensación de asombro —sin mezcla alguna de humor— ante lo que estaba por hacer. ¡Un año atrás se habría mirado boquiabierto! ¡Todos lo habrían mirado boquiabiertos! Pero una vez que uno le abre la puerta al golpeteo de la vida, deja entrar muchas cosas.

El gimnasio estaba muy iluminado y, cuando sus ojos se habituaron al resplandor, encontró al hombre gordo y pensativo sentado sobre una pila de colchonetas de lona y fumándose un gran cigarro.

—Ey —empezó Horace sin rodeos—, ¿hablaba en serio anoche cuando dijo que podía hacer dinero con mis trucos en el trapecio?

—Pero claro —dijo el hombre gordo sorprendido.

—Bueno, estuve pensándolo y creo que me gustaría probar. Puedo trabajar de noche y los sábados a la tarde… y con regularidad si la paga es lo suficientemente alta.

El hombre gordo miró su reloj.

—Bueno —dijo—, Charlie Paulson es a quien tenemos que ver. Te contratará para actuar en menos de cuatro días, apenas te vea practicar. No está ahora, pero me pondré en contacto para que venga mañana a la noche.

El hombre gordo cumplió su palabra. Charlie Paulson llegó la noche siguiente y pasó una hora fascinante contemplando al prodigio surcar el aire en parábolas increíbles, y a la otra noche llevó con él a dos hombres grandotes que parecían haber nacido fumando cigarros negros y hablando de dinero con voces bajas y apasionadas. Entonces, el sábado posterior, el torso de Horace Tarbox hizo su primera aparición profesional en una exhibición de gimnasia en Coleman Street Gardens. Pero si bien el público ascendía a cerca de cinco mil personas, Horace no sintió nervios. Desde la infancia leía artículos en público: había aprendido el truco de sustraerse.

—Marcia —le dijo contento más tarde esa misma noche—, creo que se despejó el horizonte. Paulson cree que puede conseguirme una oportunidad en el Hippodrome, lo que significa un contrato por todo el invierno. El Hippodrome, ¿entiendes?, es un gran…

—Sí, lo he escuchado nombrar —lo interrumpió Marcia—, pero quiero saber sobre el truco ese que haces. No es una forma espectacular de suicidio, ¿no?

—No es nada —dijo Horace tranquilo—. Pero si se te ocurre alguna forma más linda en que un hombre pueda matarse que arriesgándose por ti, pues de esa forma quiero morir.

Marcia se le acercó y lo estrechó fuerte con ambos brazos alrededor del cuello.

—Dame un beso —le susurró— y llámame «querido corazón». Me encanta escucharte decir «querido corazón». Y tráeme un libro mañana. Basta de Sam Pepys; alguna novelucha chapucera. Estuve todo el día desesperada por tener algo que hacer. Me dieron ganas de escribir cartas, pero no tenía a quién escribirle.

—Escríbeme a mí —dijo Horace—. Yo las leo.

—Ojalá pudiera —resopló Marcia—. Si conociera las palabras suficientes, te escribiría la carta de amor más larga del mundo… y nunca me cansaría.

Pero pasados otros dos meses Marcia empezó a estar muy cansada, y durante varias noches seguidas se vio a un joven atleta muy intranquilo y de aspecto extenuado salir ante la multitud del Hippodrome. Después vinieron dos días en los que tomó su lugar un muchacho joven vestido de celeste en lugar de blanco, que recibió muy pocos aplausos. Pero pasados esos dos días Horace apareció otra vez, y los que estaban cerca del escenario notaron una expresión de beatífica felicidad en la cara del joven acróbata, incluso al doblarse jadeante en el aire en medio de su increíble balanceo de hombros. Después de esa presentación, se rio del ascensorista y se lanzó escaleras arriba hacia el departamento saltando los escalones de a cinco… y luego entró de puntillas con mucho cuidado en una habitación silenciosa.

—Marcia —le susurró.

—¡Hola! —le sonrió ella con languidez—. Necesito que hagas algo, Horace. Busca en el primer cajón de mi cómoda y vas a encontrar un manojo alto de papeles. Es un libro… o algo así… Lo escribí en estos últimos tres meses en que tuve que estar en cama. Me gustaría que se lo llevaras a Peter Boyce Wendell, ese que puso mi carta en su periódico. Él sabrá decirte si es un buen libro. Lo escribí igual que hablo, igual que le escribí aquella carta a él. Es tan solo una historia sobre unas cuantas cosas que me han pasado. ¿Puedes llevárselo, Horace?

—Sí, cielo.

Se reclinó sobre la cama hasta que su cabeza quedó junto a la de ella sobre la almohada y empezó a acariciarle el pelo rubio.

—Mi querida Marcia —le dijo suave.

—No —murmuró ella—, llámame como te pedí que me llamaras.

—Querido corazón —le susurró apasionadamente—, mi muy querido, muy querido corazón.

—¿Cómo la vamos a llamar?

Se quedaron recostados durante un minuto de feliz y adormilada complacencia mientras Horace deliberaba.

—La llamaremos Marcia Hume Tarbox —dijo finalmente.

—¿Por qué el Hume?

—Porque es el sujeto que nos presentó.

—¿Ah, sí? —murmuró ella, con sorpresa somnolienta—. Pensé que se llamaba Moon.

Se le cerraron los ojos y, luego de un momento, el lento ascenso cada vez más prolongado de las mantas sobre su pecho indicó que se había dormido.

Horace fue de puntillas hasta la cómoda y al abrir el primer cajón encontró un pilón de páginas garabateadas con letra apretada y manchadas de mina de lápiz. Miró la primera página:

SANDRA PEPYS, SINCOPADA
Marcia Tarbox

Sonrió. Así que Samuel Pepys la había impresionado después de todo. Dio vuelta la página y empezó a leer. Su sonrisa se acentuó; siguió leyendo. Media hora pasó hasta que se dio cuenta de que Marcia se había despertado y lo miraba desde la cama.

—Cariño —le llegó el susurro.

—¿Qué, Marcia?

—¿Te gusta?

Horace tosió.

—Parece que me atrapó. Es colorido.

—Llévaselo a Peter Boyce Wendell. Dile que en una época obtuviste las notas más altas en Princeton y que tú has de saber si es bueno un libro. Dile que este es imbatible.

—Muy bien, Marcia —dijo Horace con gentileza.

Sus ojos volvieron a cerrarse y Horace, cruzando hasta ella, le besó la frente; se quedó un segundo allí con una expresión de tierna piedad. Luego salió de la habitación.

Toda esa noche la letra despatarrada sobre las páginas, los constantes errores de ortografía y gramática, y la insólita puntuación bailaron delante de sus ojos. Se despertó varias veces durante la noche, cada vez colmado de una caótica compasión por este deseo del alma de Marcia de expresarse en palabras. Para él había algo infinitamente patético en eso, y por primera vez en meses empezaron a darle vueltas en la cabeza sus propios sueños semiolvidados.

Había tenido la intención de escribir una serie de libros, de divulgar el nuevo realismo igual que Schopenhauer había divulgado el pesimismo y William James, el pragmatismo.

Pero la vida no se había presentado de esa forma. La vida agarraba a las personas y las arrojaba a las anillas colgantes. Horace se rio al pensar en aquel golpeteo a su puerta, en la diáfana sombra sobre Hume, en la amenaza del beso de Marcia.

—Y sigo siendo yo —dijo en voz alta asombrado, tendido en la oscuridad sin dormir—. Soy el hombre que, sentado en su Berkeley, tuvo la temeridad de preguntarse si aquel golpeteo habría tenido existencia real sin su oído allí para escucharlo. Sigo siendo ese hombre. Me podrían electrocutar por los crímenes que él cometió.

»Pobres almas vaporosas que tratan de expresarse por medio de algo tangible. Marcia con el libro que escribió; yo con los que no escribí. Tratamos de elegir nuestros medios y terminamos aceptando lo que nos toca… y nos ponemos contentos.

V

Sandra Pepys, sincopada, con introducción de Peter Boyce Wendell, el columnista, apareció por entregas en la revista *Jordan* y salió en forma de libro en marzo. Desde el primer fascículo publicado atrajo atención a lo largo y a lo ancho. Un tema bastante trillado (una chica de un pueblito de Nueva Jersey que se va a Nueva York para dedicarse al teatro) tratado con sencillez, con un fraseo de particular intensidad y un cautivante trasfondo de tristeza en la inadecuación misma del vocabulario; causó una atracción irresistible.

Peter Boyce Wendell, quien en aquel momento justamente abogaba por el enriquecimiento de la lengua de los estadounidenses a través de la adopción inmediata de expresiones vernáculas, obró como su patrocinador y bramó su respaldo por encima de los lugares comunes de los críticos convencionales.

Marcia recibió trescientos dólares como anticipo por la publicación por entregas, lo cual llegó en un momento oportuno, pues si bien el sueldo mensual de Horace en el Hippodrome era ahora mucho más alto de lo que había sido el de Marcia, la bebé Marcia estaba emitiendo unos chillidos agudos que ellos interpretaron como una exigencia de aire de campo. Así que abril los encontró instalados en un bungalow en el condado de Westchester, con lugar para césped, lugar para cochera y lugar para todo, incluso un inexpugnable estudio a prueba de sonidos en el que Marcia le prometió sinceramente al señor Jordan que se encerraría, cuando las exigencias de su hija empezaran a ceder, a escribir literatura inmortalmente iletrada.

—No está nada mal —pensó Horace una noche en que se dirigía de la estación a su casa.

Estaba considerando varias posibilidades que habían surgido: un ofrecimiento de cinco cifras en un espectáculo de vodevil por cuatro meses, una oportunidad para regresar a Princeton al frente de todo el trabajo de

gimnasio. ¡Qué curioso! Alguna vez tuvo la intención de regresar allá para ponerse al frente de todo el trabajo en filosofía y hoy no se había inmutado siquiera por el arribo a Nueva York de Anton Laurier, su antiguo ídolo.

La grava crujía ruidosa bajo las suelas de sus zapatos. Vio refulgir las luces de la sala de estar de su casa y reparó en un auto grande detenido en la entrada. Probablemente el señor Jordan, que habría venido otra vez para persuadir a Marcia de que se pusiera a trabajar.

Ella lo había oído llegar y su figura se perfiló contra la puerta iluminada cuando salió a recibirlo.

—Vino un francés —le suspiró nerviosa—. No sé pronunciar el nombre, pero se lo escucha espantosamente ilustrado. Vas a tener que ponerte a charlar con él.

—¿Qué francés?

—No puedo decirte con certeza. Vino en auto con el señor Jordan hace una hora diciendo que quería conocer a Sandra Pepys y todo eso.

Dos hombres se levantaron de sus sillas cuando Horace y Marcia entraron.

—Hola, Tarbox —dijo Jordan—. Acabo de reunir a dos celebridades. He traído conmigo al señor Laurier. Señor Laurier, permítame presentarle al señor Tarbox, el esposo de la señora Tarbox.

—¡No será Anton Laurier! —exclamó Horace.

—Pero sí. Debía venir. Tengo que venir. Leí el libro de la señora y me ha cautivado —hurgó en su bolsillo—, ah, leí sobre usted también. En este periódico que leí hoy sale su nombre.

Por fin sacó un recorte de una revista.

—¡Léalo! —dijo entusiasmado—. Hay sobre usted también.

Horace le echó un vistazo a la página.

«Una clara contribución a la literatura dialectal de Estados Unidos —decía—; sin pretensión de un tono literario; el libro basa su calidad misma en este hecho, igual que *Huckleberry Finn*».

Sus ojos recalaron en un pasaje de más abajo; de repente se sintió horrorizado…, siguió leyendo apresuradamente:

«El vínculo de Marcia Tarbox con los escenarios no es solo como espectadora sino como esposa de un artista escénico. El año pasado se casó con Horace Tarbox, quien cada noche deleita a los niños en el Hippodrome con su fascinante actuación en las anillas colgantes. Se dice que la joven pareja se ha puesto el mote Cabeza y Hombros, en indudable referencia al hecho de que la señora Tarbox suministra las cualidades intelectuales y literarias, en tanto que los hombros ágiles y flexibles de su esposo hacen su

aporte a la prosperidad de la familia. La señora Tarbox parece merecer el tan manido título de ‘prodigio’. Con solo veinte…».

Horace interrumpió la lectura y sus ojos absortos se clavaron en Anton Laurier.

—Tengo que darle un consejo… —empezó con voz ronca.

—¿Cómo?

—Sobre los golpeteos a la puerta. ¡No responda! Ignórelos…, cómprese una puerta acolchada.

El bol de cristal tallado

I

Hubo una edad de piedra rústica y una edad de piedra pulida y una edad de bronce, y muchos años después una edad del cristal tallado. En la edad del cristal tallado, cuando las jóvenes habían persuadido a los jóvenes de bigote largo y rizado de que se casaran con ellas, se sentaban varios meses después a escribir notas de agradecimiento por toda clase de regalos de cristal tallado —boles para ponche, lavafrutas, vasos para cena, copas para vino, tazones para helado, bomboneras, licoreras y floreros—, ya que, si bien el cristal tallado no era ninguna novedad en los noventa, en ese entonces estaba especialmente ocupado reflejando la deslumbrante luz de la moda desde Back Bay[27] hasta las fortalezas del Medio Oeste.

Luego de la boda se colocaban los boles para ponche sobre el aparador con el bol grande en el centro; se ordenaban las copas en la cristalera; se ponían los candelabros en los extremos de las cosas: y entonces comenzaba la lucha por la existencia. La bombonera perdía el asa y pasaba a ser una bandeja para alfileres en el primer piso; un gato paseador tiraba del aparador el bol pequeño, y la empleada desportillaba el mediano con la azucarera; luego las copas para vino sucumbían por fracturas de pie e incluso los vasos para la cena desaparecían uno por uno como los diez negritos, y el último, marcado y mutilado, terminaba como portacepillos en la repisa del cuarto de baño entre otros notables desvencijados. Pero de todas maneras, para cuando todo esto había sucedido, la edad del cristal tallado había acabado ya.

Hacía tiempo que había pasado su gloria inicial el día en que la curiosa señora de Roger Fairboalt vino a ver a la hermosa señora de Harold Piper.

—Mi *querida* —dijo la curiosa señora de Roger Fairboalt—, me *encanta* su casa. Me parece *realmente* artística.

—*Cuánto* me alegra —dijo la hermosa señora de Harold Piper, al tiempo que se le iluminaban los jóvenes ojos oscuros—; y *tiene* que venir seguido.

Estoy casi *siempre* sola por la tarde.

A la señora Fairboalt le hubiera gustado decir que no creía esto en absoluto y no veía cómo podría esperarse que lo creyera: por toda la ciudad se decía que Freddy Gedney había estado visitando a la señora Piper cinco tardes a la semana en los últimos seis meses. La señora Fairboalt estaba en esa edad madura en la que desconfiaba de todas las mujeres hermosas…

—Lo que *más* me gusta es el comedor —dijo—, toda esa vajilla *maravillosa*, y ese *inmenso* bol de cristal tallado.

La señora Piper se rio de una forma tan atractiva que las reservas que le quedaban a la señora Fairboalt sobre la historia de Freddy Gedney se esfumaron por completo.

—¡Ah, ese bol grande! —la boca de la señora Piper al formar las palabras era un vívido pétalo de rosa—. Tiene una historia ese bol…

—¿Ah, sí?…

—¿Se acuerda del joven Carleton Canby? Bueno, en un momento me prestaba mucha atención, y la noche en que le conté que iba a casarme con Harold, hace siete años, en el 92, se puso bien de pie y dijo: «Evylyn, te voy a regalar una cosa que es tan dura como tú y tan hermosa y tan vacía y tan transparente». Me asustó un poco: tenía los ojos tan negros. Pensé que iba a cederme una casa embrujada o algo que explotaría al abrirlo. Llegó ese bol y, por supuesto, es hermoso. El diámetro o la circunferencia o algo de eso mide dos pies y medio (o tal vez tres y medio). De cualquier manera, el aparador le queda muy chico, sobresale mucho.

—¡Mi *querida*, pero qué *extraño*! Y se fue de la ciudad para esa época, ¿no? —la señora Fairboalt garabateaba notas en cursiva en su memoria: «dura, hermosa, vacía y transparente».

—Sí, se fue al oeste, o al sur, o a alguna parte —respondió la señora Piper, irradiando esa vaguedad divina que contribuye a elevar la belleza fuera del tiempo.

La señora Fairboalt se puso los guantes, aprobando el efecto de amplitud que daba la vista abierta desde el espacioso cuarto de música, que, a través de la biblioteca, revelaba una parte del comedor al final. Realmente era la más linda de las casas pequeñas de la ciudad, y la señora Piper había hablado de mudarse a una más grande en la avenida Devereaux. Harold Piper debía estar *acuñando* dinero.

Al doblar hacia la vereda bajo el progresivo anochecer de otoño, adoptó esa expresión reprobadora un tanto desagradable que portan en la calle casi todas las mujeres exitosas de cuarenta.

Si yo fuera Harold Piper, pensó, pasaría un poco menos de tiempo dedicado a los negocios y un poco más de tiempo en casa. Algún amigo debería hablar con él.

Pero si la señora Fairboalt la había considerado una tarde exitosa, la habría calificado como un triunfo si hubiera esperado dos minutos más. Pues mientras ella era todavía una figura negra, a cien yardas, que se alejaba por la calle, un joven muy apuesto y angustiado doblaba en la entrada de la casa de los Piper. La señora Piper en persona le abrió la puerta y con una expresión un tanto consternada lo llevó rápidamente a la biblioteca.

—Tenía que verte —comenzó desaforado—; tu nota me partió en dos. ¿Harold te amenazó para que hicieras esto?

Ella negó con la cabeza.

—Se acabó, Fred —dijo ella despacio, y él sintió que esos labios se parecían más que nunca a una rosa desgarrada—. Anoche llegó a casa harto. A Jessie Piper la superó el sentido de deber, así que fue a la oficina de él y le contó. Estaba dolido y…, no puedo evitar ponerme en su lugar, Fred. Dice que fuimos el chismerío del club todo el verano y que él no lo sabía, y ahora entiende pedazos de conversación que había pescado e indirectas veladas que la gente le había soltado acerca de mí. Está terriblemente enojado, Fred, y me quiere y yo lo quiero… bastante.

Gedney asintió despacio y entrecerró los ojos.

—Sí —dijo—, sí, mi problema es como el tuyo. Puedo ver el punto de vista de los demás demasiado bien —sus ojos grises se encontraron, sinceros, con los ojos oscuros de ella—. El idilio se ha terminado. Por Dios, Evylyn, estuve sentado todo el día en la oficina mirando el exterior de tu carta, y mirándolo y mirándolo…

—Tienes que irte, Fred —dijo ella firme y el leve énfasis en el apremio de su voz fue una nueva estocada para él—. Le di mi palabra de honor de que no te vería. Sé hasta dónde puedo llegar con Harold, y estar acá contigo esta tarde es una de las cosas que no puedo hacer.

Todavía estaban de pie, y al hablar ella hizo un pequeño movimiento hacia la puerta. Gedney la miró abatido, intentando, aquí en el final, atesorar una última imagen de ella…; y luego de repente ambos se quedaron duros como mármol con el ruido de pasos en el caminito de entrada. Al instante, el brazo de ella se extendió para agarrarlo de la solapa del saco; y, mitad urgiéndolo, mitad arrojándolo, lo metió por la gran puerta en el comedor a oscuras.

—Voy a hacerlo subir —le susurró cerca del oído—; no te muevas hasta que lo escuches en las escaleras. Luego sal por la puerta principal.

Entonces se quedó solo escuchándola saludar a su esposo en el recibidor.

Harold Piper tenía treinta y seis años, nueve más que su esposa. Era apuesto… con algunas notas al margen: como que tenía los ojos demasiado juntos y que había cierta rigidez en su cara cuando estaba en reposo. Su actitud para con el asunto de Gedney era una típica actitud suya. Le había dicho a Evylyn que lo consideraba un tema cerrado y que nunca se lo reprocharía ni aludiría a eso en ninguna forma; y se dijo a sí mismo que era una forma bastante magnánima de ver las cosas…, que ella no se había quedado poco admirada. Sin embargo, como todos los hombres a los que les preocupa su propia grandeza, era excepcionalmente estrecho.

Esa tarde saludó a Evylyn con enfática cordialidad.

—Tienes que cambiarte rápido, Harold —le dijo ansiosa—: vamos a lo de los Bronson.

Él asintió.

—No tardo mucho en cambiarme, querida —y mientras se apagaban sus palabras, entró en la biblioteca.

El corazón de Evylyn percutió sonoro.

—Harold… —comenzó, con la voz un poco entrecortada, y lo siguió. Él estaba prendiendo un cigarrillo—. Tienes que apresurarte, Harold —completó, de pie en la puerta.

—¿Por qué? —preguntó, un poco impaciente—. Tú tampoco estás cambiada, Evie.

Se estiró en un sillón Morris y desplegó un periódico. Evylyn vio con desazón que eso implicaba al menos diez minutos; y Gedney estaba sin respirar en la habitación contigua. ¿Y si Harold decidiera que antes de subir quería un trago de la licorera del aparador? Luego se le ocurrió anticiparse a esta contingencia trayéndole la licorera y un vaso. Tenía terror de dirigir su atención al comedor de cualquier forma, pero no podía arriesgarse a la otra posibilidad.

Pero en el mismo momento Harold se levantó y, tirando el periódico, fue hacia ella.

—Evie, querida —dijo, inclinándose y envolviéndola con los brazos—, espero que no estés pensando en lo de anoche —ella se acercó a él temblando —. Yo sé —continuó— que fue solo una amistad imprudente de tu parte. Todos cometemos errores.

Evylyn apenas lo escuchaba. Se preguntaba si con solo aferrarse a él podría llevárselo y subirlo por las escaleras. Pensó en fingir un malestar, pedirle que la llevara arriba; desafortunadamente, sabía que la recostaría en el sofá y le traería whisky.

De pronto, su tensión nerviosa subió un último escalón imposible. Había oído el chirrido muy leve pero inconfundible del piso del comedor. Fred estaba tratando de salir por atrás.

Luego su corazón dio un salto en largo cuando una nota resonante como un gong retumbó y volvió a retumbar por la casa. El brazo de Gedney había tocado el gran bol de cristal tallado.

—¿Qué es eso? —gritó Harold—. ¿Quién anda ahí?

Se aferró a él, pero él se soltó y fue como si la habitación le aplastara los oídos. Escuchó abrirse de golpe la puerta de la despensa, un forcejeo, el tamborileo de una fuente de lata, y con desesperación se apresuró desaforada hacia la cocina y apagó el gas. Su esposo lentamente desenrolló el brazo del cuello de Gedney y se quedó ahí muy quieto, primero sorprendido, luego con dolor asomado a su cara.

—¡Dios santo! —dijo perplejo, y luego repitió—: ¡Dios santo!

Giró como si fuera a saltar de nuevo sobre Gedney, se detuvo, relajó visiblemente los músculos y soltó una risita amarga.

—Ustedes dos…, ustedes dos… —Evylyn lo rodeaba con los brazos y sus ojos le suplicaban con frenesí, pero él la alejó de un empujón y se hundió aturdido en la silla de la cocina con la cara como porcelana—. Han estado haciéndome esto a mí, Evylyn. ¡Pero qué maldita! ¡Qué *maldita*!

Ella nunca le había tenido tanta lástima; nunca lo había querido tanto.

—No fue culpa de ella —dijo Gedney con cierta humildad—. Yo aparecí.

Pero Piper negó con la cabeza, y su expresión cuando levantó la mirada fue como si un accidente físico le hubiera conmocionado la mente dejándosela por un tiempo incapaz de funcionar. Sus ojos, de repente penosos, tocaron una fibra profunda e insondada en Evylyn…, y al mismo tiempo se levantó en ella una ira furiosa. Sintió que los párpados le quemaban; dio un pisotón violento en el piso; las manos zigzaguearon nerviosas por la mesa como si buscara un arma, y luego se arrojó desaforada contra Gedney.

—¡Vete! —gritó, con los ojos oscuros en llamas y los puñitos golpeándole inútilmente el brazo extendido—. ¡Tú hiciste esto! Vete de aquí; vete. ¡Vete! *¡Vete!*

II

Respecto de la señora de Harold Piper a los treinta y cinco años, la opinión estaba dividida: las mujeres decían que todavía era guapa; los hombres decían que había perdido el atractivo. Y esto probablemente fuera porque las cualidades de su belleza que las mujeres habían temido y los hombres habían seguido se habían esfumado. Sus ojos seguían siendo igual de grandes y oscuros y tristes, pero el misterio se había ido; la tristeza en ellos ya no era eterna, solo humana, y ella había desarrollado el hábito, cuando estaba sobresaltada o molesta, de crispar las cejas hacia el centro y parpadear varias veces. También su boca había perdido: el rojo se había retraído y el leve torcimiento de las comisuras hacia abajo cuando sonreía, que había contribuido a la tristeza de los ojos y había sido vagamente burlón y hermoso, había desaparecido por completo. Cuando sonreía ahora, las comisuras de los labios se torcían hacia arriba. En aquellos días en que Evylyn se deleitaba con su propia belleza, disfrutaba de esa sonrisa suya: la acentuaba. Cuando dejó de acentuarla, se desvaneció, y con ella lo que le quedaba de misterio.

Evylyn había dejado de acentuar su sonrisa al mes del asunto de Freddy Gedney. En el exterior, las cosas habían seguido más o menos como venían siendo. Pero en aquellos pocos minutos durante los cuales descubrió cuánto quería a su esposo, Evylyn se dio cuenta de lo indeleblemente que lo había herido. Durante un mes luchó contra silencios penosos, desaforados reproches y acusaciones (le suplicaba, trataba de enamorarlo callada y lastimosamente, y él se reía de ella con rencor) y luego también ella se sumió gradualmente en el silencio y una impenetrable barrera sombría cayó entre ambos. El arrebato de amor que había surgido en ella se lo prodigó a Donald, su varoncito, reconociéndolo casi con asombro como parte de su vida.

Al año siguiente, una acumulación de responsabilidades e intereses mutuos y un extraviado destello del pasado unieron nuevamente a marido y mujer: pero después de una crecida de pasión un tanto patética, Evylyn se dio cuenta de que su gran oportunidad ya había pasado. Simplemente no quedaba nada. Ella sola podría haber sido la juventud y el amor por los dos: pero ese tiempo de silencio había secado lentamente los manantiales del afecto y su propio deseo de beber de nuevo de allí había muerto.

Comenzó por primera vez a buscarse amigas, a preferir libros que ya había leído, a coser un poco desde donde pudiera ver a sus dos hijos, por quienes tenía devoción. Se preocupaba por cosas pequeñas; si veía migas en

la mesa, su mente se iba de la conversación: estaba retrayéndose gradualmente hacia la edad madura.

Su trigésimo quinto cumpleaños fue excepcionalmente agitado, ya que esa noche recibirían invitados sin mucha anticipación, y a la tardecita, de pie ante la ventana de su habitación, se encontró bastante cansada. Diez años atrás se habría recostado a dormir, pero ahora sentía que las cosas requerían supervisión: las criadas estaban limpiando abajo, había chucherías por todo el piso, y seguro habría proveedores a los que había que hablarles imperativamente; y además había que escribirle una carta a Donald, que tenía catorce años y estaba en su primer año en la escuela de internado.

Casi se había decidido a recostarse de todas maneras, cuando oyó una repentina señal familiar de su hijita Julie desde abajo. Apretó los labios con las cejas crispadas hacia el centro y parpadeó.

—¡Julie! —llamó.

—¡Aarrhggg! —prolongó Julie con dolor. Luego la voz de Hilda, la segunda criada, subió flotando por las escaleras.

—Se cortó un poco, señora Piper.

Evylyn salió volando a su costurero, hurgó hasta encontrar un pañuelo roto y bajó corriendo. Un segundo después, Julie lloraba en sus brazos mientras ella buscaba el corte, cuyas evidencias vagas y desdeñosas aparecían en el vestido de Julie.

—¡Mi dedo gordo! —explicó Julie—. Ahhhh, me duele.

—Fue el bol este, el grrandes —dijo Hilda disculpándose—. Quedó en el piso mientras yo lustrraba el aparrador, y Yulie vino y se puso a toquetear. Se hizo un arrañón, no más.

Evylyn miró a Hilda con el ceño muy fruncido y, girando a Julie en su regazo con decisión, comenzó a romper jirones del pañuelo.

—A ver…, muéstrame, cariño.

Julie levantó el dedo y Evylyn se abalanzó.

—¡Ahí está!

Julie se examinó el pulgar vendado poco convencida. Lo dobló; el dedo se bamboleó. Una mirada complacida, interesada apareció en su cara manchada de lágrimas. Gimoteó y volvió a bambolearlo.

—¡Preciosa! —exclamó Evylyn y la besó, pero antes de salir de la habitación le asestó otra mirada ceñuda a Hilda. ¡Descuidada! Los sirvientes son todos así hoy en día. Si pudiera conseguir una buena irlandesa, pero ya no se conseguían; y estas suecas…

A las cinco, llegó Harold y subió a la habitación de ella a amenazarla en un tono sospechosamente jovial con darle treinta y cinco besos por su cumpleaños. Evylyn se resistió.

—Estuviste tomando —le dijo seca, y luego agregó cualitativamente—: un poco. Sabes que odio el olor.

—Evie —dijo él, luego de una pausa, sentándose en una silla junto a la ventana—, ahora puedo contarte algo. Supongo que sabes que las cosas en el centro no han andado muy bien.

Ella estaba de pie junto a la ventana peinándose, pero al oír estas palabras se dio vuelta y lo miró.

—¿A qué te refieres? Siempre dijiste que había lugar para más de una ferretería mayorista en la ciudad —su voz expresaba cierta alarma.

—*Había* —dijo Harold de manera sugerente—, pero este Clarence Ahearn es un hombre inteligente.

—Me sorprendió cuando dijiste que venía a cenar.

—Evie —continuó, dándose otra palmada en la rodilla—, a partir del primero de enero la «Compañía Clarence Ahearn» se convierte en la «Compañía Ahearn-Piper»; y «Piper Hermanos» deja de existir como empresa.

Evylyn se sobresaltó. Escuchar su apellido en segundo lugar le resultaba en cierto modo hostil; pero él parecía jubiloso.

—No entiendo, Harold.

—Bueno, Evie, Ahearn ha estado coqueteando con Marx. Si esos dos se hubieran asociado, nosotros habríamos quedado como la tienda chica, luchando por subsistir, tomando los pedidos más pequeños, evitando riesgos. Es una cuestión de capital, Evie, y «Ahearn y Marx» habría acaparado el negocio de la misma manera que lo hará ahora «Ahearn y Piper» —se calló y tosió, y una nubecita de whisky flotó hasta la nariz de ella—. Para decirte la verdad, Evie, sospecho que la esposa de Ahearn tuvo algo que ver con esto. Me dicen que es una mujercita ambiciosa. Supongo que sabía que los Marx no podían ofrecerle mucho aquí.

—¿Es… vulgar? —preguntó Evie.

—No la conozco, estoy seguro…, pero no lo dudo. El nombre de Clarence Ahearn circula hace cinco meses por el club de campo… y no se hizo nada al respecto —agitó la mano con desdeño—. Ahearn y yo almorzamos juntos hoy y ya casi lo cerramos, así que pensé que sería bueno que vinieran él y la esposa esta noche (somos solo nueve, la mayoría familia). Después de todo, es importante para mí, y por supuesto vamos a tener que verlos seguido, Evie.

—Sí —dijo Evie pensativa—, supongo que sí.

A Evylyn no le preocupaba el aspecto social, pero la idea de que «Piper Hermanos» se convirtiera en la «Compañía Ahearn-Piper» la inquietaba. Le parecía que era bajar de categoría.

Media hora después, cuando empezaba a cambiarse para la cena, escuchó la voz de él abajo.

—¡Evie, baja!

Salió al pasillo y le respondió por sobre la barandilla:

—¿Qué pasa?

—Quiero que me ayudes a preparar un poco de ese ponche antes de la cena.

Se reabrochó el vestido rápidamente y al bajar las escaleras lo encontró agrupando las cosas esenciales en la mesa del comedor. Fue hasta el aparador, levantó uno de los boles y lo acercó.

—No —protestó él—, usemos el grande. Vamos a ser Ahearn y la esposa, tú y yo y Milton, ahí somos cinco, y Tom y Jessie, vamos siete, y con tu hermana y Joe Ambler, nueve. No sabes lo rápido que se baja eso cuando lo preparas tú.

—Usemos este bol —insistió ella—. Entra bastante. Ya sabes cómo es Tom.

Tom Lowrie, el esposo de Jessie, la prima hermana de Harold, tenía inclinación a terminarse cualquier cosa líquida una vez que empezaba.

Harold negó con la cabeza.

—No seas tonta. En ese entran solo tres cuartos de galón y somos nueve, y los sirvientes van a querer un poco; y no es un ponche fuerte. Es tanto más festivo si es abundante, Evie; no tenemos que tomarlo todo.

—Yo digo que usemos el pequeño.

Negó otra vez con la cabeza, obstinado.

—No, sé razonable.

—Yo *soy* razonable —dijo en seco—. No quiero borrachos en la casa.

—¿Y quién dijo que sí querías?

—Entonces usa el pequeño.

—Vamos, Evie…

Él agarró el bol pequeño para devolverlo a su lugar. Al instante las manos de ella estaban sobre el bol, reteniéndolo. Hubo un forcejeo momentáneo y luego, con un gruñidito exasperado, él levantó su lado para librarlo de los dedos de ella y lo llevó al aparador.

Ella lo miró y trató de poner una expresión despectiva, pero él solo se rio. Reconociendo la derrota, pero negando todo futuro interés en el ponche, ella salió de la habitación.

III

A las siete y media, con las mejillas radiantes y el pelo recogido en alto, resplandeciente con una traza de brillantina, Evylyn bajó las escaleras. La señora Ahearn, una mujercita que ocultaba un leve nerviosismo bajo una cabellera roja y un exagerado vestido estilo imperio, la saludó locuaz. A Evylyn le cayó mal al instante, pero el marido sí le cayó en cierta gracia. Tenía ojos azules penetrantes y un don natural de agradar a la gente que podría haberlo consagrado socialmente, de no haber cometido el desatino tan obvio de casarse demasiado pronto en su carrera.

—¡Qué gusto conocer a la esposa de Piper! —dijo él con sencillez—. Parece que su esposo y yo vamos a vernos mucho en el futuro.

Ella hizo una reverencia, sonrió con cortesía y giró para saludar a los demás: Milton Piper, el retraído y callado hermano menor de Harold; los dos Lowrie, Jessie y Tom; Irene, su propia hermana soltera; y por último Joe Ambler, soltero consolidado y eterno pretendiente de Irene.

Harold los condujo a la cena.

—Vamos a tener una velada de ponche —anunció jovial (Evylyn vio que ya había probado su brebaje)—, así que no habrá otros cócteles más que el ponche. Es el mayor logro de mi esposa, señora Ahearn; le dará la receta si usted quiere; pero debido a una ligera —captó la mirada de su esposa e hizo una pausa—, a una ligera indisposición, yo soy el responsable de esta partida. ¡Salud!

Durante toda la cena hubo ponche; y Evylyn, al notar que Ahearn y Milton Piper y todas las mujeres le decían que no a la criada sacudiendo la cabeza, supo que había tenido razón sobre el bol: todavía estaba lleno hasta la mitad. Resolvió advertir a Harold inmediatamente después de la cena, pero cuando las mujeres dejaron la mesa, la señora Ahearn la arrinconó y se encontró hablando de ciudades y modistas con una muestra educada de interés.

—Nos mudamos mucho —conversaba la señora Ahearn, al tiempo que su cabeza pelirroja asentía violentamente—. Ay, sí, nunca nos habíamos quedado tanto tiempo en una misma ciudad; pero espero que acá nos quedemos para siempre. Me gusta este lugar, ¿y a usted?

—Bueno, lo que pasa es que yo viví siempre acá, así que es natural…

—Eso es verdad —dijo la señora Ahearn y se rio—. Clarence siempre me decía que él tenía que tener una esposa a la que pudiera venir y decirle: «Bueno, nos vamos a vivir a Chicago mañana, así que empaca». Llegué al punto en que no esperaba vivir en ningún lado —se rio otra vez con su risita; Evylyn sospechaba que era su risa para la alta sociedad.

—Su esposo es un hombre muy capaz, me imagino.

—Ay, sí —le aseguró la señora Ahearn con avidez—. Es listo Clarence. Ideas y entusiasmo, ¿sabe? Descubre qué quiere y entonces va y lo consigue.

Evylyn asintió. Se preguntaba si los hombres todavía estarían tomando ponche en el comedor. La historia de la señora Ahearn seguía desarrollándose a sacudidas, pero Evylyn había dejado de escuchar. El primer olor a cigarros en masa empezó a llegar. No era realmente una casa grande, reflexionó; en una noche como esta, la biblioteca a veces se ponía azul del humo, y al día siguiente había que dejar las ventanas abiertas varias horas para airear la rancidez intensa de las cortinas. Tal vez esta nueva asociación podría…; comenzó a especular con una casa nueva…

La voz de la señora Ahearn llegó hasta ella poco a poco:

—Realmente quisiera la receta si la tiene escrita en algún lado…

Luego hubo un ruido de sillas en el comedor y los hombres entraron distendidos. Evylyn vio enseguida que sus peores miedos se habían hecho realidad. La cara de Harold estaba enrojecida y las palabras se le juntaban al final de las oraciones, mientras que Tom Lowrie se tambaleaba al caminar y esquivó por poco el regazo de Irene cuando intentó hundirse junto a ella en el sofá. Se quedó sentado parpadeando aturdido ante el grupo. Evylyn se encontró parpadeándole en respuesta, pero no veía nada de gracioso en eso. Joe Ambler sonreía satisfecho y ronroneaba con su cigarro. Solo Ahearn y Milton Piper parecían no estar afectados.

—Es un muy buen pueblo, Ahearn —dijo Ambler—, ya lo verás.

—Me dio esa impresión —dijo Ahearn en tono afable.

—Te va a dar más esa impresión, Ahearn —dijo Harold, asintiendo enfáticamente—, si yo puedo hacer algo al respecto.

Se despachó con un elogio de la ciudad, y Evylyn se preguntó incómoda si aburría a todos como a ella. Aparentemente no. Estaban todos escuchando con atención. Evylyn interrumpió en el primer hueco.

—¿Dónde han estado viviendo, señor Ahearn? —le preguntó con interés. Entonces recordó que la señora Ahearn le había contado, pero no importaba.

Harold no debía hablar tanto. Era tan *imbécil* cuando tomaba. Pero él se volvió a meter de lleno.

—Te digo, Ahearn. Lo primero e' conseguir una cass-a acá en la colina. Consigue la cass-a de Stearne o la de Ridgeway. La tienes que tener como pa' que la gente diga: «Esa es la cass-a de Ahearn». Solidez, ¿sabes?, ese efegto da.

Evylyn enrojeció. Esto no sonaba nada bien. Pero Ahearn no parecía notar nada inapropiado, solo asentía serio.

—¿Ha estado buscando…? —pero las palabras de ella se apagaron sin ser oídas mientras la voz de Harold seguía bramando.

—Conseguir cass-a; lo primero. Luego conoces gente. Pueblo prejuicioso al principio con los de afuera, pero no mucho tiempo, no despué' conocerte. Gente como ustede'—señaló a Ahearn y su esposa con un gesto envolvente —, bien. Cordiales como nadie una ve' pasan la primera barriera-barr-barriera… —tragó y luego dijo «barrera» y lo repitió magistralmente.

Evylyn miró suplicante a su cuñado, pero antes de que él pudiera interceder, un tropel de balbuceo denso salió de Tom Lowrie, obstaculizado por el cigarro apagado que agarraba firme con los dientes.

—Jome ome jo jome adi om…

—¿Qué? —instó Harold serio.

Resignado y con dificultad, Tom se sacó el cigarro; en realidad, se sacó parte del cigarro y luego escupió lo que le quedaba con un *sfut* hasta el otro lado de la habitación, donde aterrizó líquida y lánguidamente en el regazo de la señora Ahearn.

—Mis disculpa' —balbuceó, y se levantó con la vaga intención de ir a buscarlo. La mano de Milton en su saco lo derribó a tiempo, y la señora Ahearn, no sin gracia, expulsó el tabaco de su falda hacia el piso, sin mirarlo ni una vez.

—Decía —continuó Tom, denso—, ante' que pasara eso —agitó la mano a modo de disculpa hacia la señora Ahearn—, decía que me dijeron to'o cierto el asunto ese del clu' de campo.

Milton se inclinó y le susurró algo.

—Déjam' en pah —dijo petulante—, yo sé lo que hago. Par'eso vinieron.

Evylyn permaneció allí sentada, en pánico, intentando que su boca formara palabras. Veía la expresión sardónica de su hermana y que la cara de la señora Ahearn se ponía de un rojo vívido. Ahearn tenía la mirada hacia abajo en la cadena de su reloj y jugueteaba con ella.

—Ejcuché quién lo’stá dejando afuera, y no e’ ni un poco mejor que usté’. Pue’o arreglar todo el maldito asunto. Ya lo hubiera hecho, pero no lo conocía. Harol’ me contó q’ usté’ ’staba moless-to con el asunto…

Milton Piper de repente se levantó con torpeza. En un segundo todos estaban de pie tensos y Milton decía algo muy deprisa sobre tener que irse temprano y los Ahearn escuchaban con ávida atención. Luego la señora Ahearn tragó y giró con una sonrisa forzada hacia Jessie. Evylyn vio que Tom se tambaleaba hacia adelante y apoyaba la mano sobre el hombro de Ahearn… Y de repente estaba escuchando una nueva, ansiosa voz a su costado, y al girar vio a Hilda, la segunda criada.

—Por favor, señorra Piper, creo que Yulie tiene la mano infetada. La tiene todo hinchada y tiene los cachete caliente y está que se queja y gimiendo…

—¿Julie? —preguntó Evylyn cortante. La reunión se desvaneció de repente. Ella giró rápido, buscó con los ojos a la señora Ahearn, se deslizó hacia ella.

—Si me disculpa, señora… —se había olvidado por un momento del nombre, pero siguió igual—, mi nena está enferma. Bajaré en cuanto pueda.

Giró y subió rápido las escaleras, reteniendo una imagen confusa de rayos de humo de cigarro y una conversación en tono subido en el centro de la sala que parecía estar convirtiéndose en una discusión.

Tras encender la luz del dormitorio de los chicos, encontró a Julie febril dando vueltas en la cama y soltando unos quejiditos extraños. Le puso la mano en las mejillas. Estaban hirviendo. Con una exclamación siguió el brazo debajo de las sábanas hasta encontrar la mano. Hilda tenía razón. Todo el pulgar estaba hinchado hasta la muñeca y en el centro había una pequeña lastimadura inflamada. ¡Infección en la sangre!, gritó aterrorizada su mente. El vendaje se había salido del corte y algo se le había metido adentro. Se había cortado a las tres, ahora eran casi las once. Ocho horas. Una infección en la sangre no se podía desarrollar tan pronto. Corrió hacia el teléfono.

El doctor Martin, que vivía enfrente, no estaba. El doctor Foulke, el médico de la familia, no contestaba. Se rompió los sesos y en la desesperación llamó a su especialista en garganta, y se mordió el labio furiosamente mientras él le buscaba los números de dos médicos. Durante ese momento interminable le pareció escuchar voces fuertes abajo, pero sentía ahora que estaba en otro mundo. Pasados quince minutos, pudo localizar a un médico que sonaba enojado y malhumorado por tener que salir de la cama. Corrió de nuevo hacia el dormitorio y al mirar la mano vio que estaba un poco más hinchada.

—¡Ay, Dios! —gritó y, arrodillándose junto a la cama, comenzó a acariciar el pelo de Julie una y otra vez.

Con una vaga idea de conseguir un poco de agua caliente, se levantó y empezó a caminar hacia la puerta, pero se le enganchó el encaje del vestido en la barandilla de la cama y se cayó hacia delante de manos y rodillas. Se levantó con esfuerzo y tironeó frenética del encaje. La cama se movió y Julie gimió. Luego, más silenciosa, pero con dedos repentinamente torpes, encontró el pliegue de la falda, se arrancó completamente el tontillo y salió corriendo del dormitorio.

En el pasillo oyó una única voz insistente y fuerte, pero al llegar a la cima de las escaleras, la voz cesó y una puerta exterior se cerró de un golpe.

La sala de música entró en su campo visual. Allí solo estaban Harold y Milton, el primero inclinado contra una silla, con la cara muy pálida, el cuello desprendido y la boca que se le movía suelta.

—¿Qué pasa?

Milton la miró nervioso.

—Hubo un problemita…

Entonces Harold la vio y, enderezándose con un esfuerzo, comenzó a hablar.

—Inss-ultar mi propio primo mi propia ’asa. Maldito vulgarr nue’o rico. Inshultar mi propio primo…

—Tom tuvo un problema con Ahearn y Harold interfirió —dijo Milton.

—Por Dios, Milton —exclamó Evylyn—, ¿no podrías haber hecho algo?

—Traté, tra…

—Julie está enferma —interrumpió—, tiene una infección. Llévalo a la cama si puedes.

Harold levantó la mirada.

—¿Julie enferma?

Sin prestar atención, Evylyn salió por el comedor, donde divisó, con una punzada de horror, el gran bol del ponche todavía sobre la mesa, con el líquido del hielo derretido en el fondo. Oyó pasos en las escaleras principales (era Milton ayudando a Harold a subir) y luego un balbuceo:

—Pero Julie ejtá bien.

—¡No lo dejes entrar en la habitación de los chicos! —gritó ella.

Las horas se confundieron como en una pesadilla. El médico llegó justo antes de la medianoche y en media hora había abierto la herida con una lanceta. Se fue a las dos después de darle la dirección de dos enfermeras a

quienes llamar y de prometerle regresar a las seis y media. Era infección en la sangre.

A las cuatro dejó a Hilda junto a la cama y se fue a su habitación, y, quitándose con un escalofrío el vestido de noche, lo pateó hacia una esquina. Se puso un vestido de entrecasa y volvió al dormitorio de Julie mientras Hilda se iba a preparar café.

Hasta el mediodía no se resolvió a mirar en la habitación de Harold, pero cuando miró, lo encontró despierto y muy triste con la vista fija en el techo. Volvió hacia ella unos ojos inyectados, hundidos. Por un segundo lo odió, no pudo hablar. Una voz ronca salió de la cama.

—¿Qué hora es?

—Mediodía.

—Quedé como un imbécil…

—No importa —dijo ella cortante—. Julie tiene infección en la sangre. Es posible… —se atragantó con las palabras—, creen que va a tener que perder la mano.

—¿Qué?

—Se cortó con ese…, ese bol.

—¿Anoche?

—Ay, ¿qué importa? —exclamó—. Tiene infección en la sangre, ¿no oíste?

Él la miró desconcertado; se sentó a medias en la cama.

—Voy a vestirme —dijo.

El enojo de ella cedió y la arrolló una gran ola de cansancio y pena por él. Después de todo, era un problema de él también.

—Sí —respondió apática—, supongo que deberías.

IV

Si la belleza de Evylyn había vacilado al entrar ella en sus treinta, llegó a una decisión abrupta poco después y la dejó para siempre. Un trazado tentativo de arrugas en su cara se profundizó de repente y la carne se le acumuló con rapidez en las piernas y las caderas y los brazos. El gesto de juntar las cejas se había convertido en una expresión: era habitual cuando leía o hablaba e incluso mientras dormía. Tenía cuarenta y seis.

Como en la mayoría de las familias cuyas fortunas se han venido abajo en vez de ir en alza, ella y Harold se habían sumido en una especie de antagonismo sin color. En reposo se miraban con la tolerancia que habrían

sentido por viejas sillas rotas; Evylyn se preocupaba un poco cuando él se enfermaba y hacía su mayor esfuerzo por mantenerse alegre bajo la agotadora depresión de vivir con un hombre decepcionado.

El *bridge* familiar había terminado por esa noche y ella suspiró con alivio. Había cometido más errores de lo habitual esta noche pero no le importaba. Irene no debería haber hecho ese comentario de que la infantería era particularmente peligrosa. Iban tres semanas ya sin que llegara carta y, si bien esto no era para nada inusual, nunca dejaba de ponerla nerviosa: naturalmente no sabía cuántos tréboles habían salido.

Harold había subido, así que ella salió al porche a tomar aire fresco. Un radiante encanto de luz de luna se difuminaba en las veredas y frentes de césped, y con algo que fue mitad bostezo, mitad risa, recordó una larga aventura de su juventud a la luz de la luna. Era asombroso pensar que la vida alguna vez había sido la suma de sus aventuras amorosas del momento. Ahora era la suma de sus problemas del momento.

Estaba el problema de Julie: Julie tenía trece años y últimamente se sentía cada vez más y más sensible por su deformidad y prefería quedarse siempre en su habitación leyendo. Unos años atrás la asustó la idea de ir a la escuela, y Evylyn no pudo decidirse a mandarla, por lo que creció a la sombra de su madre, una figurita penosa con una mano artificial que no hacía ningún intento de usar, sino que la dejaba abandonada en su bolsillo. En el último tiempo, había estado tomando clases para usarla porque Evylyn había temido que dejara de levantar el brazo por completo. Pero luego de las clases, a menos que la moviera en apática obediencia a su madre, la manito volvía a escurrirse al bolsillo del vestido. Durante un tiempo, le habían hecho vestidos sin bolsillo, pero Julie se había pasado un mes deambulando cabizbaja por la casa, tan desdichadamente perdida que Evylyn se ablandó y jamás volvió a probar el experimento.

El problema de Donald había sido diferente desde el comienzo. Había intentado en vano mantenerlo cerca de la misma manera que había intentado enseñarle a Julie a apoyarse menos en ella; en el último tiempo, el problema de Donald se lo habían arrebatado de las manos; su división llevaba tres meses en el exterior.

Volvió a bostezar: la vida era algo para la juventud. ¡Qué juventud feliz debía de haber tenido! Recordaba a su poni, Bijou, y el viaje a Europa con su madre cuando tenía dieciocho…

—Muy, muy complicado —dijo en voz alta y con severidad a la luna y, volviendo adentro, estaba por cerrar la puerta cuando oyó un ruido en la

biblioteca y se sobresaltó.

Era Martha, la sirvienta de mediana edad: tenían una sola ahora.

—¡Martha! —dijo sorprendida.

Martha se dio vuelta rápido.

—Ah, pensé que estaba arriba. Solo iba…

—¿Pasó algo?

Martha vaciló.

—No, yo… —se quedó allí inquieta—. Era una carta, señora Piper, que puse en alguna parte.

—¿Una carta? ¿Una carta tuya? —le preguntó Evylyn, encendiendo la luz.

—No, era para uste'. Llegó 'sta tarde, señora Piper, con el último correo. El cartero me la dio y luego sonó el timbre de la puerta trasera. La tenía en la mano, así que la debo de haber puesto en alguna parte. Pensé venir a buscarla ahora.

—¿Qué tipo de carta? ¿Del señor Donald?

—No, era una publicidad, capaz, o una carta comercial. Era larga, angosta, me acuerdo.

Empezaron la búsqueda por la sala de música, mirando en las bandejas y repisas, y siguieron por la biblioteca, tanteando encima de filas de libros. Martha hizo una pausa desesperanzada.

—No se me ocurre dónde. Fui derecho a la cocina. En el comedor, capaz —se dirigió esperanzada hacia el comedor, pero giró de repente al oír un gemido a sus espaldas. Evylyn se había desplomado en un sillón Morris, con las cejas muy juntas y los ojos parpadeando furiosamente.

—¿Se siente mal?

Durante un minuto no hubo respuesta. Evylyn se quedó sentada muy quieta y Martha podía ver el subir y bajar muy veloz de su pecho.

—¿Se siente mal? —repitió.

—No —dijo Evylyn despacio—, pero ya sé dónde está la carta. Vete, Martha. Ya sé.

Martha se retiró, perpleja, y Evylyn siguió sentada allí; solo se le movían los músculos de alrededor de los ojos: se contraían y se relajaban y volvían a contraerse. Ya sabía dónde estaba la carta: lo sabía con tanta certeza como si la hubiera puesto ella misma ahí. Y sintió de manera instintiva e incuestionable cuál era el contenido de la carta. Era larga y angosta como una publicidad, pero en la esquina, en letras grandes decía «Departamento de Guerra» y en letras más chicas, debajo, «Asunto oficial». Sabía que estaba allí

en el gran bol, con su nombre escrito en tinta por fuera y la muerte de su alma adentro.

Levantándose dudosa, caminó hacia el comedor, tanteando el camino por los estantes de la biblioteca y a través de la puerta. Después de un instante, encontró la luz y la encendió.

Ahí estaba el bol, reflejando la luz eléctrica en cuadrados carmín con borde negro y cuadrados amarillos con borde azul, ponderoso y brillante, grotesco y triunfalmente ominoso. Dio un paso adelante y volvió a detenerse; otro paso y podría ver por encima hacia el interior; otro paso y podría ver un borde blanco; otro paso; sus manos cayeron sobre la fría superficie irregular…

En un segundo la abría de un tirón, luchaba torpemente con un pliegue obstinado, la sostenía frente a ella mientras la página escrita a máquina se asomaba refulgente y la acometía. Luego revoloteó hasta el piso como un pájaro. La casa, que había parecido resonar, zumbar un momento atrás, estaba de pronto muy calma; una bocanada de aire se metió sigilosa por la puerta principal abierta trayendo el ruido de un

automóvil que pasaba; oyó sonidos vagos de arriba y luego un chirrido estruendoso en la tubería detrás de los estantes de la biblioteca: su esposo cerrando una llave del agua…

Y en ese instante fue como si esa no fuera, después de todo, la hora de Donald excepto en tanto él era un marcador en la insidiosa contienda que se había desarrollado en oleadas repentinas y largos, apáticos interludios entre Evylyn y esta fría belleza maligna, un regalo de enemistad de un hombre cuyo rostro ya había olvidado hacía tiempo. Con su enorme pasividad amenazante, estaba allí en el centro de su casa como había estado todos estos años, arrojando gélidos rayos de mil ojos, brillos perversos que se fusionaban entre sí, sin envejecer jamás, sin cambiar jamás.

Evylyn se sentó en el borde de la mesa y miró el bol fascinada. Parecía sonreír ahora, con una sonrisa muy cruel, como diciendo:

«Ya ves, esta vez no tuve que lastimarte a ti directamente. Ni me tomé la molestia. Sabes que fui yo quien se llevó a tu hijo. Sabes lo frío y lo duro y lo hermoso que soy, porque alguna vez tú fuiste igual de fría y dura y hermosa».

De pronto el bol pareció darse vuelta y luego dilatarse y expandirse hasta convertirse en un gran dosel que brillaba y temblaba sobre la habitación, sobre la casa y, a medida que las paredes se fundían lentamente en niebla, Evylyn vio que el bol seguía extendiéndose, lejos de ella, dejando afuera horizontes lejanos y soles y lunas y estrellas, que se volvieron manchas

oscuras vislumbradas a través de él. Y debajo caminaba toda la gente, y la luz que pasaba hacia ellos se refractaba y se torcía hasta que la sombra parecía luz y la luz parecía sombra… hasta que todo el panorama del mundo se alteró y se distorsionó bajo el centelleante cielo del bol.

Luego vino una voz lejana y atronadora como una campana baja, clara. Vino del centro del bol y bajó por los inmensos costados hasta el piso, y luego rebotó hacia ella con avidez.

—Ya ves, soy el destino —gritó—, y soy más fuerte que tus míseros planes; y soy el devenir de las cosas y soy diferente de tus sueños insignificantes, y soy el paso del tiempo y el fin de la belleza y el deseo incumplido; todos los accidentes y lo inadvertido y los ínfimos minutos que dan forma a las horas cruciales son míos. Yo soy la excepción que no prueba ninguna regla, los límites de tu control, el condimento en el plato de la vida.

El sonido atronador cesó; los ecos se alejaron rodando por la vasta tierra hasta el borde del bol que confinaba al mundo y hacia arriba por los inmensos costados y de vuelta al centro donde murmuraron por un momento hasta apagarse. Luego las inmensas paredes comenzaron lentamente a venirse encima de ella, cada vez más y más chicas, cada vez más y más cerca como para aplastarla; y cuando ella apretó las manos esperando la magulladura rápida del cristal frío, el bol dio un sacudón repentino y se dio vuelta… y quedó allí en el aparador, resplandeciente e inescrutable, reflejando en cientos de prismas un sinfín de coloridos destellos y centellas y cruces y entrelazamientos de luz.

El viento frío entró soplando de nuevo por la puerta principal, y con una energía desesperada, frenética, Evylyn estiró ambos brazos en torno al bol. Debía ser rápida; debía ser fuerte. Apretó los brazos hasta que le dolieron, tensó las delgadas tiras de músculo bajo su carne blanda y con un gran esfuerzo lo levantó y lo sostuvo. Sintió el viento frío que le soplaba en la espalda donde se le había rasgado el vestido por la tensión del esfuerzo, y al sentirlo giró en esa dirección y tambaleándose bajo el gran peso atravesó la biblioteca y siguió hacia la puerta principal. Debía ser rápida; debía ser fuerte. La sangre le latía débil en los brazos y las rodillas cedían constantemente bajo su peso, pero el contacto con el cristal frío era agradable.

Salió dando tumbos por la puerta principal y llegó hasta los escalones de piedra, y allí, reuniendo cada fibra de su cuerpo y su alma para un último esfuerzo, tomó impulso con medio giro, por un segundo, cuando intentó soltar el agarre, sus dedos entumecidos se aferraron a la superficie irregular, y en

ese segundo se resbaló y, perdiendo el equilibrio, se desplomó hacia adelante con un grito desesperado, los brazos todavía alrededor del bol… cayendo…

A lo largo del camino se encendieron las luces; el estallido se escuchó hasta el fondo de la cuadra, y corrieron al lugar peatones extrañados; en el primer piso, un hombre agobiado se despertó del borde del sueño y una niña lloriqueó en una duermevela atormentada. Y por toda la vereda iluminada por la luna, alrededor de la forma negra, inmóvil, cientos de prismas y cubos y astillas de cristal reflejaban la luz en pequeños destellos de azul, y negro con borde amarillo, y amarillo, y carmín con borde negro.

Berenice se corta el cabello a lo bob

I

Los sábados después del anochecer, uno podía pararse en el primer tee de la cancha de golf y ver las ventanas del club de campo como una extensión amarilla sobre el oleaje de un océano muy negro. Las olas de este océano, por así decirlo, eran las cabezas de abundantes *caddies* curiosos, algunos de los más ingeniosos de los choferes, la hermana sorda del jugador profesional de golf; y había por lo general varias olas descarriadas, tímidas, que podrían haber rodado hacia dentro, de haber querido. Todo eso era la galería.

La platea estaba adentro. Consistía en un círculo de sillas de mimbre dispuestas contra la pared de lo que funcionaba como salón social y de baile. En estos bailes de los sábados a la noche la platea era en su mayor parte femenina; una gran babel de mujeres de mediana edad, ojos agudos y corazones helados detrás de impertinentes y bustos amplios. La función principal de la platea era la crítica. En ocasiones, mostraba admiración reticente, pero nunca aprobación, ya que es bien sabido entre las damas de más de treinta y cinco que cuando los jóvenes bailan en el verano es con las peores intenciones del mundo, y que, si no se los bombardea con ojos de piedra, las parejas descarriadas bailarán insólitos interludios bárbaros en los rincones y a las muchachas más populares, más peligrosas, las besarán a veces en las limusinas estacionadas de desprevenidas viudas de alcurnia.

Pero, a fin de cuentas, este círculo crítico no está lo suficientemente cerca del escenario como para ver las caras de los actores y percibir las sutilezas de la acción secundaria. Solo pueden fruncir el entrecejo e inclinarse, hacer preguntas y formular deducciones satisfactorias a partir de su conjunto de postulados, como el que establece que todo muchacho de ingresos altos lleva la vida de una perdiz en un coto de caza. Nunca aprecian en verdad el drama del mundo cambiante, semicruel de la adolescencia. No; los palcos, la platea baja, los protagonistas y el coro están representados por el popurrí de caras y

voces que se mecen al son del lastimero ritmo africano de la orquesta de baile de Dyer.

Desde Otis Ormonde, de dieciséis años y con dos años más por delante en la escuela Hill, hasta G. Reece Stoddard, que tiene colgado sobre el escritorio de su casa un diploma en Derecho de Harvard; desde la pequeña Madeleine Hogue, a quien todavía le extraña e incomoda llevar el cabello recogido sobre la cabeza, hasta Bessie MacRae, que ha sido el alma de la fiesta un poco más de la cuenta (más de diez años): el popurrí no es solo el centro del escenario, sino que contiene a las únicas personas capaces de verlo en su totalidad.

Con una floritura y una estridencia termina la música. Las parejas intercambian sonrisas artificiales sin esfuerzo, repiten en broma «tararán chanchán» y luego el barullo de jóvenes voces femeninas se eleva sobre el estallido de aplausos.

Algunos solteros decepcionados, sorprendidos en mitad de la pista a punto de sacar a bailar a una chica, se replegaron apáticos hacia las paredes, porque este baile no era como los caóticos de Navidad; estos eventos de verano se consideraban tan solo placenteramente cálidos y emocionantes; en ellos, incluso los matrimonios más jóvenes se levantaban y bailaban viejos valses y aterradores *foxtrots* para el entretenimiento tolerante de sus hermanas y hermanos menores.

Warren McIntyre, indiferente alumno de Yale y uno de los desafortunados solteros, tanteó su saco de noche buscando un cigarrillo y caminó ocioso hacia la amplia veranda semioscura, donde había parejas desperdigadas por las mesas, que llenaban de palabras vagas y risas difusas la noche de faroles colgantes. Saludó con la cabeza aquí y allá a los menos absortos y al pasar junto a cada pareja se le representaba en la mente algún fragmento semiolvidado de una historia, ya que no era una ciudad grande y todos sabían quién era quién en el pasado de los demás. Allí, por ejemplo, estaban Jim Strain y Ethel Demorest, que llevaban tres años comprometidos en privado. Todos sabían que, en cuanto Jim lograra conservar un trabajo más de dos meses, se casarían. Sin embargo, qué aburridos se los veía, y con qué agotamiento miraba a veces Ethel a Jim, como si se preguntara por qué había guiado las vides de su afecto hacia un álamo tan sacudido por el viento.

Warren tenía diecinueve años y en cierto modo sentía pena por aquellos amigos que no se habían ido a alguna universidad del este. Pero, como la mayoría de los muchachos, alardeaba tremendamente sobre las chicas de su ciudad cuando se hallaba afuera. Estaba Genevieve Ormonde, que con regularidad hacía las rondas de bailes, fiestas en casas y partidos de fútbol

americano en Princeton, Yale, Williams y Cornell; estaba Roberta Dillon, de ojos negros, que era tan famosa entre su propia generación como Hiram Johnson o Ty Cobb[28]; y, por supuesto, estaba Marjorie Harvey, que, además de tener cara de hada y una lengua extraordinaria y desconcertante, ya era aclamada con justa razón por haber hecho cinco volteretas seguidas durante el último baile de charol y tacón en New Haven.

Warren, que había crecido enfrente de lo de Marjorie, estaba «loco por ella» desde hacía tiempo. A veces ella parecía corresponderle con leve gratitud, pero lo había sometido a su prueba infalible y le había informado seriamente que no lo amaba. Su prueba era que, cuando estaba lejos, se olvidaba de él y tenía aventuras con otros muchachos. A Warren esto le resultaba desalentador, especialmente porque Marjorie había estado haciendo viajecitos todo el verano y, durante los primeros dos o tres días posteriores a cada regreso, él veía sobre la mesa del recibidor de los Harvey pilas de correspondencia dirigida a ella en diversas caligrafías masculinas. Para empeorar las cosas, durante todo el mes de agosto había venido a visitarla su prima Berenice desde Eau Claire y parecía imposible verla a solas. Siempre había que ir a la caza de alguien que se ocupara de Berenice. Al menguar agosto, esto se hacía cada vez más difícil.

Por mucho que Warren venerara a Marjorie, tenía que admitir que la prima Berenice no tenía mucho talento. Era bonita, de pelo oscuro y piel morena, pero en las fiestas no era muy divertida que digamos. Todos los sábados a la noche él bailaba con ella un largo, arduo baile de compromiso para complacer a Marjorie, pero nunca había sentido más que aburrimiento en su compañía.

—Warren.

Una voz suave a la altura del codo le interrumpió los pensamientos y, al girar, vio a Marjorie, sonrojada y radiante como de costumbre. Ella le puso una mano en el hombro y un rubor se posó casi imperceptiblemente sobre él.

—Warren —le susurró—, hazme un favor: baila con Berenice. Hace casi una hora que está clavada con el pequeño Otis Ormonde.

El rubor de Warren se desvaneció.

—Pues… claro —respondió sin entusiasmo.

—No te molesta, ¿no? Voy a asegurarme de que no te quedes clavado.

—No hay problema.

Marjorie sonrió; esa sonrisa que bastaba como agradecimiento.

—Eres un ángel, te debo mil.

Con un suspiro, el ángel echó un vistazo por la veranda, pero Berenice y Otis no estaban a la vista. Volvió a entrar y afuera del vestidor de mujeres encontró a Otis en el centro de un grupo de muchachos que estaban llorando de la risa. Otis blandía un pedazo de madera que había levantado y disertaba locuazmente.

—Entró a arreglarse el pelo —anunció desaforado—. Estoy esperándola para bailar con ella otra hora.

Se renovó la risa.

—¿Por qué no la saca a bailar alguno de ustedes? —exclamó Otis resentido—. Prefiere más variedad.

—Pero, Otis —sugirió un amigo—, si apenas te acostumbras a ella.

—¿Por qué el listón, Otis? —interrogó Warren, sonriendo.

—¿El listón? Ah, ¿esto? Es un garrote. Cuando salga, le pego en la cabeza y la meto de nuevo adentro.

Warren se desplomó en un sofá y aulló de júbilo.

—No te preocupes, Otis —anunció finalmente—. Te libero yo esta vez.

Otis simuló un desmayo repentino y le dio el palo a Warren.

—Por si lo necesitas, hermano —le dijo con voz ronca.

Por más bella o brillante que sea una chica, la reputación de que no la reclaman mucho otros cuando está bailando con alguien la pone en una posición desafortunada en los bailes. Tal vez los muchachos prefieran su compañía a la de las mariposas con las que bailan una docena de veces por noche, pero la juventud en esta generación nutrida por el jazz es temperamentalmente inquieta, y la idea de foxtrotear más de un *foxtrot* completo con la misma chica le resulta desagradable, por no decir insufrible. Cuando se trata de varias piezas más los intervalos, ella puede estar bien segura de que un joven, una vez liberado, nunca volverá a pisotear sus pies impredecibles.

Warren bailó toda la pieza siguiente con Berenice y al fin, agradecido por el intervalo, la llevó hasta una mesa de la veranda. Hubo un momento de silencio mientras ella hacía cosas no muy impresionantes con su abanico.

—Hace más calor acá que en Eau Claire —dijo ella.

Warren reprimió un suspiro y asintió. Podría ser cierto; no sabía ni le importaba. Se preguntó con pereza si era mala conversadora porque no le prestaban atención o si no le prestaban atención porque era mala conversadora.

—¿Te quedas mucho más tiempo acá? —preguntó, y luego se puso muy colorado. Ella podría sospechar por qué le preguntaba.

—Una semana más —respondió ella, y lo miró como para embestir su próximo comentario en cuanto le saliera de la boca.

Warren se movió nervioso. Luego con un repentino impulso caritativo se decidió a probar uno de sus libretos con ella. Giró y la miró a los ojos.

—Tienes una boca de lo más besable —comenzó despacio. Este era un comentario que a veces les hacía a las chicas en los bailes universitarios de graduación cuando conversaban en la penumbra, tal como ahora. Berenice se sobresaltó perceptiblemente. Se puso de un rojo sin gracia y se volvió torpe con el abanico. Nadie le había hecho un comentario así antes.

—¡Descarado!

La palabra se le escapó sin que se diera cuenta, y se mordió el labio. Demasiado tarde decidió mostrarse divertida y le ofreció una sonrisa turbada. Warren se molestó. Si bien no estaba acostumbrado a que se tomaran en serio ese comentario, igual provocaba una carcajada o un párrafo de cháchara sentimental. Y odiaba que le dijeran «descarado», a menos que fuera en broma. Su impulso caritativo se extinguió y cambió de tema.

—Jim Strain y Ethel Demorest, sentados afuera como de costumbre —comentó.

Esto se acercaba más al libreto de Berenice, pero un leve arrepentimiento se mezcló con su alivio cuando el tema cambió. Los hombres no le hablaban a ella sobre bocas besables, pero sabía que sí les hablaban así a otras chicas.

—Ah, sí —dijo, y se rio—. Escuché que están dando vueltas desde hace años sin un mísero centavo. ¡Qué tontería, ¿no?!

El disgusto de Warren se acrecentó. Jim Strain era muy amigo de su hermano, y de cualquier forma le parecía de mala educación burlarse de la gente por no tener dinero. Pero Berenice no tenía intención de burlarse. Simplemente estaba nerviosa.

II

Cuando Berenice y Marjorie llegaron a su casa media hora pasada la medianoche, se dieron las buenas noches en la cima de las escaleras. Si bien eran primas, no eran íntimas. De hecho, Marjorie no tenía amigas íntimas mujeres; las chicas le parecían estúpidas. Berenice, al contrario, durante toda esta visita arreglada por sus padres había más bien deseado intercambiar esas confidencias, saborizadas con las risitas y lágrimas, que consideraba un factor indispensable de cualquier interacción femenina. Pero, en este sentido, descubrió que Marjorie era bastante fría; sentía de algún modo la misma

dificultad para hablar con ella que con los hombres. A Marjorie nunca se le escapaban risitas tontas, nunca tenía miedo, casi nunca se avergonzaba, y, de hecho, tenía muy pocas de las cualidades que Berenice consideraba apropiada y beatíficamente femeninas.

Esa noche, mientras Berenice se aplicaba al cepillo de dientes y la pasta, se preguntó por enésima vez por qué nunca recibía nada de atención cuando no estaba en su casa. Nunca se le ocurrió que el hecho de que su familia fuera la más rica de Eau Claire y que su madre recibiera gente constantemente, organizara cenas reducidas para su hija antes de cada baile y le hubiera comprado su propio automóvil para que paseara fueran los factores del éxito social en su pueblo. Como la mayoría de las chicas, la habían criado con la leche tibia preparada por Annie Fellows Johnston[29] y con novelas en las que la protagonista era amada por poseer ciertas misteriosas cualidades femeninas, siempre mencionadas pero nunca demostradas.

Berenice sintió un vago malestar por no estar ocupada en ser popular en este momento. No sabía que, de no haber sido por la campaña de Marjorie, habría bailado toda la noche con un solo hombre; pero sí sabía que incluso en Eau Claire otras chicas de menos posición y menos pulcritud recibían muchas más galanterías. Atribuía esto a algo sutilmente inescrupuloso en aquellas chicas. Nunca le había preocupado, pero de haber sido así, su madre le habría asegurado que las otras chicas se rebajaban y que los hombres en verdad respetaban a las chicas como Berenice.

Apagó la luz de su baño y siguiendo un impulso decidió ir a charlar un momento con su tía Josephine, que todavía tenía la luz encendida. Las zapatillas blandas la llevaron sin hacer ruido por el pasillo alfombrado, pero al oír voces adentro se detuvo cerca de la puerta entreabierta. Entonces oyó su propio nombre y, sin la intención definida de escuchar la conversación ajena, se quedó: y el hilo de la conversación que tenía lugar adentro le perforó filosamente la conciencia como si se lo hubieran pasado con una aguja.

—¡No tiene solución ella! —era la voz de Marjorie—. ¡Ay, ya sé lo que vas a decir! ¡Tanta gente te ha dicho lo linda y lo dulce que es, y lo bien que cocina! ¿Y con eso qué? La pasa mal. A los hombres no les gusta.

—¿Qué importa un poco de popularidad barata?

La señora Harvey sonaba molesta.

—Es lo único que importa cuando tienes dieciocho —dijo Marjorie categórica—. Hice todo lo que pude. Fui educada; hice que los hombres bailaran con ella, pero no se aguantan que los aburran. Cuando pienso en ese

hermoso color desperdiciado en semejante tonta; ¡y pensar lo que haría Martha Carey con eso!

—No hay cortesía en estos tiempos.

La voz de la señora Harvey implicaba que las situaciones modernas la superaban. Cuando era chica, todas las jóvenes de buena familia la pasaban estupendamente.

—Bueno —dijo Marjorie—, ninguna chica puede andar arrastrando permanentemente un ancla de visita, porque hoy en día es cada una por su cuenta. Incluso intenté deslizarle indirectas sobre ropa y esas cosas, y se ha puesto furiosa; me mira de una manera… Es bastante perceptiva para darse cuenta de que no está consiguiendo mucho, pero apuesto a que se consuela pensando que es muy virtuosa y que yo soy demasiado risueña y errática, y que voy a terminar mal. Todas las chicas impopulares piensan así. ¡Amargadas! ¡Sarah Hopkins nos llama «chicas gardenia» a Genevieve y a Roberta y a mí! Apuesto a que daría diez años de su vida y su educación europea por ser una chica gardenia y tener enamorados a tres o cuatro hombres y que la reclamen para bailar cada pocos pasos en los bailes.

—A mí me parece —interrumpió la señora Harvey con total agotamiento — que deberías poder hacer algo por Berenice. Sé que no es muy vivaz.

Marjorie gruñó.

—¡Vivaz! ¡Por favor! Nunca la escuché decirle nada a un chico excepto que hace calor o que la pista está llena o que va a ir a estudiar a Nueva York el año que viene. A veces les pregunta qué tipo de coche tienen y les dice cuál tiene ella. ¡Qué emocionante!

Hubo un silencio breve y luego la señora Harvey retomó su estribillo:

—Solo sé que otras chicas que no son ni la mitad de dulces o atractivas consiguen pareja. Martha Carey, por ejemplo, es robusta y gritona, y su madre es claramente vulgar. Roberta Dillon está tan flaca este año que parece que debiera estar en Arizona. Va a desaparecer de tanto bailar.

—Pero, mamá —objetó Marjorie impaciente—, Martha es alegre y de lo más ocurrente y una chica muy hábil, y Roberta es una gran bailarina. ¡Hace años que es popular!

La señora Harvey bostezó.

—Creo que es esa maniática sangre india que tiene Berenice —continuó Marjorie—. Tal vez sea una regresión a la especie. Las mujeres indias se quedaban siempre sentadas y nunca decían nada.

—Vete a la cama, bobita —se rio la señora Harvey—. No te habría contado eso de haber sabido que lo recordarías. Y creo que la mayoría de tus

ideas son perfectamente estúpidas —concluyó adormecida.

Hubo otro silencio, mientras Marjorie consideraba si valía la pena o no convencer a su madre. La gente de más de cuarenta rara vez se puede convencer de algo de forma permanente. A los dieciocho nuestras convicciones son colinas donde nos paramos a mirar; a los cuarenta y cinco, son cuevas donde nos escondemos.

Una vez decidido esto, Marjorie dio las buenas noches. Cuando salió, el pasillo estaba completamente vacío.

III

Mientras Marjorie desayunaba tarde al día siguiente, Berenice entró en la sala con un buenos días un tanto formal, se sentó frente a ella, la miró con intensidad y se humedeció levemente los labios.

—¿Quieres decirme algo? —interrogó Marjorie, un tanto desconcertada.

Berenice hizo una pausa antes de arrojar la granada de mano.

—Escuché lo que le decías anoche a tu madre sobre mí.

Marjorie se sobresaltó, pero manifestó apenas un tenue aumento de color y al hablar la voz no se le alteró en absoluto.

—¿Dónde estabas?

—En el pasillo. No quise escuchar… al principio.

Luego de una mirada involuntaria de desdén, Marjorie bajó la vista y se interesó mucho por balancear en el dedo un copo de maíz que se había caído.

—Supongo que mejor me vuelvo a Eau Claire… si soy tanta molestia —el labio inferior de Berenice temblaba violentamente y continuó con una nota vacilante—. Traté de ser amable y… primero me ignoraron y después me insultaron. Nunca nadie que me haya visitado a mí recibió semejante trato.

Marjorie estaba en silencio.

—Pero estoy en el medio, ya lo veo. Te estorbo. A tus amigos no les caigo bien —hizo una pausa y luego recordó otro de sus reclamos—. Por supuesto que me puse furiosa la semana pasada cuando intentaste deslizarme que ese vestido no me favorecía. ¿Crees que no sé vestirme?

—No —murmuró Marjorie menos que a media voz.

—¿Qué?

—No deslicé nada —dijo Marjorie brevemente—. Dije, si recuerdo bien, que era mejor usar un vestido favorecedor tres veces seguidas que alternarlo con dos horrendos.

—¿Crees que eso fue muy amable de tu parte?

—No estaba tratando de ser amable —y después de una pausa continuó—. ¿Cuándo quieres irte?

Berenice aspiró bruscamente.

—¡Ah! —fue como un gritito.

Marjorie la miró sorprendida.

—¿No dijiste que te ibas?

—Sí, pero…

—¡Ah, estabas actuando no más!

Se miraron un momento sobre la mesa del desayuno. Olas nebulosas pasaban delante de los ojos de Berenice, mientras que la cara de Marjorie tenía esa expresión un tanto dura que usaba cuando la cortejaban estudiantes universitarios ligeramente ebrios.

—Entonces estabas actuando —repitió, como si fuera lo que habría esperado.

Berenice lo admitió echándose a llorar. Los ojos de Marjorie denotaban aburrimiento.

—Eres mi prima —sollozó Berenice—. Te estoy vi-vi-visitando. Vine por un mes y si me voy a casa mi madre se dará cuenta y se va a pre-preguntar…

Marjorie esperó hasta que la lluvia de palabras entrecortadas colapsara en gemiditos.

—Te doy mi mensualidad —dijo con frialdad— y puedes pasar esta última semana donde quieras. Hay un hotel muy lindo…

Los sollozos de Berenice se elevaron a una nota aflautada y, levantándose de repente, huyó de la habitación.

Una hora después, mientras Marjorie estaba en la biblioteca absorta en componer una de esas cartas esquivas, maravillosamente elusivas que solo puede escribir una joven, reapareció Berenice, con los ojos muy enrojecidos y conscientemente calma. No le dirigió la mirada a Marjorie, sino que tomó un libro del estante y se sentó como para leer. Marjorie parecía absorta en su carta y siguió escribiendo. Cuando el reloj indicó el mediodía, Berenice cerró el libro de golpe.

—Supongo que debería sacar mi pasaje de tren.

Este no era el comienzo del discurso que había ensayado arriba, pero como Marjorie no estaba captando sus señales —no le rogaba que fuera razonable; no le decía que había sido todo un malentendido—, fue la mejor apertura que pudo lograr.

—Solo espera a que termine esta carta —dijo Marjorie sin mirar alrededor —. Quiero enviarla en el próximo correo.

Después de otro minuto, durante el cual su pluma rasguñó afanosamente, giró y se relajó con un aire de «a tu disposición». De nuevo tenía que hablar Berenice.

—¿Quieres que me vaya a mi casa?

—Bueno —dijo Marjorie, considerando—, supongo que, si no la estás pasando bien, sería mejor que te fueras. No vale la pena pasarla mal.

—¿No crees que sería de buena educación…?

—¡Ay, por favor, no cites *Mujercitas*! —exclamó Marjorie impaciente—. Está pasado de moda.

—¿Lo crees?

—¡Por Dios, sí! ¿Qué chica moderna podría vivir como esas mujeres inanes?

—Eran el modelo para nuestras madres.

Marjorie se rio.

—Sí, claro… ¡que no! Además, con nuestras madres todo era muy lindo a su manera, pero saben muy poco sobre los problemas de sus hijas.

Berenice se enderezó.

—Por favor, no hables de mi madre.

Marjorie se rio.

—Me parece que no la mencioné.

Berenice sintió que la estaba desviando del tema.

—¿Crees que estuviste tratándome muy bien?

—Hice lo mejor que pude. Eres un material bastante duro de trabajar.

Los párpados de Berenice se enrojecieron.

—Yo creo que eres dura y egoísta, y que no tienes ni una cualidad femenina.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Marjorie desesperada—. ¡Qué ridícula! Las chicas como tú son las responsables de todos los tediosos matrimonios sin color; todas esas ineficiencias espantosas que pasan por cualidades femeninas. Qué golpe bajo debe ser cuando un hombre con imaginación se casa con el hermoso manojo de vestidos en torno al cual ha estado construyendo ideales y descubre que es simplemente una cobarde, quejosa y débil masa de afectaciones.

La boca de Berenice se había entreabierto.

—¡La mujer femenina! —continuó Marjorie—. Se gasta todos sus años jóvenes en críticas quejosas sobre chicas como yo, que de verdad se divierten.

La mandíbula de Berenice descendía más a medida que se elevaba la voz de Marjorie.

—Está más justificado cuando se queja una chica fea. Si yo hubiera sido irreparablemente fea nunca habría perdonado a mis padres por traerme al mundo. Pero tú arrancas la vida sin ninguna desventaja —el puño de Marjorie se cerró—. Si esperas que llore contigo, vas a decepcionarte. Vete o quédate, como te plazca —y levantando sus cartas salió de la habitación.

Berenice dijo tener dolor de cabeza y no apareció en el almuerzo. Tenían una cita de matiné esa tarde, pero como persistía el dolor de cabeza, Marjorie le dio explicaciones a un muchacho no muy desanimado. Pero cuando regresó a la tardecita, encontró a Berenice con una expresión extraña esperándola en su habitación.

—He decidido —comenzó Berenice sin preámbulos— que tal vez tengas razón; posiblemente no. Pero si me dices por qué tus amigos no… no están interesados en mí, veré si puedo hacer lo que tú quieres que haga.

Marjorie estaba ante el espejo soltándose el cabello.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—¿Sin peros? ¿Harás exactamente lo que yo diga?

—Bueno, yo…

—¡Bueno nada! ¿Harás exactamente lo que yo diga?

—Mientras sean cosas sensatas.

—No lo son. Tú no eres un caso para cosas sensatas.

—¿Vas a hacerme…, a sugerirme…?

—Sí, todo. Si te digo que tomes clases de boxeo tendrás que hacerlo. Escribe a tu casa y dile a tu madre que te quedarás dos semanas más.

—Si me dices…

—Está bien; te daré algunos ejemplos ahora. Primero, te falta naturalidad. ¿Por qué? Porque nunca estás segura de tu apariencia personal. Cuando una chica siente que está perfectamente arreglada y vestida, se puede olvidar de esa parte. Eso es encanto. Cuantas más partes de ti misma puedes darte el lujo de olvidar, más encanto tienes.

—¿No tengo buen aspecto?

—No, por ejemplo, nunca te ocupas de tus cejas. Son negras y lustrosas, pero si las dejas desprolijas, son una mancha. Serían hermosas si te ocuparas de ellas una décima del tiempo que te lleva hacer cualquier cosa. Vas a cepillarlas para que crezcan derechas.

Berenice levantó las cejas en cuestión.

—¿Quieres decir que los hombres notan las cejas?

—Sí, inconscientemente. Y cuando te vayas a tu casa deberías enderezarte un poco los dientes. Es casi imperceptible, pero igual…

—Pero pensaba —interrumpió Berenice con perplejidad— que tú aborrecías las delicadezas femeninas como esas.

—Odio las mentes delicadas —respondió Marjorie—. Pero una chica debe ser delicada en persona. Si estás de mil maravillas, puedes hablar de Rusia, de ping-pong o de la Liga de las Naciones y caer bien parada.

—¿Qué más?

—¡Apenas empiezo! Tu manera de bailar.

—¿No bailo bien?

—No, no bailas bien: te cuelgas del hombre; sí, haces eso, levemente. Lo noté cuando bailábamos juntas ayer. Y bailas muy erguida en vez de inclinarte un poco. Probablemente alguna señora de las sillas te dijo que se te veía muy majestuosa así. Pero, a menos que la chica sea muy pequeña, es mucho más difícil para el hombre, y es él quien importa.

—Continúa —a Berenice le daba vueltas la cabeza.

—Bueno, tienes que aprender a ser amable con los hombres que son pajaritos tristes. Das la impresión de que te hubieran insultado cada vez que te toca bailar con alguno que no sea de los más populares. Pero, Berenice, a mí me reclaman para bailar a cada paso, ¿quiénes mayormente? Justamente esos pajaritos tristes. Ninguna chica puede darse el lujo de ignorarlos. Son la gran parte de cualquier grupo. Los muchachitos demasiado tímidos para hablar son la mejor práctica de conversación. Los chicos torpes son la mejor práctica de baile. Si puedes seguirlos a ellos y aun así tener gracia, puedes seguir a un minitanque por un rascacielos de alambre de púa.

Berenice suspiró hondo, pero Marjorie no había terminado.

—Si vas a un baile y realmente diviertes a, digamos, tres pajaritos tristes que bailen contigo; si conversas con ellos tan bien que se olvidan de que están clavados contigo, ya lograste algo. La próxima vez volverán y poco a poco tantos pajaritos tristes querrán bailar contigo que los chicos atractivos van a darse cuenta de que no hay riesgo de quedarse clavados, y entonces van a bailar contigo.

—Sí —accedió Berenice débilmente—, creo que empiezo a entender.

—Y al final —concluyó Marjorie—, la elegancia y el encanto vendrán solos. Vas a despertarte una mañana sabiendo que lo has conseguido, y los hombres también lo sabrán.

Berenice se puso de pie.

—Ha sido de lo más amable de tu parte; pero nunca nadie me había hablado así, y estoy un poco sorprendida.

Marjorie no respondió, sino que contempló pensativa su propia imagen en el espejo.

—Eres un tesoro por ayudarme —continuó Berenice.

Marjorie seguía sin responder, y Berenice pensó que se había mostrado demasiado agradecida.

—Ya sé que no te gusta lo sentimental —dijo tímida.

Marjorie se dio vuelta rápido para mirarla.

—Ah, no estaba pensando en eso. Estaba considerando si no sería mejor cortarte el cabello a lo bob.

Berenice se desplomó hacia atrás sobre la cama.

IV

El miércoles siguiente por la tarde hubo una cena con baile en el club de campo. Cuando los invitados fueron entrando holgadamente, Berenice encontró su tarjeta de mesa con un leve sentimiento de irritación. Si bien a su derecha estaba G. Reece Stoddard, un soltero muy deseable y distinguido, la igualmente importante izquierda la ocupaba tan solo Charley Paulson. A Charley le faltaba altura, belleza y astucia social, y, dueña de una nueva sabiduría, Berenice decidió que el único requisito que cumplía para ser su pareja era que nunca se había quedado clavado con ella. Pero este sentimiento de irritación se fue con el último plato de sopa y recordó las instrucciones específicas de Marjorie. Tragándose el orgullo, giró hacia Charley Paulson y se zambulló.

—¿Cree que tengo que cortarme el cabello a lo bob, Charley Paulson?

Charley levantó la vista sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque estoy considerándolo. Es una manera muy fácil y segura de llamar la atención.

Charley sonrió complacido. No podía saber que eso estaba ensayado. Respondió que no sabía mucho sobre el corte bob. Pero Berenice estaba allí para contarle.

—Quiero ser una vampiresa social, ¿se entiende? —anunció fresca, y acto seguido le informó que el cabello a lo bob era el preludio necesario. Agregó que quería pedirle consejo, porque había oído que él era muy crítico con las chicas.

Charley, que sabía tanto de psicología femenina como de los estados mentales de los budistas contemplativos, se sintió levemente halagado.

—Entonces decidí —continuó, elevando un poco la voz— que a principios de la semana próxima voy a ir a la barbería del hotel Sevier, voy a sentarme en la primera silla y a pedir que me corten a lo bob —titubeó al notar que la gente alrededor había interrumpido su conversación y estaba escuchando; pero después de un segundo de confusión, el entrenamiento de Marjorie surtió efecto y terminó su párrafo para el público general—. Por supuesto, voy a cobrar entrada, pero si vienen todos a darme aliento, voy a entregar pases para las butacas interiores.

Hubo una ola de risas elogiosas, en las que se resguardó G. Reece Stoddard para inclinarse rápidamente y decirle cerca del oído:

—Yo ya reservo un palco.

Ella le devolvió la mirada y le sonrió como si le hubiera dicho algo supremamente brillante.

—¿Crees en el cabello a lo bob? —le preguntó G. Reece con la misma media voz.

—Creo que es amoral —afirmó Berenice con seriedad—. Pero, por supuesto, a la gente hay que divertirla, o alimentarla o escandalizarla.

Marjorie había seleccionado esto de Oscar Wilde. Fue recibido con una ola de risas por parte de los hombres y una serie de miradas rápidas, intencionales, por parte de las chicas. Y luego, como si no hubiera dicho nada ingenioso o importante, Berenice se volvió a Charley de nuevo y le habló secretamente al oído.

—Quiero saber tu opinión sobre varias personas. Me imagino que tienes muy buen ojo para la gente.

Charley se emocionó un poco: le hizo el halago sutil de servirle el agua.

Dos horas después, cuando Warren McIntyre estaba ocioso en la fila de los solteros mirando a los bailarines y preguntándose adónde y con quién había desaparecido Marjorie, una percepción desconectada comenzó a invadirlo poco a poco: la percepción de que a Berenice, prima de Marjorie, la habían reclamado para bailar varias veces en los últimos cinco minutos. Cerró los ojos, los abrió y miró de nuevo. Hacía varios minutos había estado bailando con un chico que estaba de visita, lo cual se explicaba fácilmente: un chico de visita no sabía en lo que se metía. Pero ahora estaba bailando con otro, y allí iba Charley Paulson en dirección a ella con entusiasta determinación en los ojos. Qué extraño: Charley casi nunca bailaba con más de tres chicas por noche.

Warren se sorprendió visiblemente cuando, una vez efectuado el traspaso, el hombre que había sido liberado resultó ser nada menos que el propio G. Reece Stoddard. Y G. Reece no parecía nada jubiloso de haber sido liberado. La próxima vez que Berenice bailó cerca, Warren la observó con atención. Sí, era linda, visiblemente linda, y esta noche su cara parecía realmente vivaz. Tenía esa mirada que ninguna mujer, por más competente que fuera su histrionismo, puede falsificar con éxito: parecía estar divirtiéndose. Le gustaba cómo se había arreglado el cabello, se preguntó si era brillantina lo que lo hacía relucir así. Y ese vestido la favorecía: un rojo intenso que complementaba su color de piel y sus ojos oscuros. Recordó que le había parecido bonita cuando había llegado al pueblo, antes de que se diera cuenta de que era aburrida. Una lástima que fuera aburrida —insoportables las chicas aburridas—, pero era sin duda bonita.

Sus pensamientos volvieron zigzagueando a Marjorie. Esta desaparición sería como otras desapariciones. Cuando reapareciera, él le exigiría saber dónde había estado y ella le respondería enfáticamente que no era asunto suyo. ¡Qué pena que estuviera tan segura de él! Ella disfrutaba de saber que ninguna otra chica del pueblo le interesaba; lo desafiaba a enamorarse de Genevieve o de Roberta.

Warren suspiró. El camino al afecto de Marjorie sí que era un laberinto. Levantó la mirada. Berenice estaba bailando de nuevo con el chico de visita. Medio inconscientemente dio un paso para salir de la fila de solteros en dirección a ella, y dudó. Luego se dijo a sí mismo que era caridad. Caminó hacia ella; se chocó de repente con G. Reece Stoddard.

—Perdón —dijo Warren.

Pero G. Reece no se detuvo a disculparse. Otra vez había sacado a bailar a Berenice.

Esa noche a la una, Marjorie, con una mano en el interruptor de la luz eléctrica del pasillo, giró para mirar por última vez los ojos destellantes de Berenice.

—¿Entonces funcionó?

—¡Ay, Marjorie, sí! —exclamó Berenice.

—Vi que estabas divirtiéndote.

—¡Sí! El único problema fue que alrededor de la medianoche me quedé sin tema de conversación. Tuve que repetirme; con distintos hombres, por supuesto. Espero que no comparen sus notas.

—Los hombres no hacen eso —dijo Marjorie bostezando—, y no importaría si lo hicieran: pensarían que fuiste más astuta todavía.

Apagó la luz y, cuando comenzaron a subir las escaleras, Berenice se agarró agradecida de la baranda. Por primera vez en su vida había bailado hasta cansarse.

—Ya ves —dijo Marjorie en la cima de las escaleras—, un hombre ve a otro hombre reclamarte para bailar y piensa que debe haber algo ahí. Bueno, mañana pensamos cosas nuevas. Buenas noches.

—Buenas noches.

Mientras se soltaba el cabello, Berenice hizo un repaso de la noche. Había seguido las instrucciones al pie de la letra. Incluso cuando Charley Paulson la sacó a bailar por octava vez, ella simuló estar encantada y se mostró interesada y complacida. No había hablado sobre el clima de Eau Claire ni sobre los automóviles ni su escuela, sino que había limitado la conversación a mí, tú, nosotros.

Pero, unos minutos antes de dormirse, un pensamiento rebelde se le agitaba soñolientamente en la cabeza; después de todo, había sido logro de ella. Marjorie, sin duda, le había dado sus temas de conversación, pero igual Marjorie sacaba gran parte de su conversación de cosas que leía. Berenice se había comprado el vestido rojo, si bien nunca lo había valorado mucho hasta que Marjorie lo desenterró de su baúl; y había sido su propia voz la que había dicho las palabras, sus propios labios habían sonreído, sus propios pies habían bailado. Marjorie chica amable… pero banal… buena noche… buenos chicos… como Warren… Warren… Warren… cómo se llama… Warren…

Se durmió.

V

Para Berenice la semana siguiente fue una revelación. Con el sentimiento de que la gente disfrutaba de veras de mirarla y escucharla, llegaron los cimientos de la confianza en sí misma. Por supuesto, hubo varios errores al principio. No sabía, por ejemplo, que Draycott Deyo estaba estudiando para el sacerdocio; ignoraba que la había sacado a bailar porque pensaba que era una chica tranquila, reservada. De haber sabido esas cosas, no habría usado el libreto que comenzaba con «buenas y santas» y continuaba con la historia de la bañera:

—Me lleva mucha energía arreglarme el cabello en verano, tengo mucho, entonces siempre me peino primero y me empolvo la cara y me pongo el sombrero; y luego me meto en la bañera y me visto después. ¿Crees que es el mejor plan?

Si bien a Draycott Deyo lo traían a maltraer las dificultades del bautismo por inmersión y podría haber visto una conexión, hay que admitir que no la vio. Consideraba inmoral el tema del baño femenino y le ofreció algunas ideas sobre la depravación de la sociedad moderna.

Pero para compensar este suceso desafortunado, Berenice tuvo varios éxitos notables en su haber. El pequeño Otis Ormonde logró, a fuerza de ruegos, librarse de un viaje a la costa este y quedarse en cambio siguiéndola con devoción de cachorrito, para diversión de sus amigos y para irritación de G. Reece Stoddard, a quien Otis le arruinó por completo unas cuantas visitas vespertinas con la empalagosa ternura de las miradas que le prodigaba a Berenice. Incluso le contó la historia del listón de madera y el vestidor para mostrarle lo espantosamente que se habían equivocado él y todos los demás al formarse la primera impresión sobre ella. Berenice descartó entre risas ese incidente con una sutil sensación de desazón.

De todas las conversaciones de Berenice, probablemente la más conocida y la de mayor aprobación universal era el libreto sobre cortarse el cabello a lo bob.

—Ay, Berenice, ¿cuándo te harás el corte bob?

—Capaz que pasado mañana —respondía riéndose—. ¿Van a venir a verme? Porque saben que cuento con ustedes.

—¿Que si vamos? ¡Más vale! Pero mejor que te apresures.

Berenice, cuyas intenciones barberiles eran estrictamente deshonrosas, se reía de nuevo.

—Ya falta poco. Se van a sorprender.

Pero tal vez el símbolo más significativo de su éxito era el automóvil gris del hipercrítico Warren McIntyre, estacionado a diario enfrente de la casa de los Harvey. Al principio la criada se extrañó visiblemente cuando él preguntó por Berenice en vez de Marjorie; después de una semana así, le dijo a la cocinera que la señorita Berenice había atrapado al mejor muchacho de la señorita Marjorie.

Y, en efecto, la señorita Berenice lo había atrapado. Tal vez comenzó con el deseo de Warren de inspirarle celos a Marjorie; tal vez fue el familiar pero irreconocible vestigio de Marjorie en la conversación de Berenice; tal vez fueran ambas cosas y algo de atracción genuina también. Pero de alguna manera, la mente colectiva de los jóvenes supo en el transcurso de una semana que el pretendiente más confiable de Marjorie había dado un increíble giro de ciento ochenta grados y estaba ofreciéndole indiscutibles galanterías a la invitada de Marjorie. La pregunta del momento era cómo se lo tomaría

Marjorie. Warren llamaba a Berenice por teléfono dos veces al día, le mandaba recados y a menudo se los veía juntos en el descapotable de él, claramente sumergidos en una de esas tensas conversaciones significativas sobre si las intenciones de él eran o no sinceras.

Cuando a Marjorie le hacían bromas, solo se reía. Decía que estaba de lo más contenta de que por fin Warren hubiera encontrado a alguien que lo apreciara. Entonces los jóvenes se reían también y suponían que a Marjorie no le importaba y cambiaban de tema.

Una tarde, cuando solo le quedaban tres días de visita, Berenice estaba esperando a Warren en el recibidor para ir juntos a una reunión de *bridge*. Estaba de un humor un tanto dichoso y cuando Marjorie —que también iba a la reunión— apareció a su lado y comenzó a ajustarse indiferente el sombrero frente al espejo, Berenice estaba completamente desprevenida para cualquier cosa de la índole de un choque. Marjorie hizo su trabajo con mucha frialdad y concisión en tres oraciones.

—Te conviene sacarte a Warren de la cabeza —le dijo fría.

—¿Qué? —Berenice estaba por completo pasmada.

—Te conviene dejar de quedar como una tonta con Warren McIntyre. No le importas un comino.

Durante un momento tenso se miraron: Marjorie desdeñosa, distante; Berenice pasmada, medio enojada, medio atemorizada. Luego dos automóviles llegaron al frente de la casa y hubo un alboroto de bocinazos. Ambas resollaron débilmente, giraron y, una junto a la otra, salieron apresuradas.

Durante toda la reunión de *bridge*, Berenice luchó en vano por controlar su creciente intranquilidad. Había ofendido a Marjorie, la esfinge de esfinges. Con las intenciones más íntegras e inocentes del mundo había robado la propiedad de Marjorie. Se sintió repentina y horriblemente culpable. Luego de la partida de *bridge*, cuando se sentaron en una ronda informal y la conversación se tornó general, gradualmente se desató la tormenta. El pequeño Otis Ormonde, sin darse cuenta, la precipitó.

—¿Cuándo vuelves al jardín de infantes, Otis? —había preguntado alguien.

—¿Yo? El día que Berenice se haga el corte bob.

—Entonces tu educación está acabada —dijo Marjorie rápidamente—. Es solo una de sus actuaciones. Pensé que ya te habrías dado cuenta.

—¿De veras? —demandó Otis, echándole a Berenice una mirada recriminatoria.

A Berenice le ardían las orejas mientras intentaba pensar en una réplica eficaz. Frente a este ataque directo, se le había paralizado la imaginación.

—El mundo está lleno de actores —continuó Marjorie un tanto afable—. Hubiera creído que a tu corta edad ya sabrías esto, Otis.

—Bueno —dijo Otis—, tal vez sí. ¡Pero por favor! Con un libreto como el de Berenice…

—¿En serio? —bostezó Marjorie—. ¿Cuál es su última genialidad?

Nadie parecía saber. De hecho, Berenice, que había estado entreteniéndose con el pretendiente de su musa, no había dicho nada memorable en el último tiempo.

—¿En serio era todo un libreto? —preguntó Roberta con curiosidad.

Berenice vaciló. Sentía que se le requería alguna ocurrencia, pero, bajo los ojos repentinamente gélidos de su prima, se encontraba incapacitada por completo.

—No lo sé —dijo para ganar tiempo.

—¡Ajá! —dijo Marjorie—. ¡Admítelo!

Berenice vio que los ojos de Warren habían dejado el ukelele con el que había estado jugueteando y se habían fijado en ella, inquisitivos.

—Ay, no lo sé —repitió incesante. Tenía las mejillas encendidas.

—¡Ajá! —recalcó Marjorie de nuevo.

—Demuéstrale, Berenice —instó Otis—. Dile a dónde puede irse.

Berenice volvió a mirar a su alrededor; parecía no poder escaparse de los ojos de Warren.

—Me gusta el cabello bob —dijo apresurada, como si él le hubiera hecho una pregunta— y tengo intenciones de cortármelo así.

—¿Cuándo? —exigió Marjorie.

—En cualquier momento.

—No hay mejor momento que el ahora —sugirió Roberta.

Otis se levantó de un salto.

—¡Excelente! —exclamó—. Haremos la fiesta veraniega del bob. La barbería del hotel Sevier habías dicho.

En un instante estaban todos de pie. El corazón de Berenice latía con violencia.

—¿Qué? —dijo sin aliento.

Del grupo salió la voz de Marjorie, muy clara y despectiva.

—No se preocupen… ¡no se va a animar!

—Vamos, Berenice —exclamó Otis dirigiéndose a la puerta.

Cuatro ojos (los de Warren y los de Marjorie) la observaban, la provocaban, la desafiaban. Estuvo otro segundo titubeando descomunalmente.

—Muy bien —dijo rápido—. No tengo ningún problema.

Una eternidad de minutos más tarde, yendo al centro en coche al atardecer, junto a Warren, con los otros siguiéndolos de cerca en el coche de Roberta, Berenice tuvo todas las sensaciones de María Antonieta camino a la guillotina en una carreta. Vagamente se preguntó por qué no había vociferado que era todo un error. Era lo único que podía hacer para no agarrarse el pelo con las dos manos y protegerlo del mundo repentinamente hostil. Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Ni siquiera pensar en su madre podía disuadirla ahora. Esta era la prueba suprema de su espíritu deportivo, su derecho a andar incuestionada por el paraíso estrellado de las chicas populares.

Warren se mantenía en silencio, malhumorado, y cuando llegaron al hotel, estacionó junto al cordón y le hizo señas a Berenice de que se bajara antes que él. El automóvil de Roberta expulsó un grupo enfrascado en risas hacia el interior del local, que tenía dos llamativos paneles de vidrio a la calle.

Berenice se frenó en el cordón y miró el cartel: Barbería Sevier. Era ciertamente una guillotina, y el verdugo era el primer barbero, quien, vestido con una chaqueta blanca y fumando un cigarrillo, se apoyaba de forma despreocupada sobre la primera silla. Debía de haber oído hablar de ella; debía de haber estado esperando toda la semana, fumando eternos cigarrillos junto a esa portentosa, tan mencionada primera silla. ¿Le taparían los ojos? No, pero sí le atarían una tela blanca alrededor del cuello para evitar que se le llenara la ropa de sangre…, tonterías… de pelo.

—Acá estamos, Berenice —dijo Warren rápidamente.

Con el mentón en alto cruzó la acera, abrió de un empujón la puerta vaivén de tela metálica y sin dirigirle ni una mirada a la fila turbulenta, desenfrenada, que ocupaba el banco de espera, se dirigió al primer barbero.

—Quiero que me corte el cabello a lo bob.

La boca del primer barbero se entreabrió un poco. El cigarrillo se le cayó al suelo.

—¿Eh?

—Mi cabello, ¡córtelo a lo bob!

Rehusándose a más preliminares, Berenice tomó asiento en la altura. Un hombre que estaba en la silla contigua se dio vuelta para mirarla, medio con la espuma subida, medio con asombro. Un barbero se sobresaltó y arruinó el corte mensual del pequeño Willy Schuneman. En la última silla, el señor O’Reilly refunfuñó y blasfemó musicalmente en gaélico antiguo cuando una

hoja de afeitar le pellizcó la mejilla. Dos limpiabotas abrieron grandes los ojos y corrieron a los pies de ella. No, Berenice no quería que le lustraran los zapatos.

Afuera un transeúnte se detuvo y se quedó mirando; se le unió una pareja; las narices de media docena de niños cobraron vida aplastadas contra el vidrio; y pedazos de conversación suspendidos en la brisa de verano entraron por la puerta metálica.

—Mira ese chico con pelo largo.

—¿De dónde sacas esas cosa'? Es una chica con barba a la que acaban de afeitar.

Pero Berenice no veía nada, no oía nada. Su único sentido activo le decía que este hombre de chaqueta blanca había sacado un cepillo de carey y luego otro; que sus dedos tanteaban con torpeza unas horquillas extrañas; que esta cabellera, esta maravillosa cabellera suya, se iría…, nunca más sentiría el peso largo, voluptuoso, de esa gloria castaña oscura colgándole por la espalda. Por un segundo estuvo a punto de quebrarse y luego la imagen que tenía adelante se zambulló mecánicamente ante su vista: la boca de Marjorie torciéndose en una leve sonrisa irónica como diciendo: «¡Ríndete y bájate! Trataste de ir en mi contra y dejé en evidencia toda tu actuación. Ni rezando te salvas».

Y la última energía que le quedaba se alzó en Berenice, ya que apretó los puños bajo la tela blanca y sus ojos se entrecerraron de una manera extraña, que Marjorie le comentó a alguien mucho tiempo después.

Veinte minutos después, el barbero la giró para que enfrentara el espejo y ella se encogió al ver el panorama completo del daño provocado. Su cabello no tenía ondas y ahora yacía en bloques lacios sin vida a ambos lados de su cara, repentinamente pálida. Era más feo que el diablo; ella siempre supo que sería más feo que el diablo. El encanto principal de su cara había sido esa simpleza de aire virginal. Eso se había ido y ahora su aspecto era… bueno… espantosamente mediocre… no teatral, solo ridículo, como una chica bohemia del Greenwich Village que se olvidó los anteojos en su casa.

Al bajarse de la silla intentó sonreír; falló tristemente. Vio que dos de las chicas intercambiaban miradas; notó la boca de Marjorie curvada en tenue burla y que los ojos de Warren estaban de repente muy fríos.

—Ya ven —las palabras de ella llegaron a una pausa incómoda—, lo hice.

—Sí, lo hiciste —admitió Warren.

—¿Les gusta?

Hubo un tibio «Claro» de dos o tres voces, otra pausa incómoda y luego Marjorie giró rápido y con intensidad de serpiente hacia Warren.

—¿Te molestaría llevarme a la tintorería? —le preguntó—. Sí o sí tengo que ir a buscar un vestido antes de la cena. Roberta va directo a su casa y puede llevar a los demás.

Warren miraba abstraído un punto infinito al otro lado de la ventana. Luego, por un instante, sus ojos reposaron fríos sobre Berenice antes de pasar a Marjorie.

—Con gusto —le dijo despacio.

VI

Berenice no terminó de darse cuenta de la trampa brutal que le habían tendido hasta que se encontró con la mirada sorprendida de su tía justo antes de la cena.

—Pero ¡Berenice!

—Me lo corté a lo bob, tía Josephine.

—Pero ¡niña!

—¿Te gusta?

—Pero ¡Berenice!

—Veo que te impacté.

—No, pero ¿qué va a pensar mañana la señora Deyo? Berenice, deberías haber esperado a que pasara el baile de los Deyo, deberías haber esperado si querías hacer eso.

—Fue repentino, tía Josephine. Pero igual, ¿por qué le importaría particularmente a la señora Deyo?

—Es que, niña —exclamó la señora Harvey—, en su ensayo *Las flaquezas de la generación joven*, que leyó en la última reunión del Club de los Jueves, habló quince minutos sobre el cabello bob. Es su objeto de abominación preferido. ¡Y el baile es para ti y Marjorie!

—Perdón.

—Ay, Berenice, ¿qué va a decir tu madre? Va a pensar que yo te permití hacerlo.

—Perdón.

La cena fue una agonía. Hizo un intento apresurado con un rizador y se quemó el dedo y bastante pelo. Podía ver que su tía estaba a la vez preocupada y apenada, y su tío no paraba de repetir: «Bueno, que me parta un rayo», una y otra vez, en un tono dolido y levemente hostil. Y Marjorie

permanecía sentada muy silenciosa, atrincherada detrás de una sonrisa leve, una sonrisa levemente burlona.

De alguna manera, logró atravesar la velada. Pasaron tres chicos de visita; Marjorie desapareció con uno de ellos, y Berenice intentó con apatía y sin éxito entretener a los otros dos…; suspiró agradecida mientras subía a su habitación a las diez y media. ¡Qué día!

Ya se había cambiado para dormir cuando se abrió la puerta y entró Marjorie.

—Berenice —dijo—, lamento mucho lo del baile de los Deyo. Te doy mi palabra de honor de que me había olvidado por completo.

—'Ta bien —dijo Berenice cortante.

De pie frente al espejo, se pasó el peine lentamente por su corta cabellera.

—Mañana te llevo al centro —continuó Marjorie—, y la peluquera te lo va a arreglar para que quedes divina. No me imaginé que lo harías. Realmente, lo lamento un montón.

—¡Ay, 'ta bien!

—Igual, es tu última noche, así que supongo que no importa mucho.

Entonces Berenice hizo una mueca de dolor cuando Marjorie se echó su propio cabello sobre los hombros y comenzó a entrelazarlo lentamente en dos largas trenzas rubias hasta que, en su *negligé* color crema, parecía una delicada pintura de una princesa sajona. Fascinada, Berenice miró cómo crecían las trenzas: pesadas y suntuosas, en movimiento bajo los ágiles dedos como víboras inquietas…; y a Berenice le quedaba esta reliquia y el rizador y el mañana lleno de ojos. Podía ver a G. Reece Stoddard, que se había interesado en ella, adoptar sus modales de Harvard y decirle a su invitada que a Berenice no deberían haberle permitido ir tanto al cine; podía ver a Draycott Deyo intercambiar miradas con la madre y luego mostrarse intencionadamente caritativo con ella. Pero tal vez para mañana la señora Deyo habría escuchado la noticia y mandaría una gélida notita solicitando que ella no se presentara; y a sus espaldas todos se reirían y sabrían que Marjorie la había hecho quedar como una tonta, que había sacrificado su oportunidad de ser bella por el capricho celoso de una egoísta. Se sentó de repente frente al espejo, mordiéndose el interior de la boca.

—Me gusta —dijo con esfuerzo—. Creo que me va a quedar bien.

Marjorie sonrió.

—Se ve bien. Por todos los santos, ¡no dejes que te preocupe!

—Para nada.

—Buenas noches, Berenice.

Pero, cuando se cerró la puerta, algo explotó adentro de Berenice. Se puso de pie dinámicamente, apretando las manos, y luego veloz y silenciosa fue hasta la cama y arrastró su valija, que estaba debajo. Tiró adentro artículos de tocador y una muda de ropa. Luego giró hacia su baúl y rápidamente volcó adentro dos cajones de ropa interior y vestidos de verano. Se movía sin hacer ruido, pero con eficiencia mortal, y en tres cuartos de hora su baúl estaba cerrado y atado, y ella completamente vestida con un favorecedor conjunto de viaje nuevo que Marjorie la había ayudado a elegir.

Se sentó a su escritorio para escribir una notita a la señora Harvey, en la que brevemente esbozó sus razones para irse. La selló, puso el destinatario y la dejó sobre la almohada. Miró su reloj. El tren salía a la una y sabía que, si caminaba dos cuadras hasta el hotel Marborough, podría conseguir un taxi sin problemas.

De repente, tomó aliento con brusquedad y en los ojos le relampagueó una expresión que alguien con experiencia de leer a la gente podría haber conectado vagamente con la mirada que había tenido en la silla del barbero: una especie de evolución de aquella. Era una expresión por completo nueva en Berenice, y acarreaba consecuencias.

Fue furtivamente hacia la cómoda, tomó un artículo que estaba allí y, tras apagar todas las luces, se quedó quieta hasta que los ojos se le acostumbraron a la oscuridad. Abrió despacio la puerta de la habitación de Marjorie. Oyó la respiración serena, uniforme, de una conciencia tranquila dormida.

Ahora estaba junto a la cama, muy decidida y calma. Actuó con velocidad. Se inclinó hacia adelante y encontró una de las trenzas del pelo de Marjorie, la siguió con la mano hacia arriba hasta el punto más cercano a la cabeza, y entonces, sosteniéndola un poco floja para que la durmiente no sintiera el tironeo, acercó la cizalla y la podó. Con la coleta en la mano, contuvo la respiración. Marjorie había mascullado algo entre sueños. Berenice amputó la otra trenza con habilidad, se detuvo un instante, y luego se metió veloz y en silencio de nuevo en su habitación.

Ya abajo, abrió la gran puerta principal, la cerró con cuidado tras de sí y, sintiéndose extrañamente feliz y eufórica, salió del porche y empezó a andar bajo la luz de la luna, agitando la mano bien apretada como si llevara una bolsa de compras. Después de un minuto a paso ligero, descubrió que en la mano izquierda todavía tenía las dos trenzas rubias. Se rio inesperadamente; tuvo que cerrar la boca con fuerza para no largar una tremenda carcajada. Ahora estaba pasando por la casa de Warren y, siguiendo un impulso, apoyó su equipaje en el piso y agitó las trenzas como cuerdas para arrojarlas hasta el

porche de madera, donde aterrizaron con un ligero golpe seco. Se rio de nuevo, ya sin contenerse.

—¡Ja! —se rio desaforada—. ¡La pelé a la egoísta esa!

Luego levantó la valija y se fue al trote por la calle bajo la luz de la luna.

Bendición

I

La estación de Baltimore estaba calurosa y atestada, de modo que Lois se vio obligada a esperar en el mostrador del telégrafo unos interminables segundos pegajosos mientras un empleado de dientes incisivos grandes contaba y volvía a contar el mensaje diurno de una mujer corpulenta para determinar si contenía las inocuas cuarenta y nueve palabras o las letales cincuenta y una.

Mientras esperaba, Lois concluyó que no estaba muy segura de la dirección, así que sacó la carta de su bolso y la repasó. Empezaba así:

> Mi querida: Comprendo y estoy más feliz de lo que la vida jamás hubiera concebido para mí. Ojalá pudiera darte las cosas con las que siempre estuviste en sintonía; pero no puedo, Lois; no podemos casarnos y tampoco podemos alejarnos y dejar que todo este amor glorioso termine en nada.
>
> Hasta que llegó tu carta, cariño, estuve sentado aquí a media luz, pensando y pensando adónde podría irme para tratar de olvidarte; al exterior, tal vez, para andar a la deriva por Italia o España y soñar hasta olvidar el dolor de haberte perdido allí donde las ruinas derruidas de civilizaciones más antiguas y serenas solo reflejen la desolación de mi corazón; y entonces llegó tu carta.
>
> Muchacha dulce y valiente, si me telegrafías, me reuniré contigo en Wilmington; hasta entonces, estaré aquí simplemente aguardando y esperando que todos mis largos sueños sobre ti se hagan realidad.
>
> HOWARD

Había leído la carta tantas veces que se la sabía palabra por palabra, pero todavía la sobresaltaba. Encontraba allí muchos reflejos tenues del hombre que la había escrito: la dulzura y la tristeza mezcladas en sus ojos oscuros, la emoción inquieta y furtiva que sentía a veces cuando él le hablaba, esa sensualidad etérea que le arrullaba la mente hasta el ensueño. Lois tenía diecinueve años y era muy romántica y curiosa y corajuda.

Una vez que la mujer corpulenta y el empleado hubieron negociado cincuenta palabras, Lois tomó una hoja en blanco y escribió su telegrama. Y no hubo allí alusión alguna a la irreversibilidad de su decisión.

Es simplemente el destino —pensó—, es simplemente la manera en que resultan las cosas en este condenado mundo. Si la cobardía es lo único que me ha estado frenando, ya no habrá más freno. Solo tenemos que dejar que las cosas sigan su curso y no arrepentirnos nunca.

El empleado ojeó el telegrama:

Llegué Baltimore hoy paso día con mi hermano encuéntrame en Wilmington miércoles tres p.m. Cariños

LOIS

—Cincuenta y cuatro centavos —dijo el empleado con admiración.

«Y no arrepentirnos nunca», pensó Lois, «y no arrepentirnos nunca…».

II

Árboles que filtran luz sobre el pasto moteado. Árboles como altas damas lánguidas con abanicos de plumas que coquetean airosamente con el feo techo del monasterio. Árboles como mayordomos, que se doblan corteses sobre plácidos senderos y veredas. Árboles, árboles sobre las colinas a cada lado y dispersos en matas y filas y bosques en todo el este de Maryland, delicado encaje en los bordes de muchos campos amarillos, fondo opaco y oscuro para arbustos florecidos o jardines silvestres trepadores.

Algunos árboles eran muy jóvenes y alegres, pero los árboles del monasterio eran más viejos que el monasterio que, según los auténticos estándares monásticos, no era para nada viejo. Y, de hecho, técnicamente no se llamaba *monasterio*, sino simplemente seminario; sin embargo, aquí será un monasterio a pesar de la arquitectura victoriana o las ampliaciones

eduardianas, o incluso del techo duradero, patentado, de estilo Woodrow Wilson.

Más atrás estaba la granja, donde media docena de hermanos legos sudaban vigorosamente mientras se movían con mortal eficiencia por las huertas. A la izquierda, detrás de una hilera de olmos, había un diamante de béisbol informal, donde a tres novicios les estaba ganando a batazos un cuarto, entre grandes persecuciones, resoplidos y carreras. Y adelante, mientras una enorme y serena campana tronaba la media hora, un enjambre de hojas negras humanas se desperdigaba sobre el ajedrezado de senderos bajo los árboles corteses.

Algunas de estas hojas negras eran muy viejas, de mejillas surcadas como las primeras ondas de un estanque perturbado. También había dispersas unas cuantas hojas de mediana edad, cuyas formas vistas de perfil con sus reveladoras túnicas empezaban a ser levemente asimétricas. Llevaban gruesos volúmenes de Tomás de Aquino y de Henry James y del cardenal Mercier y de Immanuel Kant y muchos cuadernos abultados llenos de información de las clases.

Pero las más numerosas eran las hojas jóvenes; muchachos rubios de diecinueve años con expresiones muy severas, concienzudas; hombres bien entrados en sus veintes con una aguda confianza en sí mismos por haber salido al mundo a enseñar durante cinco años: eran varios cientos, de ciudad y de pueblo y de campo, de Maryland y Pensilvania y Virginia y Virginia Occidental y Delaware.

Había muchos estadounidenses y algunos irlandeses y algunos irlandeses rudos y unos pocos franceses, y varios italianos y polacos, y caminaban informales tomados del brazo de a dos y de a tres o en largas filas, casi universalmente distinguidos por la boca recta y el mentón considerable; pues esta era la Compañía de Jesús, fundada en España quinientos años atrás por un soldado de ideas firmes que entrenaba a los hombres para defender una brecha en un muro u organizar una tertulia, pronunciar un sermón o escribir un tratado, y hacerlo sin discutir…

Lois se bajó del autobús y se quedó al sol junto a la verja exterior. Tenía diecinueve años, pelo rubio y ojos que la gente tenía la suficiente discreción de no llamar verdes. Cuando hombres de talento la veían en el tranvía sacaban furtivamente cabitos de lápiz y reversos de sobres para tratar de resumir ese perfil o el efecto que las cejas les daban a los ojos. Más tarde miraban sus resultados y normalmente los rompían en pedazos con suspiros de desconcierto.

Si bien Lois vestía con mucho estilo un atuendo de viaje costosamente adecuado, no perdió tiempo en sacudirse el polvo que le cubría la ropa, sino que comenzó a caminar por el sendero central mirando curiosa a cada lado. Tenía el semblante muy ansioso y alerta; sin embargo, no tenía en absoluto esa expresión glorificada que se ve en las chicas cuando llegan a un baile de graduación en Princeton o New Haven; aunque, como aquí no había ningún baile de graduación, tal vez no importara.

Se preguntaba qué aspecto tendría él, si podría reconocerlo por su retrato. En el retrato, colgado en su casa sobre la cómoda de la madre, parecía muy joven y de mejillas hundidas y un tanto lastimoso, con una boca bien desarrollada y una túnica de novicio demasiado holgada como únicas muestras de que ya había tomado una decisión trascendental sobre su vida. Claro que en aquel entonces tenía solo diecinueve años y ahora tenía treinta y seis (no se lo veía así para nada; en las instantáneas recientes estaba mucho más ancho y con el pelo un poco más ralo), pero la imagen que ella había conservado siempre del hermano era la del retrato grande. Y por eso siempre había sentido un poco de pena por él. ¡Qué vida para un hombre! Diecisiete años de preparación y todavía ni era sacerdote, no lo sería hasta dentro de un año.

Lois tenía la idea de que todo esto iba a ser un poco solemne si ella lo permitía. Pero iba a hacer su mejor imitación de la plena alegría radiante, la imitación que podía hacer incluso cuando se le partía la cabeza o cuando su madre tenía un ataque de nervios o cuando se sentía especialmente romántica y curiosa y corajuda. Este hermano suyo sin duda necesitaba que le levantaran el ánimo, y se le iba a levantar el ánimo, le gustara o no.

Al acercarse a la enorme y sencilla puerta principal, vio a un hombre que de pronto se separaba de un grupo y, levantándose la falda de la túnica, corría hacia ella. Sonreía, advirtió, y se lo veía muy grande y… y confiable. Ella se detuvo y aguardó, sabía que el corazón le latía excepcionalmente rápido.

—¡Lois! —exclamó él y en un segundo la tuvo en sus brazos. De repente ella estaba temblando.

—¡Lois! —volvió a exclamar—. ¡Pero si esto es maravilloso! No puedo decirte, Lois, *cuánto* esperaba esto. ¡Lois, estás hermosa!

A Lois se le cortó el aliento.

La voz de él, si bien contenida, vibraba con energía y con esa rara especie de personalidad envolvente de la cual ella había creído ser la única poseedora en la familia.

—Yo también estoy contentísima, Kieth.

Se sonrojó, pero no sin felicidad, al usar por primera vez el nombre de él.

—Lois, Lois, Lois —repitió maravillado—. Niña, entraremos aquí un minuto, porque quiero que conozcas al rector, y luego vamos a caminar un poco. Tengo mil cosas que conversar contigo.

Su voz se tornó más seria:

—¿Cómo está nuestra madre?

Ella lo miró un momento y luego dijo algo que no hubiera querido decir en absoluto, justo el tipo de cosa que había decidido evitar.

—Ay, Kieth, está… está cada vez peor, en todo sentido.

Él asintió despacio como si comprendiera.

—Los nervios, bueno, me cuentas más tarde. Ahora…

Lois se halló en un pequeño despacho con un escritorio grande, diciéndole algo a un curita canoso y jovial que retuvo su mano varios segundos.

—¡Así que esta es Lois!

Lo dijo como si hiciera años que escuchara hablar de ella.

Le rogó que se sentara.

Llegaron entusiasmados otros dos curas y le dieron la mano y se dirigieron a ella como «la hermanita de Kieth», lo cual, descubrió, no le molestaba en lo más mínimo.

Qué seguros parecían; había esperado cierta timidez, reserva al menos. Hubo varios chistes, ininteligibles para ella, que parecieron deleitar a todos, y el pequeño padre rector se refirió al trío como «los monjecitos mentecatos», lo cual ella entendió, ya que estaba claro que no eran monjes en absoluto. Tuvo la fugaz impresión de que tenían especial cariño por Kieth: el padre rector lo había llamado «Kieth» y uno de los otros le había dejado la mano sobre el hombro durante toda la conversación. Luego ella estaba dándoles la mano nuevamente y prometiendo volver un poco más tarde para tomar helado y sonriendo y sonriendo y sintiéndose un tanto absurdamente feliz; se dijo a sí misma que era porque Kieth estaba tan orgulloso de mostrarla.

Luego ella y Kieth se paseaban por un sendero, tomados del brazo, y él le informaba qué perfecta joya era el padre rector.

—Lois —se interrumpió de repente—, quiero decirte antes de seguir lo que significa para mí que hayas venido. Creo que fue… de lo más dulce de tu parte. Sé lo bien que lo has estado pasando.

A Lois se le cortó el aliento. No estaba preparada para esto. Al principio, cuando concibió el plan de emprender el caluroso viaje a Baltimore, pasar la noche en lo de una amiga y luego venir a ver a su hermano, se había sentido un tanto virtuosa conscientemente y había deseado que él no fuera un

mojigato y que no estuviera resentido porque ella no hubiera venido antes; pero caminar aquí con él bajo los árboles parecía tan poca cosa y, para su sorpresa, una cosa tan grata.

—Pero, Kieth —contestó enseguida—, sabes que no podría haber esperado un solo día más. Te vi cuando tenía cinco años, pero por supuesto no lo recordaba, y ¿cómo podría haber seguido sin haber visto prácticamente nunca a mi único hermano?

—Fue de lo más dulce de tu parte, Lois —repitió.

Lois se sonrojó; él sí que tenía personalidad.

—Quiero que me cuentes todo sobre ti —dijo él después de una pausa—. Por supuesto, tengo una idea general de lo que tú y mamá hicieron en Europa esos catorce años, y luego estuvimos todos tan preocupados, Lois, cuando tuviste neumonía y no podías venir con mamá (a ver, eso fue hace dos años), y luego, bueno, he visto tu nombre en los periódicos, pero todo fue tan insatisfactorio. No te conocía, Lois.

Ella se encontró analizando la personalidad de él como analizaba la personalidad de todos los hombres que conocía. Se preguntaba si el efecto de… de intimidad que él transmitía nacía de la constante repetición de su nombre. Él lo decía como si amara la palabra, como si para él tuviera un significado inherente.

—Luego estabas estudiando —continuó.

—Sí, en Farmington. Mamá quería que fuera a un convento, pero yo no quise.

Lo miró de soslayo para ver si esto le ofendía.

Pero él solo asintió despacio.

—Tuviste suficientes conventos afuera, ¿no?

—Sí. Y además, Kieth, los conventos son diferentes allá. Acá, incluso en los mejores, hay tantas chicas *comunes*.

Él asintió de nuevo.

—Sí —coincidió—, me imagino, y sé cómo te hace sentir eso. A mí acá me irritaba al principio, Lois, si bien no se lo diría a nadie más que a ti; somos un poco susceptibles, tú y yo, a este tipo de cosas.

—¿Te refieres a los hombres de acá?

—Sí, algunos por supuesto me caían bien, eran la clase de hombres con la que siempre me habían juntado, pero había otros; un hombre llamado Regan, por ejemplo: yo odiaba a ese tipo, y ahora es prácticamente el mejor amigo que tengo. Un personaje maravilloso, Lois; más tarde vas a conocerlo. La clase de hombre que querrías tener a tu lado en una pelea.

Lois estaba pensando que Kieth era la clase de hombre que ella querría tener a su lado en una pelea.

—¿Cómo fue que…, cómo fue que te decidiste? —preguntó ella, algo tímida—. A venir acá, quiero decir. Por supuesto, mamá me contó la historia del coche cama.

—Ah, eso —se lo notaba un poco molesto.

—Cuéntamelo. Me gustaría que me lo contaras tú.

—Ah, no es nada, excepto lo que probablemente sepas. Ya era de noche y llevaba todo el día viajando en el tren y pensando en… en cientos de cosas, Lois, cuando de repente tuve la sensación de que tenía a alguien sentado enfrente, sentía que ya hacía un rato que estaba ahí, y tenía la vaga idea de que era otro viajero. De golpe se inclinó hacia mí y escuché una voz que dijo: «Quiero que seas sacerdote, eso es lo que quiero». Bueno, di un salto y grité: «¡Dios mío, eso no!». Quedé como un idiota delante de unas veinte personas; ya ves, no había nadie sentado ahí en absoluto. Una semana después, fui a la Universidad Jesuita de Filadelfia y subí gateando con las manos y las rodillas el último tramo de escaleras hasta la rectoría.

Hubo otro silencio y Lois vio que los ojos de su hermano llevaban una mirada lejana, que él tenía la vista fija perdida en los campos soleados. Estaba conmovida por las modulaciones de su voz y el silencio repentino que pareció flotar alrededor de él cuando terminó de hablar.

Advirtió ahora que los ojos de él eran de la misma fibra que los de ella, sin rastros de verde, y que su boca era mucho más delicada, en realidad, que en el retrato —¿o sería que en el último tiempo su cara se había desarrollado en consonancia?—. Se estaba quedando un poco calvo justo en la mollera. Ella se preguntó si sería de tanto usar sombrero. Parecía horrible que un hombre se quedara calvo y a nadie le importara.

—¿Eras… devoto de joven, Kieth? —le preguntó—. Sabes a qué me refiero. ¿Eras religioso? Si es que no te molestan estas preguntas personales.

—Sí —contestó con los ojos todavía lejos, y ella sintió que esta intensa abstracción era parte de su personalidad tanto como su atención—. Sí, supongo que sí, cuando estaba… sobrio.

Lois se exaltó levemente.

—¿Tomabas?

Él asintió.

—Estaba en camino de arruinarlo todo.

Sonrió y, volviendo los ojos grises hacia ella, cambió de tema:

—Niña, cuéntame sobre mamá. Sé que últimamente ha sido dificilísimo para ti. Sé que has tenido que sacrificar mucho y soportar demasiado, y quiero que sepas que pienso que eso habla muy bien de ti. Creo, Lois, que es como si ocuparas allá el lugar de los dos.

Lois pensó enseguida en lo poco que había sacrificado; en que en el último tiempo había evitado constantemente a su madre nerviosa y medio inválida.

—No se debería sacrificar la juventud a la vejez, Kieth —dijo ella con firmeza.

—Lo sé —suspiró—, y no deberías cargar con ese peso sobre tus hombros, niña. Desearía estar allí para ayudarte.

Ella vio lo rápido que él había dado vuelta su comentario y supo al instante cuál era esta cualidad que transmitía. Era dulce. Sus pensamientos se desviaron por una tangente, y luego rompió el silencio con un comentario extraño.

—Lo dulce es duro —dijo ella de repente.

—¿Qué?

—Nada —negó confundida—. No quise hablar en voz alta. Estaba pensando en algo; en una conversación con un hombre llamado Freddy Kebble.

—¿El hermano de Maury Kebble?

—Sí —dijo ella, un poco sorprendida al pensar que él había conocido a Maury Kebble. Sin embargo, no tenía nada de raro—. Bueno, hace unas semanas estaba hablando con él sobre la dulzura. Ah, no sé; yo dije que un hombre llamado Howard…, que un hombre que yo conocía era dulce, y él no estaba de acuerdo conmigo, y comenzó a hablar de qué era la dulzura en un hombre. Me decía que yo me refería a una especie de suavidad sensiblera, pero yo sabía que no; sin embargo, no sabía exactamente cómo expresarlo. Ahora entiendo. Quise decir exactamente lo opuesto. Supongo que la verdadera dulzura es una especie de dureza, y fuerza.

Kieth asintió.

—Entiendo lo que dices. Conocí a viejos sacerdotes que eran así.

—Estoy hablando de hombres jóvenes —le dijo, un tanto desafiante.

—¡Ah!

Habían llegado al diamante ahora desierto y él, tras señalarle un banco de madera, se desparramó por completo sobre el césped.

—¿Estos hombres *jóvenes* son felices acá, Kieth?

—¿No se los ve felices, Lois?

—Supongo que sí, pero esos *jóvenes*, esos dos que acabamos de ver… ¿Ellos han…? ¿Son…?

—¿Si se han enrolado? —se rio—. No, pero estarán el mes que viene.

—¿Para siempre?

—Sí, salvo que colapsen mental o físicamente. Por supuesto que bajo una disciplina como la nuestra muchos abandonan.

—Pero esos *chicos*. ¿Están renunciando a buenas oportunidades afuera, como tú?

Él asintió.

—Algunos sí.

—Pero, Kieth, no saben lo que hacen. No han tenido experiencia de lo que están perdiéndose.

—No, supongo que no.

—No parece justo. Es como si la vida los hubiera asustado al principio no más. ¿Todos vienen de tan *jóvenes*?

—No, algunos han callejeado, tuvieron vidas bastante alocadas; Regan, por ejemplo.

—Pensaría que esos son más indicados —dijo ella meditativa—, hombres que *vieron* la vida.

—No —dijo Kieth serio—, no estoy seguro de que callejear le dé a un hombre el tipo de experiencia que pueda comunicar a otros. Algunos de los hombres más abiertos que conocí han sido absolutamente rígidos consigo mismos. Y los libertinos reformados son una clase notoriamente intolerante. ¿No crees, Lois?

Ella asintió, todavía meditativa, y él continuó:

—A mí me parece que, cuando una persona débil recurre a otra, no es ayuda lo que quiere; es una especie de compañía en la culpa, Lois. Después que naciste, cuando mamá empezó a sufrir de los nervios, ella solía ir a llorar con una tal señora Comstock. Dios, me daba escalofríos. Decía que la confortaba, pobre madre. No, no creo que para ayudar a otros sea necesario mostrarse uno mismo en lo más mínimo. La verdadera ayuda viene de una persona más fuerte a quien uno respeta. Y su compasión es mucho mayor porque es impersonal.

—Pero la gente busca compasión humana —objetó Lois—. Quieren sentir que la otra persona se ha enfrentado a la tentación.

—Lois, en el fondo quieren sentir que la otra persona ha sido débil. A eso se refieren con *humana*.

»Acá en este viejo monasterio, Lois —continuó con una sonrisa—, tratan de sacarnos toda esa autoconmiseración y ese orgullo por nuestra propia voluntad ya bien desde el principio. Nos ponen a refregar los pisos y a hacer otras cosas. Es como esa idea de perder tu vida para salvarla. Mira, para nosotros es como si cuanto menos humano sea un hombre, en tu sentido de *humano*, mejor va a poder servir a la humanidad. Y además lo cumplimos hasta el fin. Cuando muere uno de nosotros, la familia no puede llevárselo ni siquiera entonces. Lo entierran aquí, bajo una simple cruz de madera, con mil más.

Su tono cambió de repente y la miró con un intenso brillo en los ojos grises.

—Pero en el fondo del corazón de un hombre hay cosas de las que no puede deshacerse; y una de ellas es que estoy terriblemente enamorado de mi hermanita.

Con un impulso repentino, ella se arrodilló junto a él en el pasto y se inclinó para besarle la frente.

—Eres duro, Kieth —dijo ella—, y te amo por eso; y eres dulce.

III

Cuando volvieron a la sala de visitas, Lois conoció a otro grupito de los amigos particulares de Kieth; había un joven llamado Jarvis, un poco pálido y de aspecto delicado, y ella supuso que debía ser nieto de la vieja señora Jarvis que conocía de su infancia y comparó mentalmente a este asceta con un par de los tíos desenfrenados de él.

Y estaba Regan, con la cara surcada de cicatrices y ojos penetrantes intensos que la seguían por la sala y a menudo se posaban en Kieth con algo muy parecido a la adoración. Entonces supo qué quiso decir Kieth con «un buen hombre para tener a tu lado en una pelea».

Es del estilo misionero, pensó ella vagamente, China o algún lugar así.

—Quiero que la hermana de Kieth nos muestre qué es el meneíto de hombros[30] —demandó un joven con una amplia sonrisa.

Lois se rio.

—Me temo que el padre rector me sacaría meneando a la calle. Además, no soy experta.

—Estoy seguro de que igualmente no sería lo mejor para el alma de Jimmy —dijo Kieth solemne—. Tiende a quedarse cavilando sobre cosas como los meneos. Estaban recién comenzando a hacer la… machicha[31]

(¿cierto, Jimmy?) cuando se hizo monje y lo obsesionó todo el primer año. Lo veíamos cuando pelaba papas: abrazaba el balde y hacía movimientos irreligiosos con los pies.

Hubo una carcajada general a la que Lois se unió.

—Una señora anciana que viene aquí a misa le mandó a Kieth este helado —susurró Jarvis velado por las risas— porque se enteró de que venías. Es muy rico, ¿no?

En los ojos de Lois temblaban unas lágrimas.

IV

Luego, media hora después en la capilla, de repente todo salió mal. Hacía muchos años desde la última vez que Lois había ido a una bendición y al principio estaba entusiasmada con el reluciente ostensorio con su centro blanco, el aire rico cargado de incienso y el sol que brillaba a través del vitral de san Francisco Javier, en lo alto, y que caía en cálida tracería roja sobre la sotana del hombre situado frente a ella, pero con las primeras notas de O salutaris hostia fue como si un gran peso descendiera sobre su alma. A su derecha estaba Kieth y a su izquierda el joven Jarvis, y ella les echó furtivas miradas intranquilas a ambos.

¿Qué me pasa?, pensó impaciente.

Volvió a mirar. ¿Había en esos dos perfiles cierta frialdad que ella no había notado antes; una palidez en la zona de la boca y una curiosa expresión fija en los ojos? Se estremeció levemente: eran como hombres muertos.

Sintió que su alma se alejaba de repente de la de Kieth. Este era su hermano; esta, esta persona antinatural. Se pescó en el acto de una risita.

«¿Qué me pasa?».

Se pasó la mano por los ojos y el peso se incrementó. El incienso le daba náuseas y una nota aislada disonante de uno de los tenores del coro le rechinó en el oído como el chirrido de una pizarra. Se movió nerviosa y al llevarse la mano al cabello se tocó la frente y la encontró húmeda.

«Hace calor aquí, un calor del demonio».

De nuevo reprimió una risa débil y luego, en un instante, el peso que tenía en el corazón se dispersó de repente en forma de un miedo frío. Era esa vela del altar. Todo estaba mal, mal. ¿Por qué ninguno lo veía? Había algo *en* la vela. Había algo saliendo de la vela, cobrando forma y figura por encima de la vela.

Trató de combatir su pánico creciente, se dijo que era el pabilo. Si el pabilo no estaba derecho, las velas hacían algo; pero ¡no hacían esto! Con rapidez incalculable, una fuerza se juntaba dentro de ella, una fuerza tremenda, absorbente, que se alimentaba de cada sentido, de cada rincón del cerebro, y cuando subió en su interior la fuerza, sintió una repulsión enorme, aterrada. Se apretó los brazos al cuerpo, lejos de Kieth y Jarvis.

Algo en esa vela… ahora ella se inclinaba hacia adelante: sintió que al momento siguiente se iría adelante hacia la vela. ¿Nadie lo veía? ¿Nadie?

«¡Arj!».

Sintió un espacio junto a ella y algo le dijo que Jarvis había resollado y se había sentado muy de repente…; luego estaba arrodillada y cuando el ostensorio fulgurante se retiraba lentamente del altar en las manos del sacerdote, escuchó un gran ruido vertiginoso en sus oídos: las campanadas eran como martillazos…; y luego en un momento que pareció eterno un gran torrente le arrolló el corazón; entonces hubo un grito y un latigazo como de olas…

… Estaba llamándolo, se sintió llamando a Kieth, sintió los labios articulando las palabras que no venían:

—¡Kieth! ¡Dios mío! *¡Kieth!*

De pronto fue consciente de una nueva presencia, algo externo, frente a ella, consumado y expresado en cálida tracería roja. Entonces lo supo. Era la ventana de san Francisco Javier. Su mente se agarró a esta, se aferró al fin, y ella se sintió llamándolo de nuevo, incesante, impotente: ¡Kieth, Kieth!

Luego, de una inmensa quietud surgió una voz:

—*Bendito sea Dios*.

Con un resonante eco gradual sonó la respuesta que rodó pesada por la capilla:

—Bendito sea Dios.

Las palabras le cantaron enseguida en el corazón; el incienso reposaba mística y dulcemente pacífico en el aire y *la vela del altar se apagó*.

—Bendito sea su Santo Nombre.

—Bendito sea su Santo Nombre.

Todo se desdibujó en una bruma oscilante. Con un sonido mitad resuello, mitad grito, se balanceó sobre los pies y se tambaleó para atrás hacia los brazos repentinamente extendidos de Kieth.

V

—Quédate recostada, niña.

Volvió a cerrar los ojos. Estaba afuera, en el césped, sirviéndose del brazo de Kieth como almohada, y Regan le daba toquecitos en la cabeza con una toalla fría.

—Estoy bien —dijo ella en voz baja.

—Lo sé, pero quédate recostada un rato más. Hacía mucho calor adentro. Jarvis también lo sintió.

—Estoy bien —repitió.

Pero aunque una cálida paz le llenaba la mente y el corazón, se sentía extrañamente rota y humillada, como si alguien para divertirse hubiera expuesto su alma desnuda.

VI

Media hora después caminaba apoyándose en el brazo de Kieth por el largo sendero central hacia la verja.

—Ha sido una tarde muy corta —suspiró él—; y siento mucho que te hayas descompuesto, Lois.

—Kieth, me siento bien ahora, de verdad; quisiera que no te preocuparas.

—Pobre niña. No me di cuenta de que la bendición sería una ceremonia larga para ti luego de todo ese viaje caluroso hasta acá.

Ella se rio alegre.

—Supongo que, en realidad, no estoy muy acostumbrada a ir a la bendición. La misa es el límite de mis esfuerzos religiosos.

Hizo una pausa y enseguida continuó:

—No quiero impactarte, Kieth, pero no puedo explicarte lo… lo inconveniente que es ser católico. En verdad no parece pertinente ya. En cuanto a la moral, algunos de los muchachos más salvajes que conozco son católicos. Y los más inteligentes; quiero decir los que piensan y leen mucho, pareciera que ellos ya no creen en casi nada.

—Cuéntame más. El ómnibus no vendrá hasta dentro de media hora.

Se sentaron en un banco junto al sendero.

—Por ejemplo, Gerald Carter, él publicó una novela. Directamente ruge cuando alguien menciona la inmortalidad. Y luego Howa…; bueno, otro hombre que he conocido bien en el último tiempo, que era Phi Beta Kappa[32] en Harvard, dice que ninguna persona inteligente puede creer en el cristianismo sobrenatural. Pero que Cristo era un gran socialista. ¿Te estoy impactando?

Se interrumpió de repente.

Kieth sonrió.

—No se puede impactar a un monje. Somos amortiguadores de impacto profesionales.

—Bueno —continuó ella—, eso es más o menos todo. Parece tan… tan *estrecho*. Las escuelas parroquiales, por ejemplo. Hay más libertad sobre algunas cosas, que la gente católica no puede ver: como los métodos de control de natalidad.

Kieth hizo una mueca de incomodidad casi imperceptible, pero Lois la notó.

—Ah —dijo ella enseguida—, todo el mundo habla de todo ahora.

—Probablemente sea mejor así.

—Ah, sí, mucho mejor. Bueno, eso es todo Kieth. Solo quería contarte por qué estoy un poco… tibia en este momento.

—No estoy impactado, Lois. Entiendo mejor de lo que crees. Todos pasamos por momentos así. Pero sé que va a salir todo bien, niña. Está ese don de fe que tenemos tú y yo, que nos va a ayudar a atravesar los malos trances.

Se levantó mientras hablaba y comenzaron a andar de nuevo por el sendero.

—Quiero que reces por mí de vez en cuando, Lois. Creo que tu oración sería justo lo que necesito. Porque nos hemos acercado mucho en estas pocas horas, me parece.

De repente a ella le brillaban los ojos.

—¡Ay, sí, sí que nos acercamos! —exclamó ella—. Me siento más cerca de ti ahora que de cualquier otra persona en el mundo.

Él se detuvo de repente y le señaló el costado del sendero.

—Podríamos…; solo un minuto…

Era una piedad, una estatua de tamaño real de la Virgen Bendita erguida dentro de un semicírculo de rocas.

Algo cohibida, se arrodilló junto a él e hizo un intento fallido de rezar.

Estaba apenas por la mitad cuando él se levantó. Volvió a tomarla del brazo.

—Quería agradecerle a ella por dejarnos tener este día juntos —dijo él con sencillez.

Lois sintió un nudo repentino en la garganta y quiso decir algo que le hiciera saber cuánto había significado para ella también. Pero no encontró palabras.

—Voy a recordarlo siempre —continuó; la voz le temblaba un poco—; este día de verano contigo. Ha sido todo lo que esperaba. Tú eres todo lo que esperaba, Lois.

—Estoy de lo más contenta, Kieth.

—Cuando eras chica, me enviaban instantáneas tuyas todo el tiempo, primero de bebé y luego de niña en calcetines jugando en la playa con un balde y una pala, y luego, de repente, una nena anhelante de ojos puros maravillados; y yo fabricaba sueños sobre ti. Un hombre tiene que tener algo vivo a lo que aferrarse. Creo, Lois, que era tu alma blanquita lo que trataba de mantener cerca, incluso cuando la vida era puro ruido y todas las ideas intelectuales sobre Dios parecían una mera burla, y el deseo y el amor y un millón de cosas venían y me decían: «¡Mírame! Mira, soy la Vida. ¡Me estás dando la espalda!». En todo ese tiempo de sombra, Lois, siempre podía ver tu alma de bebé revoloteando delante de mí, muy frágil y transparente y maravillosa.

Lois lloraba suave. Habían llegado a la verja, donde ella se apoyó con el codo mientras se secaba los ojos con toques furiosos.

—Y luego, niña, cuando te enfermaste, me arrodillé una noche entera y le pedí a Dios que te salvara para mí; porque sabía que quería más; Él me había enseñado a querer más. Quería saber que te movías y respirabas en el mismo mundo que yo. Te vi crecer, vi esa blanca inocencia tuya transformarse en una llama que arde para dar luz a otras almas más débiles. Y luego quería alzar algún día a tus hijos en mi rodilla y oír que al viejo monje refunfuñón lo llamaran tío Kieth.

Ahora parecía reírse mientras hablaba.

—Lois, Lois, le pedía más a Dios en ese entonces. Quería las cartas que tú me escribirías y el lugar que tendría en tu mesa. Quería muchísimas cosas, Lois, querida.

—Me tienes a mí, Kieth —sollozó ella—, lo sabes, di que lo sabes. Ay, estoy actuando como una bebé, pero no creí que serías así, y yo…, ay, Kieth, Kieth…

Él le tomó la mano y la palmeó con suavidad.

—Aquí llega el ómnibus. Volverás, ¿cierto?

Ella le puso las manos en las mejillas y le bajó la cabeza para presionar su propia cara bañada en lágrimas contra la de él.

—Ay, Kieth, hermano, algún día te contaré algo…

Él la ayudó a subir, vio que se sacaba el pañuelo y le sonreía valiente, cuando el conductor dio un latigazo y el ómnibus se marchó rodando. Luego

una nube espesa de polvo se levantó alrededor del ómnibus y ella desapareció.

Durante unos minutos se quedó de pie en el camino, con la mano en el poste de la verja, los labios entreabiertos en una sonrisa.

—Lois —dijo en voz alta como maravillado—, Lois, Lois.

Luego, algunos novicios que pasaban lo vieron arrodillado ante la piedad, y al volver después de un rato lo encontraron todavía allí. Y estuvo allí hasta que cayó el anochecer y los árboles corteses se pusieron parlanchines encima de su cabeza y los grillos retomaron el bordón de su canción en el césped oscuro.

VII

El primer empleado de la cabina del telégrafo de la estación de Baltimore le silbó al segundo empleado entre sus dientes de conejo.

—¿Qué pasa?

—¿Ves a esa chica? No, la bonita con los lunares negros grandes en el velo. Tarde; se fue. Te lo perdiste.

—¿Qué hay con ella?

—Nada. Salvo que estaba lindísima. Vino ayer y mandó un telegrama a un tipo para encontrarse en algún lado. Luego, hace un minuto, vino con un telegrama ya escrito y estaba ahí a punto de dármelo cuando cambió de opinión o algo y de repente lo rompió.

—Mmm.

El primer empleado rodeó el mostrador, levantó del piso los dos pedazos de papel y los juntó sin mucho cuidado. El segundo empleado los leyó por encima de su hombro e inconscientemente contó las palabras mientras leía. Eran tan solo trece.

Esto va a modo de adiós definitivo. Te sugiero que sea a Italia.

LOIS

—Lo rompió, ¿eh? —dijo el segundo empleado.

Dalyrimple da un mal paso

I

En el milenio, un genio de la educación escribirá un libro para que le sea entregado a cada hombre joven en la fecha de su desilusión. Esa obra tendrá el sabor de los ensayos de Montaigne y de los cuadernos de Samuel Butler; y un poco de Tolstoi y de Marco Aurelio. No será ni alegre ni agradable, pero contendrá numerosos pasajes de un humor sorprendente. Como las mentes de primer nivel nunca creen muy firmemente en nada hasta que lo experimentan, su valor será puramente relativo…; los mayores de treinta se referirán a ella como «deprimente».

Este preludio corresponde a la historia de un joven que vivió, como usted y yo, antes de ese libro.

II

La generación en la que figuró Bryan Dalyrimple pasó fugaz de la adolescencia a una estruendosa fanfarria de trompetas. Bryan fue la estrella en un episodio que incluyó una ametralladora Lewis y una victoria fácil en nueve días tras las líneas alemanas en retirada, por lo que la suerte triunfante o el sentimiento rampante lo premiaron con una hilera de medallas y a su llegada a los Estados Unidos le dijeron que era segundo en importancia solo después del general Pershing y el sargento York[33]. Eso fue muy divertido. El gobernador de su estado, un descarriado congresista, y una comisión de ciudadanos le regalaron enormes sonrisas y «Por Dios, señores» en el muelle de Hoboken; había reporteros y fotógrafos de periódicos que le decían «Me permite» y «Si es tan amable»; y cuando estuvo de regreso en su ciudad natal, había señoras mayores con los ojos enrojecidos mientras le hablaban y chicas

que no se habían acordado tanto de él desde que el negocio de su padre hizo ¡puf! en 1912.

Pero cuando se extinguió el griterío, se dio cuenta de que llevaba un mes como huésped en la casa del alcalde, de que todo lo que tenía en el mundo eran catorce dólares y de que «el nombre que vivirá por siempre en los anales y leyendas de este estado» ya estaba viviendo ahí una vida muy silenciosa y oscura.

Una mañana se quedó en la cama hasta tarde y justo afuera de su puerta oyó hablar a la criada del piso de arriba con la cocinera. La criada de arriba decía que la señora Hawkins, la esposa del alcalde, había estado toda la semana lanzándole indirectas a Dalyrimple para que se fuera de la casa. Dalyrimple se fue a las once en punto en un estado de intolerable confusión, no sin antes pedir que enviaran su baúl a la pensión de la señora Beebe.

Dalyrimple tenía veintitrés años y nunca había trabajado. El padre le había regalado dos años en la universidad estatal y había fallecido en la época de la incursión de nueve días de su hijo, dejando atrás algunos muebles de mediados de la era victoriana y un delgado paquete de papeles doblados que resultaron ser facturas de almacén. El joven Dalyrimple tenía ojos grises muy penetrantes, una mente que deleitaba a los evaluadores psicológicos del ejército, una actitud de haberlo leído —fuera lo que fuese— hacía algún tiempo y un pulso firme en situaciones apremiantes. Pero estas cosas no le ahorraron un suspiro final nada resignado al reconocer que tendría que salir a trabajar; de inmediato.

Eran las primeras horas de la tarde cuando entró en la oficina de Theron G. Macy, dueño de la tienda mayorista de comestibles más grande de la ciudad. Rechoncho, próspero, de sonrisa agradable pero poco inclinada al humor, Theron G. Macy lo saludó cordial.

—Bueno, ¿qué tal, Bryan? ¿Qué te trae por aquí?

A Dalyrimple, debatiéndose en su confesión, sus propias palabras, cuando salieron, le sonaron al lamento de un mendigo árabe que pide limosna.

—Pues… este asunto de un empleo. —(«Este asunto de un empleo» quedaba de alguna manera mejor vestido que «un empleo» a secas).

—¿Un empleo? —una brisa casi imperceptible sobrevoló la expresión del señor Macy.

—Verá usted, señor Macy —continuó Dalyrimple—, siento que estoy perdiendo el tiempo. Quiero empezar a hacer algo. Tuve varias ofertas hace como un mes, pero ahora todas parecen haberse… esfumado.

—Veamos —interrumpió el señor Macy—, ¿cuáles eran?

—Bueno, primero de todo el gobernador dijo algo sobre una vacante en su personal. Yo más bien estuve a la expectativa de eso un tiempo, pero oí que le dio el puesto a Allen Gregg, usted sabe, el hijo de G. P. Gregg. Parece que se olvidó de lo que me había dicho; solo lo dijo por decir, supongo.

—Hay que insistir con esas cosas.

—Luego estaba esa expedición de ingeniería, pero decidieron que iban a necesitar a un hombre que supiera de hidráulica, así que yo no les servía a no ser que yo mismo me pagara los gastos.

—¿Estuviste solo un año en la universidad?

—Dos. Pero no cursé ni ciencias ni matemática. Bueno, el día en que desfiló el batallón, el señor Peter Jordan dijo algo sobre una vacante en su tienda. Hoy pasé por ahí y vi que se refería a una especie de encargado de sección; y luego usted dijo un día algo —hizo una pausa y esperó a que el hombre mayor continuara la frase, pero al notar solo una mínima crispación continuó— sobre un puesto, por eso pensé en venir a verlo.

—Había un puesto —confesó reticente el señor Macy—, pero ya lo hemos ocupado —carraspeó de nuevo—. Esperaste bastante rato.

—Sí, supongo que sí. Todos me decían que no había apuro; y tenía todas estas ofertas.

El señor Macy se despachó con un párrafo sobre las oportunidades de hoy en día que la mente de Dalyrimple se salteó por completo.

—¿Has tenido alguna experiencia en los negocios?

—Trabajé dos veranos en un rancho como jinete.

—Ah, bueno —el señor Macy despreció eso con eficiencia y luego continuó—: ¿cuáles crees que son tus méritos?

—No lo sé.

—Bueno, Bryan, te diré algo, estoy dispuesto a hacer una excepción y darte una oportunidad.

Dalyrimple asintió.

—Tu salario no será mucho. Comenzarás por aprenderte el inventario de mercancías. Luego vendrás a la oficina un tiempo. Luego saldrás a la calle. ¿Cuándo podrías empezar?

—¿Qué tal mañana?

—Muy bien. Preséntate con el señor Hanson en el depósito. Él te pondrá al corriente. Continuó mirando fijamente a Dalyrimple hasta que este, comprendiendo que la entrevista había llegado a su fin, se levantó con torpeza.

—Bueno, señor Macy, le estoy muy agradecido, de verdad.

—No es nada. Me alegra poder ayudarte, Bryan.

Después de un momento de indecisión, Dalyrimple se encontró en el pasillo. Tenía la frente cubierta de transpiración, y no había hecho calor en la oficina.

—¿Por qué diablos le agradecí a ese hijo de su madre? —murmuró.

III

A la mañana siguiente, el señor Hanson le informó con frialdad que había que fichar en el reloj marcador a las siete cada mañana y lo dejó en manos de un compañero para que lo instruyera, un tal Charley Moore.

Charley tenía veintiséis años y ese leve almizcle de debilidad flotándole alrededor que a menudo se confunde con el aroma de la maldad. No hacía falta ningún evaluador psicológico para concluir que se había dejado llevar por la indulgencia y la pereza con la misma naturalidad con la que se había dejado llevar por la vida y se dejaría llevar fuera de ella. Era pálido y su ropa apestaba a humo; le gustaban los espectáculos de revista, el billar y Robert Service[34], y siempre estaba rememorando su último amorío o proyectando el próximo. De joven, su gusto se había volcado a las corbatas chillonas, pero ahora parecía haberse apagado, al igual que su vitalidad, y se expresaba en corbatas de nudo simple color lila pálido y cuellos de un gris indeterminado. Charley batallaba apáticamente esa batalla perdida contra la anemia mental, moral y física que se da sin tregua en la franja inferior de toda clase media.

La primera mañana se repantigó sobre una hilera de cajas de cereal y repasó con detenimiento las limitaciones de la compañía Theron G. Macy.

—Es una organización roñosa. ¡Mi Dios! Mira no más lo que me dan. Renuncio en un par de meses. ¡Al diablo! ¿Quedarme yo con todos estos?

Los Charley Moore siempre van a cambiar de empleo el mes próximo. Eso hacen, una o dos veces en toda su carrera, tras lo cual se sientan a comparar el empleo anterior con el actual, en infinito detrimento de este último.

—¿Cuánto cobras? —preguntó Dalyrimple con curiosidad.

—¿Yo? Cobro sesenta —esto, un tanto desafiante.

—¿Empezaste con sesenta?

—¿Yo? No, empecé con treinta y cinco. Me dijo que me mandaría a la calle después de que me aprendiera el inventario. Es lo que les dice a todos.

—¿Hace cuánto que estás acá? —preguntó Dalyrimple con zozobra.

—¿Yo? Cuatro años. Mi último año, además; puedes apostar lo que quieras.

A Dalyrimple le irritaba la presencia del inspector de la tienda, tanto como le irritaba el reloj marcador, y entró en contacto casi inmediato con él debido a la regla que prohibía fumar. Esa regla era como una piedra en el zapato. Estaba acostumbrado a sus tres o cuatro cigarrillos matutinos, y después de tres días sin ellos siguió a Charley Moore, dando un rodeo por una escalera trasera, hasta un balconcito donde podían darse el gusto en paz. Pero esto no duró mucho. Un día de su segunda semana el inspector lo encontró en un recodo de la escalera, cuando bajaba, y le dijo severo que la próxima vez lo denunciaría ante el señor Macy. Dalyrimple se sintió como un escolar en falta.

Ciertos hechos desagradables llegaron a sus oídos. Había «cavernícolas» en el sótano que habían trabajado diez o quince años ahí por sesenta dólares al mes, haciendo rodar barriles y trasladando cajas a través de húmedos corredores con paredes de cemento, perdidos en esa semipenumbra resonante entre las siete y las cinco treinta y, como él, obligados a trabajar hasta las nueve de la noche varias veces al mes.

Al término de un mes esperó en la fila y recibió cuarenta dólares. Empeñó una cigarrera y unos prismáticos y se las arregló para vivir: comer, dormir y fumar. Sin embargo, apenas si le alcanzaba; como el manejo de las finanzas era para él un misterio y el segundo mes no trajo incrementos, expresó su preocupación.

—Si le das lata al viejo Macy, quizá te aumente —fue la desalentadora respuesta de Charley—. Pero a mí no me aumentó hasta después de casi dos años de estar acá.

—Tengo que vivir —dijo sencillamente Dalyrimple—. Podría ganar más como trabajador ferroviario, pero, cielos, quiero sentir que estoy donde hay oportunidad de progresar.

Charley negó escéptico con la cabeza y la respuesta del señor Macy al otro día fue igual de insatisfactoria.

Dalyrimple fue a la oficina justo antes de la hora de cierre.

—Señor Macy, me gustaría hablar con usted.

—Pues… sí —apareció la sonrisa poco inclinada al humor. El tono de voz era de ligero resentimiento.

—Quiero hablarle acerca de un aumento de salario.

El señor Macy asintió.

—Bueno —dijo con reserva—, no sé exactamente qué haces. Voy a hablar con el señor Hanson.

Él sabía exactamente lo que Dalyrimple hacía, y Dalyrimple sabía que él sabía.

—Estoy en el depósito de mercancías; y, señor, ahora que estoy acá quisiera preguntarle cuánto tiempo más tendré que quedarme ahí.

—Pues… no estoy del todo seguro. Desde luego que lleva tiempo aprenderse el inventario.

—Usted me dijo dos meses cuando comencé.

—Sí. Bueno, voy a hablar con el señor Hanson.

Dalyrimple hizo una pausa, indeciso.

—Gracias, señor.

Dos días más tarde apareció de nuevo por la oficina con el resultado de un recuento que había solicitado el señor Hesse, el tenedor de libros. El señor Hesse estaba ocupado y Dalyrimple, mientras esperaba, empezó a hojear distraídamente el libro mayor que estaba en el escritorio del taquígrafo.

Medio inconscientemente dio vuelta una página —justo vio su nombre—; era una lista de los salarios:

Dalyrimple
Demming
Donahoe
Everett

Sus ojos se detuvieron:
Everett……$ 60

Así que Tom Everett, el sobrino de Macy del mentón hundido, había empezado con sesenta; y en tres semanas había pasado del sector de embalajes a la oficina.

¡Así que eso era! Debía quedarse sentado y ver cómo un hombre tras otro pasaban por sobre él: hijos, primos, hijos de amigos, sin importar sus capacidades, mientras que a él le tocaba el papel de peón de ajedrez, con el «salir a la calle» colgado frente a sus ojos; aplazado con el comentario típico: «Lo voy a ver; lo voy a analizar». A los cuarenta, quizá, sería tenedor de libros como el viejo Hesse, el cansado, apático Hesse, con su cuota de rutina gris y un fondo gris de perorata de pensión.

Este era un momento para que el genio le metiera en la mano el libro para jóvenes desilusionados. Pero el libro no estaba escrito.

Una gran protesta que iba tomando forma de rebelión se alzó en él. Ideas medio olvidadas, caóticamente percibidas y asimiladas, llenaron su mente. Avanzar —esa era la regla de la vida— y punto. Cómo, eso no importaba; con tal de no convertirse en un Hesse o un Charley Moore.

—¡Yo no! —gritó a viva voz.

El tenedor de libros y los taquígrafos levantaron la vista sorprendidos.

—¿Qué?

Por un segundo Dalyrimple se quedó mirando; luego caminó hacia el escritorio.

—Aquí están esos datos —dijo bruscamente—. No puedo esperar más.

La cara del señor Hesse expresaba sorpresa.

No importaba lo que hiciera, siempre y cuando saliera de esa inercia. Como en un sueño salió del elevador al depósito y en un pasillo poco transitado se sentó sobre una caja, cubriéndose la cara con las manos.

El cerebro le zumbaba por el aterrador cimbronazo de descubrir por sí mismo una obviedad.

—Tengo que salir de esto —dijo en voz alta y luego repitió—: tengo que salir —y no se refería solamente a salir de la tienda mayorista de Macy.

Cuando se fue a las cinco treinta estaba diluviando, pero enfiló en dirección opuesta a la de su pensión, sintiendo, con la primera humedad fría que se le filtraba acuosa por el viejo traje, una rara exultación y frescura. Quería un mundo que fuera como caminar por la lluvia, aunque no pudiera ver mucho más adelante; pero el destino lo había puesto en el mundo de los depósitos y corredores fétidos del señor Macy. Al principio lo invadió tan solo la abrumadora necesidad de un cambio; luego en su imaginación empezaron a formularse planes a medias.

—Voy a ir al este; a una ciudad grande; a conocer gente; gente más importante; gente que me va a ayudar. Un trabajo interesante en alguna parte. Por Dios, *tiene* que haber.

Con repugnante franqueza cayó en la cuenta de que su facilidad para conocer gente era limitada. De todos los lugares posibles, era aquí en su propia ciudad donde tenía que ser conocido, donde era conocido —famoso— antes que las aguas del olvido arrasaran con él.

Uno tenía que tomar atajos, eso era todo. Influencias; relaciones; matrimonios por conveniencia…

Durante varias millas la continua reiteración de eso le ocupó la mente, y entonces percibió que la lluvia se había vuelto más densa y más opaca en el gris plomizo del crepúsculo y que las casas iban espaciándose. El distrito de compactos edificios de apartamentos, luego el de casas grandes, luego el de casas pequeñas más dispersas fueron pasando, y a ambos lados se abrieron grandes extensiones de campo brumoso. Era difícil caminar por ahí. La acera había dado paso a un camino de tierra, surcado por furiosos arroyitos marrones que salpicaban y chapoteaban alrededor de sus zapatos.

Tomar atajos: las palabras empezaron a deshacerse formando curiosos fraseos, pedacitos iluminados de sí mismas. Se resolvieron en oraciones, cada una de las cuales tenía una resonancia extrañamente familiar.

Tomar atajos significaba rechazar los viejos preceptos de la niñez de que el éxito provenía de la fidelidad al deber, de que la maldad era debidamente castigada o la virtud debidamente recompensada; de que la pobreza honesta era más feliz que la riqueza corrupta.

Significaba ser duro.

Esta frase le gustó y la repitió una y otra vez. De alguna forma, tenía que ver con el señor Macy y con Charley Moore: las actitudes, los métodos de cada uno.

Se detuvo y se palpó la ropa. Estaba empapado hasta los huesos. Miró alrededor y, tras elegir un lugar de la cerca al resguardo de un árbol, se encaramó ahí, en vilo.

En mis años crédulos —pensó— me decían que la maldad era una especie de tinte sucio, tan evidente como el cuello manchado de una camisa; pero a mí me parece que la maldad es tan solo una forma de mala suerte, o de herencia más entorno, o de «ser descubierto». Se esconde con tanta certeza en las vacilaciones de inútiles del estilo de Charley Moore como en la intolerancia de Macy, y si alguna vez llega a hacerse mucho más tangible se convierte en un mero rótulo arbitrario que uno pega sobre las cosas desagradables de la vida de los otros.

De hecho —concluyó— no vale la pena molestarse en definir qué es y qué no es la maldad. Lo bueno y lo malo no son ningún parámetro para mí; y pueden convertirse en una traba infernal cuando quiero algo. Cuando quiero algo con todas mis fuerzas, el sentido común me dice que vaya y lo tome; y que no me pesquen.

Y entonces Dalyrimple supo de pronto lo que quería primero. Quería quince dólares para pagar el alquiler vencido de la pensión.

Con furiosa energía saltó de la cerca, se sacó la chaqueta de un tirón y del forro negro cortó con su navaja un cuadrado de tela de unas cinco pulgadas. Le hizo dos orificios en un extremo y luego se lo colocó sobre la cara, calzándose el sombrero para sujetarlo en su lugar. La tela flameó grotescamente y luego se mojó y se le adhirió a la frente y las mejillas.

Ahora sí… El crepúsculo se había fundido en rezumante oscuridad… negra como el carbón. Empezó a caminar rápido de regreso a la ciudad, sin deseo de sacarse la máscara aunque mirando la calle con dificultad a través de los orificios mal cortados. No tenía conciencia de ningún nerviosismo; la única causa de tensión era el deseo de concretar el asunto lo antes posible.

Llegó adonde comenzaba la acera, continuó hasta que vio un seto vivo alejado de cualquier farol y se apostó detrás. Al cabo de un minuto, oyó varias series de pasos; esperó: era una mujer y contuvo la respiración hasta que ella pasó…; y luego un hombre, un obrero. El próximo transeúnte, tuvo la sensación, sería lo que él quería…; las pisadas del obrero se extinguieron a lo lejos en la calle empapada…, otros pasos se acercaban, se hicieron de pronto más fuertes.

Dalyrimple juntó coraje.

—¡Manos arriba!

El hombre se detuvo, soltó un gruñidito absurdo y estiró los brazos regordetes al cielo.

Dalyrimple le palpó el chaleco.

—Ahora, renacuajo —dijo, colocando la mano sugestivamente en su propio bolsillo trasero—, corre ¡y con pisadas fuertes! ¡Si oigo que tus pies se detienen te meto un tiro!

Luego se quedó ahí riéndose con una repentina carcajada incontrolable mientras unas pisadas audiblemente asustadas se escurrían en medio de la noche.

Después de un momento se metió el fajo de billetes en el bolsillo, se arrancó la máscara y, tras cruzar rápido la calle, se perdió de vista en un callejón.

IV

Sin embargo, por más que Dalyrimple se justificaba a sí mismo intelectualmente, tuvo muchos momentos de inquietud en las semanas posteriores a su decisión. La tremenda presión de los sentimientos y la

tradición heredada seguían sublevándose contra su actitud. Se sentía moralmente solo.

Al mediodía siguiente de su primera aventura, almorzó en un pequeño restaurante con Charley Moore y, al observar que plegaba el periódico, esperó algún comentario sobre el atraco del día anterior. Pero, o no hubo mención del atraco, o no le había interesado. Con apatía Charley buscó la página de deportes, leyó la tanda de trivialidades edulcoradas del doctor Crane, se devoró un editorial sobre la ambición con la boca un poco abierta y luego saltó a Mutt y Jeff[35].

Pobre Charley: con su leve aura de maldad y una mente que se negaba a concentrarse, jugando un agónico solitario con picardía malograda.

Sin embargo, Charley pertenecía al otro lado de la cerca. En él podían agitarse todas las pasiones y denuncias en pos de la rectitud; podía llorar por la virtud perdida de una heroína teatral, podía volverse arrogante y despectivo ante la idea del deshonor.

De mi lado, pensó Dalyrimple, no hay lugar para el sosiego; un delincuente fuerte persigue también a los delincuentes débiles, todo es una guerra de guerrillas acá.

¿Qué va a hacerme todo esto a mí? —pensó, con persistente abatimiento —. ¿Junto con el honor se llevará el color de la vida? ¿Disolverá mi coraje y me embotará la mente?, ¿me dejará sin espíritu?, ¿significa futura desolación, futuro remordimiento, fracaso?

Con un gran arranque de furia, lanzaría su voluntad contra la barrera; y allí se erguiría con la reluciente bayoneta de su orgullo. Otros hombres que violaban las leyes de la justicia y la caridad le mentían al mundo entero. Él en todo caso no se mentiría a sí mismo. Era más que byroniano ahora: ni el rebelde espiritual, Don Juan; ni el rebelde filosófico, Fausto; sino un nuevo rebelde psicológico de su propio siglo, que desafía las formulaciones sentimentales *a priori* de su propia mente.

Felicidad era lo que él quería, una escala lentamente ascendente de gratificaciones de los apetitos comunes, y tenía una fuerte convicción de que lo material de la felicidad, cuando no su inspiración, podía comprarse con dinero.

V

Llegó la noche que lo sacó a su segunda aventura, y, mientras caminaba por la calle oscura, se sintió muy parecido a un gato: cierta elasticidad rítmica,

ágil. Los músculos le ondeaban con suavidad y elegancia bajo la carne firme, saludable; tuvo un deseo absurdo de saltar por la calle, de correr en zigzag entre los árboles, de dar volteretas sobre el pasto mullido.

No hacía frío, pero en el aire flotaba un leve dejo de acritud, más inspirador que desmoralizante.

«No oí el reloj; la luna ya se puso»[36].

Se rio con deleite de ese verso que un viejo recuerdo había dotado de una belleza silenciosa, formidable.

Pasó a un hombre y luego a otro un cuarto de milla más adelante.

Iba ahora por la calle Philmore y estaba muy oscuro. Bendijo al municipio por no haber colocado los nuevos postes de luz como se había recomendado en el último presupuesto. Aquí estaba la residencia de ladrillos rojos de los Sterner, que marcaba el comienzo de la avenida; aquí estaba la casa de los Jordon, la de los Eisenhaur, la de los Dent, los Markham, los Fraser; la de los Hawkins, donde había sido huésped; la de los Willoughby, la de los Everett, colonial y ornamentada; la casita donde vivían las solteronas Watts entre las fachadas imponentes de los Macy y los Krupstadt; la casa de los Craig…

Ah…, *¡ahí!* Se detuvo, vaciló violentamente: a lo lejos calle arriba vio una mancha, un hombre caminando, posiblemente un policía. Después de un segundo eterno se encontró siguiendo la vaga sombra irregular de un poste de luz a través de un césped, corriendo bien agachado. Luego estaba de pie, tenso, sin aliento y sin necesitarlo, a la sombra de su presa de piedra caliza.

Sin cesar escuchaba: a una milla de distancia maulló un gato, a unas cien yardas otro retomó el himno con un rugido demoníaco, y él sintió que el corazón le bajaba en picada, actuando como amortiguador de su mente. Había otros sonidos; el levísimo fragmento de un canto a lo lejos; estridentes risas chismosas desde un porche trasero en diagonal por el callejón; y grillos, grillos cantando en el jardín, en el entramado de parcelas de pasto iluminado por la luna. Dentro de la casa parecía reinar un silencio ominoso. Le alegraba no saber quién vivía ahí.

Su ligero temblor se hizo duro acero; el acero se ablandó y los nervios se hicieron dúctiles como el cuero; al apretarse las manos notó con alivio que estaban ágiles, y tras sacar el cuchillo y las tenazas, se puso a trabajar en el mosquitero.

Tan seguro estuvo de que nadie lo observaba que, desde el comedor donde se encontró un minuto después, se asomó y con cuidado puso el mosquitero en su lugar, acomodándolo de modo que no se cayera por azar ni que fuese un gran obstáculo ante una repentina huida.

Luego se puso el cuchillo abierto en el bolsillo de la chaqueta, sacó la linterna y caminó en puntas de pie por la habitación.

Ahí no había nada que le fuera de utilidad: el comedor nunca había estado en sus planes, ya que la ciudad era demasiado pequeña para poder vender la vajilla de plata.

De hecho sus planes eran de lo más vagos. Había descubierto que con una mente como la suya, redituable en inteligencia, intuición y decisiones relámpago, era mejor tener solo el esqueleto de una campaña. El episodio de la ametralladora le había enseñado eso. Y temía que un método preconcebido le diera dos puntos de vista ante una crisis; y tener dos puntos de vista implicaba vacilar.

Se tropezó apenas con una silla, contuvo la respiración, escuchó, siguió, encontró el pasillo, encontró las escaleras, comenzó a subir; el séptimo escalón crujió bajo su pie, el noveno, el decimocuarto. Los estaba contando automáticamente. Al tercer crujido se detuvo de nuevo por más de un minuto, y en ese minuto se sintió tan solo como nunca antes se había sentido. Durante sus patrullajes entre las líneas de combate, incluso estando solo, había tenido el apoyo moral de muchos millones de personas; ahora estaba solo, enfrentado a esa misma presión moral: un delincuente. Nunca había sentido tanto miedo y al mismo tiempo nunca había sentido tanta exultación.

Las escaleras se terminaron, se acercaba una puerta; entró y escuchó una respiración regular. Sus pies economizaron pasos y su cuerpo de a ratos se balanceaba al estirarse para tantear en la cómoda, metiéndose en el bolsillo todos los artículos prometedores; no habría podido enumerarlos ni diez segundos después. Tanteó en una silla en busca de posibles pantalones, encontró ropa suave, lencería femenina. Las comisuras de su boca sonrieron mecánicamente.

Otro cuarto…, la misma respiración, avivada por un espantoso bufido que volvió a hacer que el corazón le diera vueltas por el pecho. Objeto redondo: reloj; cadena; fajo de billetes; alfileres de corbata; dos anillos (recordó que había tomado anillos de la otra cómoda). Se dispuso a irse, se crispó al ver un leve destello delante de él, enfrentándolo. ¡Dios! Era el destello de su propio reloj pulsera en su brazo extendido.

El descenso. Se salteó dos escalones que crujían pero se encontró con otro. Estaba bien ahora, prácticamente a salvo; a medida que se acercaba al pie de la escalera empezó a sentir un ligero aburrimiento. Llegó al comedor; contempló llevarse la vajilla de plata; otra vez la desestimó.

De vuelta en su cuarto de la pensión examinó las nuevas incorporaciones a su patrimonio:

Sesenta y cinco dólares en billetes.

Un anillo de platino con tres diamantes medianos, valuado, probablemente, en unos setecientos dólares. Los diamantes estaban en alza.

Un anillo barato enchapado en oro con las iniciales o.s. y una fecha en el interior (‘03), probablemente un anillo de graduación. Valía unos pocos dólares. Invendible.

Un estuche forrado en tela roja con un juego de dientes postizos.

Un reloj de plata.

Una cadena de oro que valía más que el reloj.

Una caja de anillos vacía.

Un pequeño dios chino de marfil; probablemente un adorno de escritorio.

Un dólar con sesenta y dos centavos en cambio.

Puso el dinero bajo la almohada y las otras cosas en la punta de una bota de infantería, que luego rellenó con una media. Después durante dos horas su mente corrió como un motor de alta potencia de acá para allá por su vida, pasada y futura, entre el miedo y la risa. Con un vago deseo inoportuno de estar casado, cayó en un sueño profundo a eso de las cinco y media.

VI

Aunque no se mencionaban los dientes postizos en el relato del robo aparecido en el periódico, a él le preocupaban bastante. La imagen de un ser humano despertándose en la fría madrugada y tanteando en vano para encontrarlos, de un blando desayuno sin dientes, de una voz extraña, hueca, ceceante llamando a la estación de policía, de agobiantes, desalentadoras visitas al dentista, provocó en él una gran compasión paternal.

Con la intención de determinar si pertenecían a un hombre o a una mujer, los sacó con cuidado del estuche y los sostuvo en alto cerca de la boca. Hizo el experimento de mover sus propias mandíbulas; midió con los dedos; pero no pudo decidir: bien podían pertenecer a una mujer de boca grande como a un hombre de boca pequeña.

En un arrebato de bondad, los envolvió en un papel de estraza sacado del fondo de su baúl del ejército y escribió en imprenta dientes postizos sobre el paquete con torpes letras a lápiz. Entonces, a la noche siguiente, caminó por la calle Philmore y arrojó veloz el paquete al césped de la entrada, de modo que quedara cerca de la puerta. Al día siguiente el periódico anunció que la

policía tenía una pista: sabían que el ladrón se encontraba en la ciudad. Sin embargo, no mencionaron cuál era la pista.

VII

Al cabo de un mes, el «Bandido Bill del distrito de la plata» era el recurso preferido de las niñeras para asustar a los niños. Se le atribuyeron cinco robos, pero aunque Dalyrimple había cometido solo tres, consideró que ganaba por mayoría y se apropió del título. Una vez lo vieron: «una criatura enorme, hinchada, con la cara más cruel que jamás se haya visto». Era entendible que la señora de Henry Coleman, al despertarse a las dos de la mañana con el reflejo de una linterna eléctrica en los ojos, no pudiera reconocer a Bryan Dalyrimple, a quien había saludado con banderas el último 4 de Julio y a quien había descrito como «muy lejos de parecer temerario, ¿no crees?».

Cuando Dalyrimple tenía su imaginación al rojo vivo, conseguía glorificar su propia actitud, su emancipación de escrúpulos y remordimientos mezquinos; pero no bien dejaba por un instante que su pensamiento vagara sin coraza, lo invadían grandes depresiones y horrores inesperados. Entonces para calmarse tenía que volver atrás y pensar todo el asunto de nuevo. Descubrió que al fin y al cabo era mejor dejar de considerarse a sí mismo un rebelde. Era más reconfortante pensar que los demás eran estúpidos.

Su actitud para con el señor Macy experimentó un cambio. Ya no sentía inferioridad ni una sombría animosidad en su presencia. Al concluir el cuarto mes en la tienda notó que veía al jefe de una manera casi fraternal. Tenía una vaga pero muy certera convicción de que el señor Macy, en lo más profundo de su alma, lo habría secundado y respaldado. Ya no le preocupaba su futuro. Tenía como meta acumular varios miles de dólares y luego desaparecer: ir al este, de regreso a Francia, a Sudamérica. En unas cuantas ocasiones en los últimos dos meses había estado a punto de dejar el trabajo, pero el miedo de llamar la atención por el hecho de disponer de fondos lo disuadió. Entonces siguió trabajando, ya no con apatía, sino con desdeñosa diversión.

VIII

Entonces, con una precipitación asombrosa, ocurrió algo que cambió sus planes y puso fin a los robos.

El señor Macy lo mandó llamar una tarde y con un gran despliegue de jovial misterio le preguntó si tenía algún compromiso esa noche. De lo contrario, si gustaría pasar por la casa del señor Alfred J. Fraser a las ocho. La sorpresa de Dalyrimple se mezclaba con la incertidumbre. Deliberó consigo mismo sobre si eso no sería una señal para tomarse el primer tren que lo sacara de la ciudad. Pero una hora de reflexión lo convenció de que sus temores eran infundados y a las ocho en punto llegó a la gran casa de los Fraser en la avenida Philmore.

El señor Fraser era considerado por muchos como la mayor influencia política de la ciudad. Su hermano era el senador Fraser, su yerno era el diputado Demming, y su influencia, si bien no la ejercía de un modo que lo hiciera parecer un jefe cuestionable, era fuerte de todos modos.

Tenía una cara grande, enorme, los ojos hundidos y el labio superior como puerta de granero; la mezcolanza llegaba a un digno clímax con un largo mentón profesional.

Durante la conversación con Dalyrimple, de tanto en tanto su expresión iniciaba un esbozo de sonrisa, alcanzaba un alegre optimismo y luego se replegaba hacia la imperturbabilidad.

—¿Cómo está, señor? —dijo, extendiéndole la mano—. Siéntese. Supongo que estará preguntándose por qué quería verlo. Siéntese.

Dalyrimple se sentó.

—Señor Dalyrimple, ¿qué edad tiene?

—Tengo veintitrés.

—Es joven. Pero eso no significa que sea tonto. Señor Dalyrimple, lo que tengo que decirle no llevará mucho tiempo. Voy a hacerle una propuesta. Para empezar por el principio, lo he estado observando desde el 4 de julio pasado, cuando dio ese discurso al recibir la copa de la amistad.

Dalyrimple murmuró algo, restándole importancia, pero Fraser le hizo un ademán para que se callara.

—Fue un discurso que aún recuerdo. Fue un discurso inteligente, sin rodeos, y le llegó a toda esa multitud. Lo sé. Llevo años observando a las multitudes —se aclaró la garganta, como tentado de hacer una digresión sobre su conocimiento de las multitudes; luego continuó—. Pero, señor Dalyrimple, he visto demasiados jóvenes brillantes muy prometedores caer estrepitosamente, fracasar por falta de constancia; demasiadas ideas de alto vuelo pero sin la suficiente voluntad de trabajar. Así que esperé. Quería ver qué haría usted. Quería ver si iría a trabajar y si habría de perseverar en lo que había comenzado.

Dalyrimple sintió que lo envolvía una sensación de bienestar.

—Entonces —continuó Fraser—, cuando Theron Macy me contó que usted había comenzado a trabajar en su tienda, seguí observándolo y él me mantuvo al tanto de su evolución. El primer mes por un momento me inquieté. Él me contó que usted estaba poniéndose impaciente, se sentía demasiado bueno para su puesto, insinuaba pedidos de aumento…

Dalyrimple se sobresaltó.

—… Pero dijo que después usted evidentemente decidió callarse y perseverar. ¡Esa es la madera que me gusta en un joven! Esa es la madera de los que triunfan. Y no crea que no entiendo. Sé cuánto más difícil fue para usted, después de toda esa boba lisonja que le prodigaron un montón de ancianas. Sé la lucha que habrá sido…

La cara de Dalyrimple ardía brillante. Se sentía joven y extrañamente ingenuo.

—Dalyrimple, usted es inteligente y tiene la madera; y eso es lo que quiero. Voy a ponerlo en el Senado estatal.

—¿En *dónde*?

—En el Senado estatal. Queremos a un joven que tenga inteligencia, pero que sea responsable y no un holgazán. Y cuando digo Senado estatal no me detengo ahí. Estamos contra las cuerdas, Dalyrimple. Tenemos que incorporar a algunos jóvenes a la política; usted sabe la de viejos dinosaurios que vienen ocupando la lista de candidatos año tras año.

Dalyrimple se humedeció los labios.

—¿Va a postularme para el Senado estatal?

—Voy a *ponerlo* en el Senado estatal.

La expresión del señor Fraser había alcanzado ahora el punto más cercano a una sonrisa, y Dalyrimple sentía con alegre frivolidad que él mismo estaba alentándola mentalmente; pero se interrumpió, quedó fija y se le escurrió. La puerta de granero y el mentón estaban separados por una línea, recta como un clavo. Dalyrimple recordó con esfuerzo que se trataba de una boca y le habló.

—Pero estoy acabado —dijo—. Mi notoriedad se terminó. La gente está harta de mí.

—Esas cosas —contestó el señor Fraser— son mecánicas. El linotipo es un resucitador de reputaciones. Espere a ver el *Herald* a partir de la semana que viene; es decir, si usted está con nosotros; es decir —y el tono de su voz se endureció un poco—, si usted no tiene demasiadas ideas propias sobre cómo deberían manejarse las cosas.

—No —dijo Dalyrimple, mirándolo con sinceridad a los ojos—. Usted tendrá que aconsejarme mucho al principio.

—Muy bien. Me encargaré de su reputación entonces. Solo manténgase del lado correcto de la cerca.

Dalyrimple se sobresaltó con la repetición de esa frase en la que había pensado tanto últimamente. De pronto sonó un timbre.

—Ese es Macy —observó Fraser, levantándose—. Lo haré pasar. Los sirvientes ya se fueron a dormir.

Dejó a Dalyrimple ahí como en un sueño. El mundo de pronto estaba abriéndose: el Senado estatal, el Senado de los Estados Unidos; así que la vida era esto después de todo: tomar atajos; tomar atajos; sentido común, esa era la regla. No más riesgos tontos ahora, a menos que hubiera necesidad; pero lo que importaba era ser duro. Nunca dejar que el remordimiento o el autorreproche le quitaran el sueño; hacer de su vida una espada de coraje; no había castigo: todo eso era una tontería; una tontería. Se puso de pie de un salto con los puños cerrados en una especie de gesto triunfal.

—Bueno, Bryan —dijo el señor Macy mientras atravesaba el portier.

Los dos hombres mayores le sonrieron con sus medias sonrisas.

—Bueno, Bryan —dijo de nuevo el señor Macy.

Dalyrimple también sonrió.

—¿Qué tal, señor Macy?

Se preguntó si algún tipo de telepatía entre ellos había hecho posible esta apreciación nueva, cierto entendimiento invisible…

El señor Macy le extendió la mano.

—Me alegra que estemos asociados en este plan; siempre me incliné por ti; especialmente en los últimos tiempos. Me alegra que estemos del mismo lado de la cerca.

—Quiero agradecerle, señor —dijo Dalyrimple con sencillez. Sintió que una humedad caprichosa se le juntaba detrás de los ojos.

Los cuatro puños

I

Hoy en día, nadie que yo conozca tiene el menor deseo de golpear a Samuel Meredith; posiblemente sea porque un hombre de más de cincuenta es propenso a sufrir una fractura de cierta gravedad ante el impacto de un puño hostil, aunque, en lo que a mí respecta, me inclino a pensar que todas sus cualidades golpeables se han desvanecido por completo. Pero es cierto que en varios momentos de su vida tuvo cualidades golpeables en la cara, tan seguro como que ha habido alguna vez cualidades besables al acecho en los labios de una chica.

No tengo dudas de que todos han conocido a un hombre así, se lo han presentado informalmente, hasta se hicieron amigos de él, e, incluso así, sentían que era de los que despertaban antipatía apasionada, expresada por algunos en un involuntario cerrar de puños y en otros mediante gruñidos a propósito de «pegarle una trompada» y «encajarle un sopapo rápido ’nel ojo». En la yuxtaposición de los rasgos de Samuel Meredith, esta cualidad era tan fuerte que influyó sobre toda su vida.

¿Qué era? No la forma, es cierto, pues era ya desde su primera juventud un hombre de apariencia agradable: de frente amplia y ojos grises que eran francos y fraternales. Aun así, lo he escuchado decir ante una sala llena de reporteros a la pesca de alguna historia de «éxito» que le daría vergüenza contarles la verdad, que no le creerían, que no fue una historia sino cuatro, que el público no querría leer acerca de un hombre que se volvió notable a fuerza de palizas.

Todo comenzó en la academia Phillips Andover cuando tenía catorce años. Lo habían criado a base de caviar y de piernas de botones en hoteles de la mitad de las capitales europeas, y por pura suerte su madre sufrió una postración nerviosa y tuvo que delegar su educación en manos un poco menos tiernas, un poco menos parciales.

En la Andover le tocó un compañero de habitación de nombre Gilly Hood. Gilly tenía trece y estatura reducida, y era algo así como el niño mimado de la escuela. Desde aquel día de septiembre en que el ayuda de cámara del señor Meredith guardó la ropa de Samuel en la mejor cómoda y preguntó, antes de retirarse: «¿Se le ofrece algo má', señor Samuel?», Gilly se quejaba de que las autoridades le habían jugado sucio. Se sentía como una rana enfurecida a la que le habían metido un pez dorado en la pecera.

—¡Por favor! —protestaba ante sus comprensivos coetáneos—, es un pito engreído de porquería. Me dice: «¿Son caballeros estos?», y yo le digo: «No, son chicos», y él me dice que la edad no importa, y yo le digo: «¿Quién dijo que sí?». ¡Que se ponga insolente conmigo el cara de torta ese!

Durante tres semanas, Gilly aguantó en silencio los comentarios del joven Samuel sobre la ropa y los hábitos de los amigos personales de Gilly, aguantó expresiones en francés en las conversaciones, aguantó un centenar de mezquindades semifemeninas que prueban lo que una madre nerviosa puede hacerle a un varón si se mantiene lo bastante cerca de él; luego estalló un temporal en el acuario.

Samuel había salido. Un grupito se había reunido a escuchar a Gilly encolerizado por los últimos pecados de su compañero de habitación.

—Me dice: «Ay, no me gusta que las ventanas queden abiertas de noche», me dice: «excepto apenas un poquito» —protestó Gilly.

—No dejes que te mandonee.

—¿Mandonearme? ¡Ya lo creo que no! Yo abro las ventanas, que sé yo, pero ese maldito imbécil no quiere turnarse pa' cerrarlas a la mañana.

—Oblígalo, Gilly, ¿por qué no?

—Eso voy a hacer —asintió Gilly con la cabeza, en feroz conformidad—. No se preocupen. No vaya a ser que se crea que soy un mayordomo más.

—Vamos a hacer que lo obligues.

En ese instante entró el maldito imbécil en persona e incluyó a todos en una de sus irritantes sonrisas. Dos chicos le dijeron: «Ey, Mer'dith»; los otros le lanzaron una mirada fría y siguieron hablando con Gilly. Pero Samuel pareció insatisfecho.

—¿Podrían no sentarse en mi cama? —les sugirió cortés a dos de los inseparables de Gilly recostados a sus anchas.

—¿Qué?

—Mi cama. ¿No entienden castellano?

Fue como echar sal en la herida. Siguieron unos cuantos comentarios sobre las condiciones sanitarias de la cama y la evidencia en su interior de

vida animal.

—¿Qué problema hay con tu cama? —inquirió Gilly belicoso.

—La cama está bien, pero…

Gilly interrumpió esta oración poniéndose de pie y caminando hacia Samuel. Se detuvo a unas cuantas pulgadas y le clavó los ojos con ferocidad.

—Tú y tu desquiciada cama —empezó—. Tú y tu desquiciada…

—Dale, Gilly —murmuró alguno.

—Enséñale a ese maldito imbécil…

Samuel le sostuvo la mirada bien fresco.

—Bueno —dijo finalmente—, es mi cama…

No llegó a decir más, porque Gilly arremetió y le dio un golpe conciso en la nariz.

—¡Síii! ¡Gilly!

—¡Enséñale a ese grandote matón!

—Deja que te toque no más, ¡ya va a ver!

El grupo se cerró en torno a ellos y por primera vez en su vida Samuel advirtió la insuperable inconveniencia de ser detestado con pasión. Impotente contempló las caras ceñudas, violentamente hostiles a su alrededor. Le sacaba una cabeza a su compañero de habitación, de modo que, si le devolvía el golpe, dirían que era un matón y se le vendrían encima media docena de peleas más en cuestión de cinco minutos; aun así, si no se lo devolvía, era un cobarde. Se quedó allí un segundo enfrentando los ojos encendidos de Gilly y luego, con un repentino sonido ahogado, se abrió paso a través de la ronda y salió corriendo de la habitación.

El mes siguiente enmarcó los treinta días más desdichados de su vida. A cada momento soportaba la lengua flagelante de sus coetáneos; sus hábitos y amaneramientos se volvieron el blanco de intolerables ocurrencias y, por supuesto, la sensibilidad de la adolescencia era una espina adicional. Juzgaba que era un paria por naturaleza; que la impopularidad en la escuela lo perseguiría toda la vida. Cuando se fue a casa para Navidad, estaba tan desanimado que su padre lo mandó a un especialista de los nervios. Cuando regresó a Andover, hizo arreglos para llegar tarde de modo que pudiera estar solo en el ómnibus durante el trayecto de la estación a la escuela.

Por supuesto que, cuando aprendió a mantener la boca cerrada, enseguida todos se olvidaron de él por completo. El otoño siguiente, al haber comprendido que ser considerado con los demás era la actitud más prudente, aprovechó bien la oportunidad de empezar de nuevo que la mala memoria de la adolescencia le otorgaba. Hacia el comienzo de su último año, Samuel

Meredith era uno de los chicos más apreciados de su clase; y ningún otro estuvo tan férreamente a su lado como su primer amigo y fiel compañero, Gilly Hood.

II

Samuel se convirtió en la clase de estudiante universitario que a principios de los noventa manejaba tándems y carruajes y calesas entre Princeton y Yale y Nueva York para demostrar su aprecio por la importancia social de los partidos de fútbol. Creía apasionadamente en las buenas formas: su gusto para elegir guantes, la manera de atarse el nudo de la corbata, el modo en que llevaba las riendas eran imitados por los influenciables estudiantes de primer año. Fuera de su propio círculo, se lo consideraba más bien un esnob, pero como su círculo era el círculo, esto jamás le preocupó. Jugaba al fútbol americano en otoño, bebía whisky con soda en invierno y remaba en primavera. Samuel despreciaba a aquellos que eran meramente deportistas sin ser caballeros o meramente caballeros sin ser deportistas.

Vivía en Nueva York y a menudo llevaba a unos cuantos amigos a su casa a pasar el fin de semana. Eran las épocas del tranvía de caballos y en caso de aglomeración lo correcto era, por supuesto, que alguno de los del círculo de Samuel se levantara y con una reverencia formal le entregara su asiento a una dama que estuviera de pie. Una noche, cuando estaba en su anteúltimo año, Samuel abordó un tranvía con dos de sus íntimos. Había tres asientos vacíos. Cuando Samuel se sentó, reparó en un obrero de ojos graves sentado a su lado que olía desagradablemente a ajo, se reclinaba un poco sobre Samuel y, algo despatarrado como cualquier hombre exhausto, a las claras ocupaba demasiado espacio.

El tranvía avanzó unas cuantas cuadras hasta que paró para hacer subir a un cuarteto de muchachas y, por supuesto, los tres hombres de mundo se pusieron de pie de un salto y ofrecieron sus asientos con la debida observancia de las formas. Por desgracia, el obrero, desconocedor del código de corbata y calesa, no siguió su ejemplo, y una joven dama quedó en una posición embarazosa. Catorce ojos se clavaron con reproche sobre el bárbaro; siete bocas se torcieron levemente; pero el objeto del desdén miraba impasible al frente en la más robusta ignorancia de su conducta vil. Samuel fue quien se sintió más violentamente afectado. Lo humillaba que cualquier hombre se condujera de ese modo. Habló alto.

—Hay una dama de pie —dijo con severidad.

Eso debería haber alcanzado, pero el objeto del desdén tan solo levantó la vista inexpresivamente. La muchacha que estaba de pie se rio por lo bajo y cruzó miraditas nerviosas con sus compañeras. Pero Samuel estaba enardecido.

—Hay una dama de pie —repitió, con cierta aspereza.

El hombre pareció comprender.

—Yo pago mi billete —dijo con calma.

Samuel se puso rojo y apretó las manos, pero el revisor estaba mirando hacia donde estaban ellos, de modo que, a una señal de advertencia de sus amigos, se sumió en una sombría desazón.

Llegaron a su destino y se bajaron del tranvía, pero también se bajó el obrero, que caminó detrás de ellos meciendo su pequeño cubo. Al ver la oportunidad, Samuel dejó de resistirse a sus inclinaciones aristocráticas. Dio media vuelta y, con un rotundo mohín de novelón, hizo una observación en voz alta sobre el derecho de los animales inferiores a viajar con los seres humanos.

En medio segundo, el trabajador soltó el cubo y se abalanzó sobre él. Desprevenido, Samuel recibió el puñetazo limpio en la mandíbula y cayó desparramado en la cuneta adoquinada.

—¡No se ría de mí! —le gritó el agresor—. ¡Vengo ’e trabajar to’ el día! ¡Tengo un cansancio infernal!

Mientras hablaba, la ira repentina fue apagándose de sus ojos y la máscara del agotamiento le cayó otra vez sobre la cara. Se volvió y recogió el cubo. Los amigos de Samuel dieron unos pasos rápidos hacia el hombre.

—¡Esperen! —Samuel se había levantado despacio y les hacía señas para que retrocedieran. Alguna vez, en algún lugar, ya le habían pegado así. Entonces lo recordó: Gilly Hood. En el silencio, mientras se quitaba el polvo, la entera escena de la habitación de la Andover le pasó por los ojos; y supo intuitivamente que se había equivocado otra vez. La fuerza de este hombre, su descanso, era la protección de su familia. Él tenía más necesidad de ese asiento en el tranvía que cualquier muchacha.

—No importa —dijo Samuel seco—. No lo toquen. Fui un soberano imbécil.

Por supuesto que a Samuel le llevó más de una hora, o de una semana, reordenar sus ideas sobre la esencial importancia de las buenas formas. Al principio, simplemente admitió que su mal obrar lo había dejado desarmado —como lo había dejado desarmado frente a Gilly—, pero con el tiempo su error con respecto al trabajador influyó en su actitud toda. El esnobismo, al

fin y al cabo, no es más que buena cuna convertida en dictadura; de modo que el código de Samuel se mantuvo, pero la necesidad de imponérselo a los demás quedó perdida en cierta cuneta. En el transcurso de ese año, sus compañeros, por alguna razón, dejaron de referirse a él como un esnob.

III

Después de algunos años, en la universidad de Samuel decidieron que ya habían brillado el tiempo suficiente con la gloria prestada de las corbatas de él, de modo que le declamaron en latín, le cobraron diez dólares por el papel que lo declaraba irrecuperablemente instruido y lo enviaron a la vorágine provisto de mucha confianza en sí mismo, algunos amigos y el correcto surtido de malos hábitos inofensivos.

Para esa época, su familia había tenido que volver a remangarse la camisa debido a un repentino declive en el mercado del azúcar, y ya se había desabotonado el chaleco, por así decirlo, cuando Samuel empezó a trabajar. Su mente era esa exquisita tabula rasa que a veces deja la educación universitaria, pero tenía energía y también influencia, de modo que usó sus antiguas habilidades como medio apertura escurridizo para zigzaguear entre el gentío de Wall Street como corredor de un banco.

Su distracción eran… las mujeres. Había media docena: dos o tres debutantes, una actriz (de poca monta), una separada y cierta morena pequeñita y sentimental que estaba casada y vivía en una casa pequeña en Jersey City.

Se habían conocido en un transbordador. Samuel cruzaba desde Nueva York por negocios (llevaba algunos años trabajando para aquel entonces) y la ayudó a buscar un paquete que se le había caído en la aglomeración.

—¿Viene seguido? —inquirió distendido él.

—Nada más a hacer compras —dijo ella tímida. Tenía unos ojos castaños enormes y esa clase patética de boca chiquita—. Llevo casada solo tres meses y nos resulta más económico vivir aquí.

—¿A él…, a su esposo le gusta que ande así sola?

Ella rio, una joven risa alegre.

—Dios mío, no. Teníamos que encontrarnos para la cena, pero debo de haber entendido mal el lugar. Estará preocupadísimo.

—Claro —dijo Samuel en tono de reproche—, cómo no va a estar preocupado. Si me permite, la acompaño a su casa.

Ella aceptó el ofrecimiento agradecida, de modo que tomaron el tranvía juntos. Cuando llegaron al camino de entrada de su pequeña casa, vieron allí una luz encendida; el esposo había regresado antes que ella.

—Es tremendamente celoso —anunció, disculpándose entre risas.

—Está bien —respondió Samuel, un poco tieso—. Mejor la dejo acá.

Ella le agradeció y él, con un gesto de buenas noches, la dejó allí.

Todo habría terminado ahí si no se hubieran encontrado una semana después por la mañana en la Quinta Avenida. Ella se sobresaltó y se sonrojó y se mostró tan contenta de verlo que charlaron como viejos amigos. Iba a verse con su modista, a almorzar sola en Taine, a hacer compras toda la tarde y a encontrarse con el esposo a las cinco en el transbordador. Samuel le dijo que el esposo era un hombre muy afortunado. Ella se sonrojó de nuevo y se marchó de prisa.

Samuel volvió silbando todo el trayecto hasta su oficina, pero a eso de las doce empezó a ver esa atrayente y patética boquita por todos lados… y esos ojos castaños. Se movió inquieto al mirar el reloj; pensó en la parrilla de la planta baja donde almorzaba y en la densa conversación masculina de rigor, y en contraposición a ese cuadro apareció otro: una mesita en Taine con los ojos castaños y la boca a unos pies[37] de distancia. Unos minutos antes de las doce y media, se encajó el sombrero y salió disparado a tomar el tranvía.

Ella se sorprendió mucho de verlo.

—Vaya, hola —le dijo.

Samuel notó que estaba gratamente asustada.

—Pensé que podíamos almorzar juntos. Es tan aburrido comer con un montón de hombres.

Ella dudó.

—Vaya, supongo que no tiene nada de malo. ¿Qué podría haber de malo?

A ella le vino a la cabeza que el esposo debería haberla acompañado a almorzar; pero siempre andaba muy ajetreado al mediodía. Le contó a Samuel todo acerca de él: era un poquito más pequeño que Samuel, pero, ah, *mucho* más apuesto. Trabajaba como tenedor de libros y no ganaba mucho dinero, pero eran muy felices y esperaban ser ricos en tres o cuatro años.

La separada de Samuel había estado con ánimo de pelea desde hacía tres o cuatro semanas y él, en virtud del contraste, experimentó un marcado placer con este encuentro; era tan fresca, y sincera, y un poquitín audaz. Se llamaba Marjorie.

Concertaron otra cita; en realidad, almorzaron juntos dos o tres veces a la semana durante un mes. Cuando ella estaba segura de que el esposo iba a

quedarse trabajando hasta tarde, Samuel la llevaba a Nueva Jersey en el ferry: la dejaba siempre en el diminuto porche después de que ella hubiera entrado y prendido las luces de gas, aprovechando la seguridad de su presencia masculina afuera. Esto llegó a convertirse en una ceremonia; y a él le fastidiaba. Cada vez que ese placentero resplandor emergía a través de las ventanas del frente, esa era su partida; sin embargo, jamás propuso entrar y Marjorie nunca lo invitó.

Entonces, cuando Samuel y Marjorie habían llegado a un punto en el que algunas veces se tocaban el brazo con afecto, tan solo para demostrar que eran muy buenos amigos, Marjorie y el esposo tuvieron una de esas peleas ultrasensibles, supercríticas, que las parejas nunca se permiten a menos que se tengan mucho cariño. Empezó por una costilla de oveja que estaba fría o por una pérdida en el quemador de gas, y un día Samuel la encontró en Taine con sombras oscuras bajo los ojos castaños y haciendo pucheros espantosos.

Para entonces Samuel creía estar enamorado de Marjorie, de modo que infló la pelea todo lo que pudo. Fue su mejor amigo y le acarició la mano; y se inclinó cerca de sus rizos castaños mientras ella le susurraba entre llantitos lo que el esposo le había dicho esa mañana; y fue algo más que su mejor amigo cuando la llevó al transbordador en un cabriolé.

—Marjorie —le dijo afectuosamente al dejarla, como de costumbre, en el porche—, si en algún momento necesitas acudir a mí, recuerda que siempre estoy esperando, siempre esperando.

Ella asintió grave con la cabeza y puso las dos manos entre las de él.

—Ya sé —dijo—. Sé que eres mi amigo, mi mejor amigo.

Luego corrió a la casa y él se quedó mirando ahí hasta que se encendieron las luces de gas.

La semana siguiente, Samuel vivió en una vorágine de nervios. Cierta tensión racional persistente le advertía que en el fondo él y Marjorie tenían poco en común, pero en casos como este suele haber tanto barro en el agua que rara vez se alcanza a ver el fondo. Todos sus sueños y anhelos le decían que amaba a Marjorie, que la deseaba, que tenía que tenerla.

La pelea evolucionó. El esposo de Marjorie tomó la costumbre de quedarse en Nueva York hasta entrada la noche, muchas veces volvía a casa sobrestimulado y de mal humor, y en general la hacía sufrir. Habrán sido demasiado orgullosos para hablarlo a fondo —porque, a fin de cuentas, el esposo de Marjorie era bastante civilizado—, de modo que fueron pasando de un malentendido a otro. Marjorie siguió recurriendo a Samuel cada vez más; cuando una mujer sabe aceptar la comprensión masculina, le resulta mucho

más satisfactorio que ir a llorarle a otra chica. Pero Marjorie no percibía hasta qué punto había empezado a depender de él, hasta qué punto él era parte de su pequeño cosmos.

Una noche, en lugar de dar la vuelta e irse cuando Marjorie entró a encender el gas, Samuel entró también, y se sentaron juntos en el sofá del saloncito. Estaba muy contento. Les envidió su hogar y pensó que el hombre que descuidaba una posesión como esa por terco orgullo era un tonto y no se merecía a su esposa. Pero cuando besó a Marjorie por primera vez, ella lloró suavemente y le dijo que se marchara. Voló a casa en alas de una excitación desesperada, del todo resuelto a avivar la chispa del romance, sin importarle el tamaño de las llamas ni quién se quemara. En aquel momento juzgó que sus pensamientos se centraban desinteresadamente en ella; desde una perspectiva posterior supo que ella no había sido más que la pantalla blanca de una película; era tan solo Samuel: ciego, lleno de deseo.

Al día siguiente en Taine, cuando se encontraron para almorzar, Samuel dejó la farsa de lado y abiertamente intentó enamorarla. No tenía planes, ni intenciones firmes, excepto besarle los labios otra vez, tenerla entre sus brazos y sentirla pequeñita y patética y adorable… La acompañó a casa y esta vez se besaron hasta que sus corazones latieron fuerte… y se formaron palabras y frases en los labios de Samuel.

Y entonces, de repente, sonaron pasos en el porche; una mano intentaba abrir la puerta de calle. Marjorie se puso blanca como la muerte.

—¡Espera! —le susurró a Samuel, con voz asustada, pero con molesta impaciencia ante la interrupción él caminó hacia la puerta del frente y la abrió de un tirón.

Todos han visto este tipo de escenas en el teatro; las han visto tanto que cuando de verdad ocurren las personas se comportan prácticamente como actores. Samuel tuvo la impresión de estar interpretando un papel y las palabras del guion brotaron con la mayor naturalidad: anunció que todos tenían derecho a dirigir sus propias vidas y le lanzó al esposo de Marjorie una mirada amenazadora, como desafiándolo a poner esto en duda. El esposo de Marjorie habló sobre la santidad del hogar, olvidando que en los últimos tiempos no le había parecido muy sagrado; Samuel continuó en términos de «el derecho a la felicidad»; el esposo de Marjorie mencionó armas de fuego y el tribunal de divorcio. Luego se calló de repente y los escrutó a ambos: Marjorie hecha una ruina lastimosa sobre el sofá, Samuel arengando a los muebles en una pose conscientemente heroica.

—Ve arriba, Marjorie —dijo él en un tono diferente.

—¡Quédate donde estás! —lo contradijo Samuel enseguida.

Marjorie se levantó, vaciló y se sentó; se levantó otra vez y se movió indecisa hacia la escalera.

—Venga afuera —le dijo el esposo a Samuel—. Quiero hablar con usted.

Samuel le echó un vistazo a Marjorie, intentó extraer algún mensaje de sus ojos; luego cerró la boca y salió.

Había una luna radiante y cuando el esposo de Marjorie bajó los escalones de la entrada Samuel pudo ver con claridad que estaba sufriendo; pero no sintió pena por él.

Se detuvieron y se observaron, a unos pies de distancia, y el esposo se aclaró la garganta como si la sintiera un poquito áspera.

—Esa es mi esposa —dijo tranquilo, y luego una ira desenfrenada se desató dentro de él—. ¡Desgraciado! —gritó, y le pegó a Samuel en la cara con todas sus fuerzas.

En ese segundo, al desplomarse en el suelo, a Samuel se le pasó por la cabeza que ya lo habían golpeado así dos veces, y en simultáneo el incidente se alteró como un sueño: se sintió despierto de repente. En un acto mecánico se levantó de un salto y se puso en guardia. El otro hombre esperaba, con los puños en alto, a una yarda, pero Samuel sabía que, si bien lo aventajaba en físico por varias pulgadas y muchas libras, no iba a golpearlo. La situación había cambiado milagrosa y completamente; un momento antes, Samuel aparecía heroico a sus propios ojos; ahora aparecía como el canalla, el intruso, y el esposo de Marjorie, recortado contra las luces de la pequeña casa, como la eterna figura heroica, el defensor de su hogar.

Se hizo una pausa y luego Samuel dio media vuelta de golpe y recorrió el camino de entrada por última vez.

IV

Por supuesto, después del tercer puñetazo Samuel dedicó varias semanas a hacer una concienzuda introspección. El puñetazo en la Andover años atrás había recaído en lo desagradable de su persona; el trabajador de sus días de universitario le había arrancado el esnobismo de su sistema, y el esposo de Marjorie le había dado un fuerte cimbronazo a su ávido egoísmo. Esto apartó a las mujeres de su foco hasta un año más tarde, cuando conoció a su futura esposa; porque la única clase de mujer que valía la pena parecía ser aquella a la que se podía proteger como el esposo de Marjorie la había protegido a ella.

Samuel no se podía imaginar que su separada, la señora De Ferriac, motivara muchos puñetazos indignados en su nombre.

A los treinta ya se hallaba con los pies bien plantados. Estaba asociado con Peter Carhart, que en aquellos días era una figura nacional. El físico de Carhart era como un modelo de estatua de Hércules en borrador y su trayectoria era igual de sólida: una fortuna hecha por puro placer, sin extorsión barata ni escándalo turbio. Había sido un gran amigo del padre de Samuel, pero observó al hijo durante seis años antes de llevárselo a su propia oficina. Dios sabrá cuántas cosas controlaba en esa época: minas, ferrocarriles, bancos, ciudades enteras. Samuel tenía una estrecha relación con él, conocía qué le gustaba y qué le disgustaba, conocía sus prejuicios, sus debilidades y sus muchas fortalezas.

Un día Carhart mandó llamar a Samuel y, tras cerrar la puerta de su despacho privado, le ofreció una silla y un cigarro.

—¿Todo bien, Samuel? —le preguntó.

—Pues, sí.

—Me preocupa que estés estancándote un poco.

—¿Estancándome? —Samuel estaba extrañado.

—¿Hará diez años que no trabajas fuera de la oficina?

—Pero me he tomado vacaciones, en las Adiron…

Carhart agitó la mano desestimando eso.

—Me refiero a trabajo externo. Ver en movimiento las cosas cuyos hilos siempre manejamos desde acá.

—No —reconoció Samuel—. Nunca hice eso.

—Entonces —dijo abruptamente—, voy a darte un trabajo externo que te llevará cerca de un mes.

Samuel no discutió. En algún punto la idea le gustó y resolvió que, fuera lo que fuera, lo llevaría a cabo tal como Carhart quería. Ese era el principal pasatiempo de su empleador, y los hombres que lo rodeaban permanecían mudos ante órdenes directas igual que subalternos de infantería.

—Vas a ir a San Antonio y vas a ver a Hamil —continuó Carhart—. Tiene un negocio entre manos y necesita a un hombre que se ocupe.

Hamil, encargado de los intereses de Carhart en el sudoeste, era un hombre que había crecido a la sombra de su empleador y con quien, aunque no se conocían, Samuel había mantenido mucha correspondencia oficial.

—¿Cuándo salgo?

—Tendrías que viajar mañana —le respondió Carhart, echándole un vistazo al calendario—. Es primero de mayo. Espero tu informe aquí el

primero de junio.

A la mañana siguiente Samuel salió para Chicago y dos días más tarde estaba sentado a una mesa frente a Hamil en la oficina de Merchants' Trust en San Antonio. No tardó mucho en captar el meollo del asunto. Una operación grande relacionada con petróleo que implicaba la compra de diecisiete enormes haciendas colindantes. Esta compra tenía que hacerse en una semana y fue un apriete absoluto. Se habían puesto en marcha fuerzas que dejaban a los diecisiete propietarios entre la espada y la pared, y el papel de Samuel era simplemente «manejar» el tema desde una localidad pequeña cerca de Pueblo. Con tacto y eficiencia, el hombre indicado podría llevarlo adelante sin fricciones, puesto que era solo cuestión de sentarse al volante y agarrarlo con firmeza. Hamil, con una astucia tantas veces valiosa para su jefe, había arreglado una situación que produciría una ganancia limpia mucho mayor que cualquier operación en el mercado abierto. Samuel le dio un apretón de manos a Hamil, arregló volver en dos semanas y salió para San Felipe, Nuevo México.

Se le ocurrió, por supuesto, que Carhart estaba poniéndolo a prueba. El informe de Hamil sobre su manejo de las cosas podría ser un factor de cierta importancia para él, pero aun sin eso, él habría hecho lo mejor posible para sacar el asunto adelante. Diez años en Nueva York no lo habían vuelto sentimental y estaba muy acostumbrado a terminar cada cosa que empezaba… y un poquito más.

Al principio todo anduvo bien. No había entusiasmo, pero cada uno de los diecisiete granjeros involucrados estaba al tanto de la función de Samuel, estaba al tanto de lo que había detrás de él y de que tenían tan poca oportunidad de subsistir como moscas en el vidrio de una ventana. Algunos estaban resignados; a algunos les importaba endiabladamente, pero lo habían conversado, lo habían discutido con abogados y no habían podido hallar resquicio legal posible. Cinco de las haciendas tenían petróleo, las otras doce eran parte del negocio pero exactamente igual de necesarias para los propósitos de Hamil, en cualquier caso.

Samuel enseguida vio que el verdadero líder era un antiguo colono llamado McIntyre, un hombre de unos cincuenta años tal vez, bien afeitado, canoso, con un bronceado de cuarenta veranos en Nuevo México y con esos ojos limpios y resueltos que el clima de Texas y Nuevo México es propenso a generar. Su hacienda hasta ahora no había dado señales de petróleo, pero estaba dentro del proyecto, y si había algún hombre que odiara perder su tierra, ese era McIntyre. Al principio todos de alguna forma habían acudido a

él para que impidiera la gran calamidad, y él había rastreado en todo el territorio los medios legales para hacerlo, pero había fracasado, y lo sabía. Evitaba a Samuel con esmero, pero Samuel estaba seguro de que, cuando el día de la firma llegara, iba a aparecer.

Llegó: un día de mayo abrasador, con ondas de calor que ascendían de la tierra reseca hasta donde alcanzaba el ojo, y Samuel, cociéndose sentado en su pequeña oficina improvisada (unas sillas, un banco, una mesa de madera), se alegraba de que el asunto estuviera casi terminado. Quería horrores regresar al este y encontrarse con su esposa y sus hijos para pasar una semana a orillas del mar.

La reunión se había fijado para las cuatro, y se sorprendió un poco cuando, a las tres y media, se abrió la puerta y entró McIntyre. Samuel no podía no respetar la actitud del hombre y sentir cierta pena por él. McIntyre parecía tener un vínculo íntimo con las praderas, y a Samuel le dio ese ligero destello de envidia que la gente de la ciudad siente por los hombres que viven en la naturaleza.

—'Nas tardes —dijo McIntyre, de pie ante la puerta abierta, con los pies separados y las manos en las caderas.

—Hola, señor McIntyre.

Samuel se levantó, pero omitió la formalidad de ofrecerle la mano. Se imaginaba que el granjero lo detestaba cordialmente y mal podía culparlo. McIntyre entró y se sentó tranquilo.

—Nos pasaron por encima —dijo de repente.

Esto no parecía necesitar respuesta.

—Cuando me enteré de que Carhart estaba detrás de esto —continuó—, me di por vencido.

—El señor Carhart está… —empezó Samuel, pero McIntyre lo hizo callar con un ademán.

—¡No me hable de ese ratero asqueroso!

—Señor McIntyre —dijo Samuel en seco—, si esta media hora ha de consagrarse a esa clase de lenguaje…

—Pero cierre la boca, jovencito —lo interrumpió McIntyre—, no se puede increpar a un hombre que está por hacer algo así.

Samuel no respondió nada.

—Esto no es otra cosa que un escamoteo asqueroso. Simplemente existen mal nacidos como ese, tan grandes que no se pueden manejar.

—Se les está pagando con liberalidad —ofreció Samuel.

—¡Cállese! —bramó McIntyre de repente—. Quiero tener el privilegio de hablar.

Caminó hasta la puerta y miró afuera hacia los campos, los humeantes prados soleados que empezaban casi a sus pies y terminaban en el verde grisáceo de las lejanas montañas. Cuando se volvió, le temblaba la boca.

—¿Acaso ustedes aman Wall Street? —dijo con rudeza—, o donde sea que tejan sus asquerosos planes… —hizo una pausa—. Supongo que sí. Ninguna criatura cae tan bajo si no ama un poco el lugar donde trabaja, donde ha sudado lo mejor que tenía adentro.

Samuel lo observaba incómodo. McIntyre se secó la frente con un enorme pañuelo azul y continuó:

—Me figuro que ese diablo inmundo tenía que tener un millón más. Me figuro que nosotros somos apenas algunos de los pobres mendigos con los que ha arrasado para comprar un par de coches más o alguna cosa así —señaló hacia la puerta con la mano—. Construí una casa en esa tierra a los diecisiete, con estas dos manos. Llevé una esposa a los veintiuno, agregué dos alas más, y con cuatro novillos sarnosos me abrí camino. Cuarenta veranos vi subir el sol sobre las montañas esas y desplomarse rojo como la sangre al atardecer, antes que el calor se disipara y salieran las estrellas. Fui feliz en esa casa. Mi hijo nació allí y murió allí, a fines de una primavera, en las horas más calientes de una tarde como esta. Después la esposa mía y yo vivimos solos allí como habíamos vivido antes, y de algún modo tratamos de tener un hogar, a pesar de todo, no un hogar de verdad pero rayando casi: pues el hijo nuestro siempre parecía como andar cerca, y un montón de noches esperábamos verlo llegar corriendo por el sendero de entrada para cenar.

La voz le temblaba tanto que apenas podía hablar y se volvió otra vez hacia la puerta, con los ojos grises contraídos.

—Esa de allá afuera es mi tierra —dijo, extendiendo el brazo—, mi tierra, por Dios… Es todo lo que tengo en el mundo… y lo que siempre quise —se restregó la cara con la manga y su tono cambió al volverse despacio y quedar frente a Samuel—. Pero supongo que cuando ellos la quieren hay que dejarla… Hay que dejarla.

Samuel tenía que hablar. Sentía que si pasaba un minuto más iba a perder la cabeza. Empezó entonces, con la voz más serena que podía: en ese tono que se guardaba para los deberes poco agradables.

—Así son los negocios, señor McIntyre —dijo—; está dentro de la ley. Quizás a dos o tres de ustedes no habríamos podido comprarlos a ningún precio, pero la mayoría sí tuvo un precio. El progreso exige ciertas cosas…

Jamás se había sentido tan incapaz, y con el más profundo alivio oyó ruido de cascos a unos centenares de yardas.

Pero a raíz de sus palabras el dolor en los ojos de McIntyre se había transformado en furia.

—¡Usted y toda su asquerosa pandilla de maleantes! —gritó—. ¡Ni siquiera uno de ustedes siente amor de verdad por nada en esta tierra de Dios! ¡Son una manada de marranos codiciosos!

Samuel se levantó y McIntyre dio un paso hacia él.

—Parlanchín de ciudad. Ya consiguió nuestra tierra… ¡Llévele esto a Peter Carhart!

Se abalanzó desde el hombro rápido como un rayo y al suelo se fue Samuel hecho un ovillo. Débilmente oyó pasos en la puerta y supo que alguien sujetaba a McIntyre, pero no había necesidad. El granjero se había hundido en la silla con la cabeza caída entre las manos.

A Samuel le zumbaba el cerebro. Cayó en la cuenta de que acababa de golpearlo el cuarto puño, y un gran desborde de emoción le decía a gritos que la ley que inexorablemente había gobernado su vida estaba en marcha otra vez. Semiaturdido se puso de pie y salió de la habitación con paso largo.

Los diez minutos siguientes fueron tal vez los más duros de su vida. La gente habla del coraje de sostener las propias convicciones, pero en la vida real el deber de un hombre para con su familia puede hacer que una conducta rígida parezca la gratificación egoísta de su propia rectitud. Samuel pensaba sobre todo en su familia, y aun así nunca vaciló realmente. Ese cimbronazo lo había hecho volver en sí.

Cuando regresó a la habitación, había un montón de caras preocupadas esperándolo, pero no perdió tiempo en explicar nada.

—Caballeros —dijo—, McIntyre ha tenido la gentileza de convencerme de que en cuanto a este tema ustedes están totalmente en lo cierto y los intereses de Peter Carhart totalmente equivocados. En lo que a mí respecta, pueden conservar sus haciendas por el resto de sus días.

Se abrió paso a empujones entre una atónita concurrencia y a la media hora había enviado dos telegramas que, del asombro, dejaron al operador completamente incapacitado para su tarea; uno era para Hamil en San Antonio; uno para Peter Carhart en Nueva York.

Samuel no durmió mucho esa noche. Sabía que por primera vez en su carrera empresarial había resultado ser un fracaso total y rotundo. Pero cierto instinto suyo, más fuerte que la voluntad, más profundo que la formación, lo había forzado a hacer lo que probablemente acabaría con sus ambiciones y su

felicidad. Pero estaba hecho y nunca se le ocurrió que podría haber actuado de otro modo.

A la mañana siguiente lo esperaban dos telegramas. El primero era de Hamil. Contenía tres palabras:

«¡Pedazo de idiota!».

El segundo era de Nueva York:

«Operación cancelada vuelve a Nueva York de inmediato Carhart».

En el término de una semana sucedió todo. Hamil discutió furiosamente y defendió su plan con violencia. Lo convocaron a Nueva York y pasó en capilla una media hora espantosa en la oficina de Peter Carhart. Rompió con los intereses de Carhart en julio, y en agosto, a los treinta y cinco años, Samuel Meredith fue nombrado, a todos los efectos, socio de Carhart. El cuarto puño había surtido efecto.

Supongo que en todo hombre hay una vena canallesca que corre en sentido transversal a su carácter y a su disposición de ánimo y a su manera de pensar general. En algunos hombres es secreta, y no sabemos que la tienen hasta que nos atacan en la oscuridad una noche. Pero la de Samuel saltaba a la vista cuando estaba en acción y, al verla, a la gente se le encendía la sangre. Tuvo un poco de suerte con eso, porque cada vez que ese diablito suyo salió, encontró un recibimiento que lo mandó zumbando para abajo en un estado enfermizo, abatido. Ese mismo diablo, esa misma vena, hizo que echara a los amigos de Gilly de la cama, hizo que entrara en la casa de Marjorie.

Si uno pudiera pasar la mano por la mandíbula de Samuel Meredith, sentiría un bulto. Él reconoce que nunca supo qué puño se lo dejó, pero no lo perdería por nada. Dice que no hay peor canalla que un canalla viejo y que a veces, justo antes de tomar una decisión, le es de gran ayuda acariciarse la barbilla. Los reporteros la llaman una característica nerviosa, pero no es eso. Es para poder sentir de nuevo esa magnífica claridad, la sensatez fulminante de esos cuatro puños.

Francis Scott Key Fitzgerald nació en Saint Paul, Estados Unidos, el 24 de septiembre de 1896 y murió en Hollywood, el 21 de diciembre de 1940. Miembro de la Generación perdida de los años veinte, vivió en Europa entre 1918 y 1929. Sus cuentos suelen incluir referencias al jazz, la decadencia económica, así como también atmósferas donde prima el pesimismo. Fitzgerald escribió cuatro novelas: *A este lado del paraíso*, *Hermosos y malditos*, *El gran Gatsby* y *Suave es la noche*. Una quinta, sin terminar, *El amor del último magnate*, fue publicada tras su muerte. *Flaperas y filósofos* es su primer libro de cuentos.

Notas

[1] En los Estados Unidos de alrededor de 1920, se llaman «flaperas» a las mujeres jóvenes de clase media que desafiaban convenciones sociales de la época. <<

[2] *France Aroused*, estatua del escultor estadounidense Jo Davidson en conmemoración de la resistencia de la población francesa de Senlis en 1914 contra el intento alemán de invadir París durante la Primera Guerra Mundial. <<

[3] Stonewall Jackson (1824-1863): general confederado durante la guerra civil estadounidense. <<

[4] Winter Garden («Jardín de invierno»): teatro de Broadway abierto en 1911. *Midnight Frolic* («Travesura de medianoche»): espectáculo de variedades creado por Florenz Ziegfeld Jr., por entonces famoso productor teatral de Broadway. <<

[5] Teatro de Memphis, Tennessee. <<

[6] Booker T. Washington (1856-1915): educador, orador y dirigente de la comunidad afroamericana estadounidense. <<

[7] Protagonista de la novela homónima de la escritora estadounidense Eleanor Porter (1868-1920), publicada en 1913; se trata de una niña que, a pesar de sus desgracias, se empeña en encontrar el lado bueno de las cosas; su nombre se usa para describir a una persona exageradamente optimista. <<

[8] Corte de pelo recto que llega hasta la mandíbula, por lo general con flequillo. En torno a 1920 era el corte predilecto de las flaperas. <<

[9] Un tono azul pálido muy usado por Alice Roosevelt Longworth, hija de Theodore Roosevelt, que se convirtió en el color de moda en los Estados Unidos por ese entonces. <<

[10] Personaje de «The Shooting of Dan McGrew» (1907), poema narrativo del anglocanadiense Robert W. Service (1874-1958). <<

[11] Alusión al asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria en Sarajevo, en 1914, perpetrado por un bosnio con apoyo serbio, que precipitó la Primera Guerra Mundial. <<

[12] Canción estadounidense de 1859, compuesta por Daniel Decatur Emmett, muy popular en el ejército sudista durante la guerra de Secesión. La palabra *Dixie* o *Dixieland* se utilizaba en Estados Unidos para designar a los estados del sur del país. <<

[13] Poema de Samuel Taylor Coleridge. <<

[14] «Hurra, hurra, la banda está aquí»: popular canción estadounidense escrita por D. A. Esrom como parodia del «Coro del yunque» de Giuseppe Verdi para la ópera cómica *Los piratas de Penzance* (1879) de Arthur Sullivan y W. S. Gilbert. <<

[15] En las palabras del título original inglés, *head and shoulders*, «cabeza y hombros», resuenan algunas expresiones idiomáticas entre las que se destacan las equivalentes a nuestras «les saca más de una cabeza a los demás» o «no le llega ni a los tobillos» o «ni a la suela de los zapatos». <<

[16] «Allí»: canción de estilo patriótico escrita en 1917, de gran popularidad entre los soldados estadounidenses durante ambas guerras mundiales. <<

[17] Se refiere a las actrices Marjorie Relyea, Daisy Greene, Margaret Walker, Vaughn Texsmith, Marie Wilson y Agnes Wayburn, que cantaban en la comedia musical de *Broadway Florodora* (1900). <<

[18] Elizabeth Smith (1812-1887): esposa del empresario teatral estadounidense Solomon Franklin Smith; solía interpretar a la protagonista femenina en Romeo y Julieta. <<

[19] *Los cuentos del tío Remus*: colección de relatos y canciones populares afroamericanos adaptados y compilados en forma de libro por Joel Chandler Harris en 1881. <<

[20] *La chica bohemia*: ópera en tres actos con música de Michael William Balfe y libreto de Alfred Bunn, vagamente inspirada en la novela ejemplar de Cervantes *La gitanilla* y estrenada en Londres en 1843. <<

[21] Oscar Hammerstein II (1895-1960): libretista neoyorquino que se hizo famoso por una serie de comedias musicales y operetas durante la década de 1920. <<

[22] Nabisco: empresa estadounidense de galletas y bocados fundada en 1898 en Nueva Jersey, y, por metonimia, los productos de esa empresa. <<

[23] En inglés shimmy, baile de salón que estaba de moda en la década de 1920; consiste en mantener el torso inmóvil y hacer un movimiento alterno con los hombros. <<

[24] Stonewall Jackson (1824-1863): general confederado durante la guerra civil estadounidense. <<

[25] Samuel Pepys (1633-1703): político y funcionario naval inglés conocido por sus *Diarios*, publicados póstumamente entre 1825 y 1893. <<

[26] «Capitán» (de un equipo o nave). <<

[27] Barrio de Boston, Massachusetts. <<

[28] Hiram Warren Johnson (1866-1945), político estadounidense que se desempeñó como gobernador de California y senador nacional, y Tyrus Raymond «Ty» Cobb (1886-1961), jugador de béisbol, incluido en el Salón de la Fama. <<

[29] Annie Fellows Johnston (1863-1931): autora estadounidense de literatura infantil. <<

[30] Ver nota 9 en «Cabeza y Hombros». <<

[31] Del portugués *maxixe*, danza brasileña de salón que se baila en pareja, popular entre fines de siglo XIX y principios del XX. <<

[32] Phi Beta Kappa es la sociedad de honor para las artes y ciencias liberales más antigua y prestigiosa de los Estados Unidos. <<

[33] John J. Pershing (1860-1948): general que dirigió la fuerza expedicionaria estadounidense en la Primera Guerra Mundial. Llegó a ocupar el segundo puesto en la jerarquía del ejército. Sargento Alvin York (1887-1964): uno de los soldados más condecorados del Ejército de los Estados Unidos. Lideró un heroico ataque contra las tropas alemanas como parte de la exitosa ofensiva aliada de Meuse-Argonne, Francia. <<

[34] Robert Service (1874-1958): escritor y poeta anglocanadiense, apodado «el bardo del Yukón», conocido sobre todo por sus poemas de carácter popular. <<

[35] Dr. Crane (1861-1928): pastor presbiteriano, orador, escritor y columnista; sus columnas sobre los valores humanos eran muy leídas en las décadas de 1910 y 1920. Mutt y Jeff: tira cómica de gran popularidad, creada por Bud Fisher en 1907 para el periódico *San Francisco Chronicle* y luego el *San Francisco Examiner*; se publicó de manera ininterrumpida hasta 1982, continuada por otros autores. <<

[36] Shakespeare, William, *Macbeth*, III. II (trad. de Idea Vilariño, en *Obras completas*, vol. II, edición cuidada por Pablo Ingberg, Buenos Aires, Losada, 2012, p. 754). <<

[37] Un pie equivale a 0,30 metros aproximadamente. <<